

LA
Wanda
DE **Masoch**
¿Ama o esclava?

María Elena Sarmiento



La Wanda de Masoch
¿Ama o esclava?

María Elena Sarmiento

Título: La Wanda de Masoch
©2020 María Elena Sarmiento Hoyo
angelitadel_cielo@hotmail.com

Portada: Wakamolemonster
wakamolemonster@gmail.com

Primera edición: 2020
Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las leyes de propiedad intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibido su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer con fines distintos al autorizado.

Dedicatoria

A Juan Antonio, mi compañero, mi amigo, mi apoyo. Tu presencia es básica en mi vida. Muchas gracias.

A Diego y Fer por ser el motor de mi existencia. Muchas gracias.

A ti, lector, que estás a punto de sumergirte en la vida de Wanda. Es una mujer fascinante. Espero que la encuentres tan apetecible como yo. Muchas gracias por leerme.

*Cuanto más fácilmente se entrega la mujer, más frío e imperioso es el hombre,
pero cuanto más cruel e infiel le es, cuanto más juega de una manera criminal,
cuanta menos piedad le demuestra,
más excita sus deseos, más la ama y la desea.*

Leopold von Sacher Masoch

Capítulo 1

En esta ceremonia todo es falso y, sin embargo, Wanda está feliz. Por un momento piensa en su nombre. Unos meses atrás, ni siquiera sabía quién era Wanda y ahora hasta se habla a sí misma de esa forma. La original es el personaje de una novela del hombre del que está enamorada, en el que ha depositado sus expectativas y que la tiene fascinada. Si él quiere llamarla así, ¿qué tiene de malo?

Ella nació siendo Angelika Aürora Rümelin, ¿quién ha escuchado ese apellido? La pobreza y la lacra de una familia insignificante la han acompañado siempre. Es cierto que lo que está llevando a cabo es un matrimonio ficticio, pero sabe que Leopold von Sacher Masoch es un caballero de principios y cree que él es sincero en su sentimiento, tan sincero como puede ser un individuo que se enamora una y otra vez.

Sabe que no puede confiar en la palabra de nadie, pero al menos cree haber encontrado a un hombre ilustre que parece honesto. Habla de sus propias debilidades, de sus creencias, tiene la sensibilidad de mostrarse vulnerable. Dice que la ama, que no puede vivir sin ella y la describe como si la conociera de toda la vida. Su inteligencia la tiene deslumbrada, aunque no sabe cuánto tiempo puede durar interesado en ella. Lo que sí es seguro es que por una temporada tendrá el sustento asegurado. ¡Le preguntó si ella consideraba que les alcanzaría con los 6000 florines que calculaba ganar al siguiente año para vivir! Toda su familia había subsistido hasta ese día con la décima parte o menos. Lo que fuera, era mejor que como había vivido hasta entonces. Tal vez, si cumple con todo lo que se espera de la mujer de un intelectual tan importante, pueda conservar su amor. Él no solamente es rico, sino que estudió Derecho, Historia y Matemáticas, tiene un doctorado en Leyes y es un escritor famoso.

Wanda, por su parte, no ha sido tan honesta. Él ha interpretado que ella viene de una familia pudiente y no ha querido desmentirlo. Es más, para mantenerlo interesado, le ha hecho pensar que es una mujer casada en proceso de divorcio. No es fácil explicarle de otra forma el porqué ya no es virgen. No está segura de cuál sería su reacción si se enterara de que ya ha tenido relaciones sexuales y eso que nunca ha estado casada. La mayoría la juzgaría, aunque por las cartas que se han intercambiado, cree que tal vez él no vea las cosas tan drásticas. Aunque quién sabe, por escrito uno puede decir cualquier cosa y no es necesario que sea verdad. De cualquier forma, no es fácil hablarle de lo que ella, una mujer de 27 años, ha tenido que hacer para sobrevivir. Quizá más adelante, cuando ambos estén más seguros de su relación, podrá confiarle todo. De momento, le ha dicho que sabe que él no está hecho para el matrimonio porque se ha comprometido a casarse muchas veces y se ha zafado al final en cada ocasión. Por eso, acepta vivir con él sólo con un juramento personal y privado entre los dos, sin importarle cómo los juzguen los demás. En esta ceremonia están llevando a cabo una farsa, pero aceptada por ambos. Wanda piensa que esto ya es al menos un compromiso importante, aunque no legal.

Han llegado en un carruaje rentado. Se detienen a las orillas del río Mura, a la entrada de un jardín en las faldas de la colina Schlossber. Durante el trayecto, han venido admirando las cascadas que se forman al caer el agua de las montañas. Buscan un lugar en donde el río ha perdido el ímpetu y les ofrece la calma que necesitan para estar seguros de lo que se van a prometer.

Él lleva puesto un traje y corbata blancos. Le abre la puerta y la ayuda a bajar al tiempo que, con una reverencia, le regala un abrigo largo hasta los talones fabricado con nueve piezas de piel de oveja curtida y el cuello y los puños de conejo. Wanda se asombra ante el obsequio tan espléndido. Se lo pone de inmediato sobre el único vestido formal que tiene, el que parece de seda negra.

Leopold la mira extasiado y le pregunta al cochero:

—¿Ha visto dama más bella sobre la Tierra? ¿Verdad que parece una diosa?

El hombre no escuchó bien y cuando Leopold Sacher Masoch le repite las preguntas, responde en voz baja:

—Sí. Muy hermosa —Se retira sin saber si esa era la contestación adecuada.

Leopold sonrío y conduce a Wanda de la mano hasta la orilla del Mura. Ahí se quedan un momento en silencio. No saben muy bien lo que tienen que hacer. Se han prometido que no tendrán sexo sin antes haber llevado a cabo este ritual en el que se entregarán sus almas. Con la mirada se demuestran su amor y su deseo. Ella espera que él, un hombre de 36 años, le enseñe a encontrar el placer, como se lo ha jurado. Él espera que ella se le entregue en cuerpo y alma. Las promesas son reales, aunque por el momento son lo único que los liga uno al otro.

—Para mí, esta unión es más sagrada que si el Papa en persona la hubiera bendecido, mi amada Wanda. El que tú, una mujer tan hermosa, tan grande en todos sentidos, esté dispuesta a entregármese a mí, el más bajo de los hombres y sin una bendición apostólica ni un papel, es el más alto honor que he recibido —a Leopold le tiembla la voz cuando le pone el anillo a su mujer.

—Esta fecha quedará grabada en mi corazón para siempre: 15 de noviembre de 1872, día de tu santo, querido. Para mí, con nuestras voluntades basta. Ésta es una boda verdadera —Wanda coloca el anillo en el dedo del hombre al que ama.

—Prometo respetar tu libertad, estar atento a tus apetencias, a tus deseos y ayudarte a cumplirlos en la medida de mis posibilidades. Prometo ayudarte a ser fiel a tu verdadera naturaleza y satisfacerte todos los días de mi vida.

—Prometo intentar ser la mujer que tú esperas y ...

—No, no, no —la interrumpe él—. Se trata justo de lo contrario. Tú debes ser la mujer que eres, así sin intentar imitar ni complacer a nadie más y yo debo poner mi mayor esfuerzo en darte gusto siempre y en todo lugar.

—Gracias —se sonroja ella—. Bueno, prometo ser feliz a tu lado y ayudarte a que tú también alcances la felicidad. ¿Así está mejor?

Él asiente. Muy emocionado, deja que las lágrimas recorran sus mejillas. Ella se suelta para tomar el pañuelo que trae escondido entre las faldas. Él se lo impide. Sin soltarla, le besa las manos y añade:

—Te juro que algún día lo haremos legal, amada mía. Ahora estoy seguro de que sí me quiero

casar contigo porque tú estás dispuesta a ser mi mujer sin que la sociedad lo haya aprobado. Esperaremos a que tu divorcio se concrete, para hacer la formalidad de otra ceremonia, pero sé en mi corazón, que nuestra boda real es ésta.

Él la dirige hasta una banca de piedra, la ayuda a sentarse y, quitándole el zapato izquierdo, con mucha suavidad le roza con sus labios los dedos del pie. Al principio Wanda va a pedirle que se levante porque se siente apenada de tenerlo arrodillado enfrente, le impresiona la humildad con la que se postra, como si le dijera que él no es nada comparado con ella, pero la caricia la ha tomado por sorpresa y una agitación la recorre desde la punta del pie hasta el pecho. Es un calorillo agradable que le dificulta respirar.

— Mírame, postrado ante ti, pisotéame y seré feliz con tal de que me toque tu pie.

Ella sonríe. Traviesa, le despeina el cabello.

Leopold, al ver que el color se le ha subido a su mujer a las mejillas, va acariciando la pantorrilla izquierda, subiendo con lentitud hasta llegar adonde el liguero sostiene la media. Con manos expertas suelta primero el broche delantero y luego el de atrás y va deslizándolo hacia abajo hasta que deja esa pierna desnuda.

Wanda cierra los ojos y deja escapar un jadeo largo al tiempo que echa la cabeza un poco hacia atrás, como si pudiera ver al cielo con los ojos cerrados, como si de esta manera, el olor de la hierba mojada penetrara mejor en sus orificios nasales y la ayudara a situarse donde está, porque siente que está perdiendo piso. Los labios de Leopold van rozando la piel que quedó descubierta, subiendo poco a poco hasta llegar al muslo.

Se escucha algo que revolotea y los pasos alegres de un niño que grita desde un lugar no muy lejano:

—Mira, papá. ¿Estos son patos?

—Leopold, detente —susurra Wanda con voz entrecortada—, estamos locos —y recupera el aliento para continuar—. Hay gente cerca. Nos está mirando el cochero.

Sacher Masoch se mete la media en el bolsillo del saco y le pone el zapato a su mujer.

—Lo que usted ordene, mi dueña —y, ayudándola a incorporarse, decide:— Tienes razón. ¡Vámonos! Todavía podemos llegar a casa con luz. Quiero que al fin conozcas el hogar donde vas a vivir de aquí en adelante.

A Wanda le cuesta trabajo reaccionar, salir del trance, pero Leopold la toma de la mano y ambos regresan de prisa al carruaje. Ella se siente feliz, ¿quién hubiera podido prever que una muchacha pobre e inculta lograría conquistar a un hombre tan maravilloso? ¡La va a llevar a su casa a vivir!

Ya en el carruaje, saca su pañuelo para limpiar las rodillas del pantalón blanco de su pareja que han quedado manchadas. Él le besa las manos.

—Jamás se ha visto que una diosa limpie la ropa de un simple mortal.

Wanda no puede creer su suerte. Ha soñado con Leopold Sacher Masoch casi desde niña, desde que una vecina le platicaba que conocía a la novia del momento. Desde entonces, se le había quedado en la mente que el amor que él sentía era el más puro del mundo. Las promesas que, según la vecina, él hacía, eran las más hermosas y sinceras. Había tenido sueños eróticos en

donde él era el protagonista y se lo había imaginado como amante muchas veces a lo largo de su vida, pero era para ella un sueño imposible.

Más tarde comprendió que estaba equivocada. Él podía prometer lo que fuera, aunque eso no lo hacía especial ni maravilloso. Desilusionada, se dio cuenta de que era igual que los demás hombres, aunque por más que se lo repetía, en el fondo albergaba una pequeña ilusión de que él fuera mejor. Por eso, estaba muy al pendiente de todo lo que tenía que ver con Sacher Masoch. No le resultaba difícil porque sus romances se habían vuelto famosos en Austria y varias veces, él había estado a punto de casarse. Sin embargo, que ella supiera, nunca había llevado a cabo un ritual en donde los contrayentes se juraran amor como lo acababan de hacer. Tenía la esperanza de complacerlo a tal grado que se quedara en su compañía para siempre.

Sonríe al recordar que esto había empezado como una apuesta. La señora Frischauer, una clienta de cuando ella cosía guantes, se había vuelto su gran amiga a pesar de que era mucho mayor de edad. Le prestaba libros y la visitaba seguido para comentarlos. Así, un día le había llevado *La herencia de Caín*, una obra de Sacher Masoch. Le comentó también que su hijo era tan íntimo amigo del escritor, tan cercano, que la gente decía que era su sombra. Las dos estaban intrigadas con la figura del célebre autor y por cualquier razón, terminaban hablando de él.

La señora Frischauer la tenía al día de los chismes del teatro, del mundo literario y de la vida de Leopold, ese hombre que se había vuelto muy famoso, al que perseguían las mujeres después de que publicaba cada uno de sus libros. Se acababa de comprometer con Jenny Frauenthal, la actriz.

—Una pequeña idiota —aseguró la señora Frischauer— No va a lograr tenerlo interesado ni un mes. Ya lo verás.

—¿Usted cree? —Angelika Aürora Rümelin levantó la mirada de su costura—. Dicen que ella es bellísima y sólo tiene diez y siete años.

—Lo que Masoch necesita es una mujer malvada, como la de su libro *La venus de las pieles*, alguien que lo encadene como a un perro y lo patee mientras él gruñe.

—Lo que buscan todos es una joven inocente y hermosa —aclaró Angelika—. No veo por qué éste tiene que ser diferente a los demás. Ya ve su marido, señora, siempre buscan a una muchachita babosa.

La señora Frischauer estaba recién divorciada y enojada con los hombres. Tal vez por eso, ideó un reto. Le aseguró a su amiga que ella, a pesar de ser cincuentona y con dos hijos, podía hacerse pasar por una joven perversa y lograr que él se enamorara a través de sus cartas. Si lo lograba, ella se iba a dar el gusto de llamarle, cuando menos en privado con su amiga, un verdadero tarado, porque se había enamorado de alguien que no existía. Si no lo lograba, cuando menos se habría divertido.

—Te apuesto lo que quieras a que a él le gustan malas, como Wanda, la Venus de su libro que siempre se viste con pieles.

Angelika no acostumbraba apostar, nunca había tenido algún dinero sobrante como para arriesgarlo de esa forma, por lo que insistió en que ella no aceptaba el reto.

A la señora Frischauer no le importó. A partir de ese día, le empezó a mandar misivas a Leopold, haciéndose pasar por una joven fría, perversa y cruel. Había contratado un discreto

apartado postal para recibir las respuestas.

—¿Para qué se arriesga, señora? ¿Qué gana haciéndose pasar por otra?

—Quien no arriesga, no gana, criatura. Yo sé tratar a los hombres y me gustaría ponerlo al descubierto. Mi hijo lo admira sobre todas las cosas. Vas a ver cómo son estos tipos que se dejan llevar por las fantasías que una puede prometer por escrito.

Angelika no objetó más. Se limitaba a leer y a imaginárselo ilusionado. Sentía un poco de pena por el hombre al que estaban engañando sólo por divertirse.

Él contestaba de inmediato, de tal forma que diario, la señora le llevaba la correspondencia a su amiga para reírse del resultado. Desde el principio, él dijo que se estaba enamorando de la autora de esas letras. Ambas se burlaban de la posibilidad de que él se enterara que la dueña de sus amores tenía casi la edad para ser su madre. Era una forma de pasar los días sin aburrimiento, aunque con lo que no contaban era con que él se tomó las palabras muy en serio. En su respuesta, aseguraba que rompió con la actriz porque se había enamorado de la autora de esas cartas tan encendidas.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? Mire, nos culpa a nosotras de su rompimiento.

—¿Qué manipulador! —condenó la señora Frischauer—. Era completamente previsible que se aburriera de ella. Si la tenía hasta en la sopa, era la actriz de su obra de teatro que se estaba interpretando aquí cerca. Los veían a los dos muy acaramelados y siempre acompañados por un famoso director, ¿cómo se llama? Un tal Roll no sé qué. Seguro que Masoch estuvo pensando cómo deshacer su compromiso y se le ocurrió poner a su novia en charola de plata para que el otro se la quedara y se la quitara de encima. Estaba buscando un pretexto para terminar con ella.

—Qué mal pensada —señaló Angelika—. Pobre muchacha. No se merecía esto. Ningún hombre debería hacer cosas así.

—No puedes equiparar a un genio como Masoch con los demás hombres, criatura. ¿Por qué crees que lo persiguen tantas mujeres?

Angelika tomó una de las cartas del escritor y leyó lo suficiente para tener argumentos que contestar.

—Por lo que responde. Porque a cada una le dice lo que quiere escuchar, porque —pintó las comillas en el aire— “está impaciente por besar el suelo que usted pisa, porque le ruega por tener una oportunidad de convertirse en su esclavo y servirla mientras usted se pasea con las dichosas pieles que tanto le gustan”.

—¿Ves? Ya estás aprendiendo.

—Total, ¿qué va a hacer, señora?

—Vamos a contestarle.

Así pasaron casi dos meses. Se habían reído mucho, hasta que Sacher Masoch, presa de la tristeza por no poder conocer a su enamorada, dejó de escribir su literatura, de comer y hasta de salir de casa. Le había platicado sus desventuras a su amigo Berthold, que era el hijo de la señora Frischauer, y hasta le enseñó las cartas de su amada.

El problema es que Berthold había reconocido la caligrafía de su madre y le exigió que dejara de hacer esas locuras. Por eso, la señora le había suplicado a Angelika que le ayudara a recuperar su correspondencia. Debía escribirle a Masoch y decirle que la dueña de sus sueños no era libre

para poder conocerlo y que por piedad le regresara las cartas incriminatorias.

Angelika al principio se negó. A pesar de que nunca había aceptado la apuesta, terminó cediendo porque no tenía otras amigas y el pensar que alguien de alcurnia la hubiera visitado diario, la hizo sentir comprometida. Escribió lo que la señora le pidió.

Leopold Sacher Masoch estuvo de acuerdo en regresarles todo, pero con la condición de poder conocer en persona a la autora de la última carta, para ver si así como había tenido la lealtad de escribir en nombre de su amiga, se atrevía a ir a recoger la correspondencia en persona y dar la cara. Para él, si ella se atrevía a eso, significaba que era una mujer fuerte y eso era lo que él estaba buscando en cada una de sus parejas.

Angelika objetó al principio, aunque pudo más la curiosidad que ninguna otra cosa. Se presentó a conocerlo usando su único vestido, el negro, pero le añadió un velo para que él no la reconociera. Estaba segura de que al verla tan evidentemente pobre, un hombre de tanto abolengo como él, no le iba a prestar importancia. Desde que la vio, la tomó de la mano y la sostuvo largo tiempo antes de besarla a través del guante, como si ella fuera el máximo tesoro. Ella retiró su mano y se rio restándole importancia porque no supo qué hacer ante ese gesto de deferencia. Además, no podía permitirle que le viera las uñas. De los nervios, se las había mordido y le parecía que se veían horribles.

—¡Atrevido! No le he dado permiso de tomarme la mano; menos de besármela —señaló Angelika Aürora que no pudo pensar en otra cosa que decir.

Su voz profunda, un poco ronca y con un dejo agudo al final que la hacía muy femenina, le fascinó al escritor.

—Disculpe mi osadía —se disculpó él, encantado—. No me había dado cuenta con quién estaba tratando.

Luego sucedió algo que la llenó de vergüenza. Ahí en pleno parque donde se encontraron, una cucaracha o algún insecto parecido caminó directo hacia sus zapatos gastados. Por instinto, ella pisó al animalejo. A él pareció encantarle ese gesto. No paraba de decir que le gustaban las mujeres que afrontaban sus problemas en vez de solicitar ayuda, que ella era maravillosa por su fortaleza de carácter, lo que sea que eso significara para él.

Angelika se devanó el seso intentando pensar qué tenía ella que pudo captar su atención de modo fulminante. Supuso que tal vez él pensó que se trataba de un disfraz y que ella era una gran dama oculta en harapos.

Leopold Sacher Masoch le regresó las cartas de su amiga con toda caballerosidad y de esa forma iniciaron su propia relación epistolar. Por sus palabras, ella se fue enamorando cada vez más de él, de la libertad con la que hablaba de sus deseos y de la libertad que, según él, las mujeres merecían. Se dejó llevar por sus fantasías de juventud y creyó en el amor que ambos se proferían. Además, él le aseguró que ella era prometidora como escritora y el sueño de Angelika era poder tener una forma propia de ganarse la vida. Él le ofreció ayudarle a convertirse en una buena escritora. Ella soñó con hacerlo cumplir esa promesa. Con esa esperanza, le envió un cuento que había escrito años atrás y él le regresó, un par de meses después, un pequeño pago de diez florines y la revista en donde había salido publicado. La animó a escribir algo más largo y también consiguió que se lo publicaran. Al cabo de los meses en que se cartearon, la había hecho

ganar un total de 300 florines. Con eso, ya Angelika y su mamá no pasaban hambre y podían dejar de coser. ¡Era el hombre de su vida! A nadie le importaba que la propia autora de los cuentos ya no los reconociera después de tantas correcciones que alguien les había impuesto. Se sentía muy agradecida de que Leopold se hubiera tomado la molestia de mejorarlos para que los editores los aceptaran.

Él se fue enamorando de lo que se imaginó de ella: una mujer fuerte, un espíritu libre, capaz de llevar a la acción lo que pensaba. Ambos tenían miedo de no ser en realidad tan maravillosos como el otro se imaginaba. Por eso, durante las pocas veces que se vieron, los dos intentaron ser lo más simpático, lo mejor, cada uno dispuesto a complacer en todo al otro. Por eso, él había aceptado no tener relaciones sexuales hasta que estuvieran dispuestos a vivir juntos y Angelika Aürora había aceptado que él la llamara con el nombre del personaje de *La venus de las pieles*, aunque no sabía ni de qué trataba el libro. Él aseguró que ella era la mujer de sus sueños, que necesitaba tenerla cerca para siempre. Al final, habían decidido llevar a cabo su íntimo ritual de compromiso.

De regreso a Graz, Angelika va muy nerviosa. Ya en camino, le da calor por lo que intenta quitarse el abrigo de piel. Él le pide que se lo deje puesto.

—No hace frío —insiste ella, pero la mirada severa con que él la reprende la hace obedecerlo—. Bueno, estas pieles son demasiado bonitas para dejarlas a un lado. El tacto es suave y...

Él comienza a quitarle la media que todavía lleva puesta. Ella se resiste. En un susurro le pide:

—Permíteme que al menos nuestra primera vez sea en la intimidad de una habitación.

—Angelika, por piedad, tienes que ser más fuerte. ¿Tú crees que una diosa pide permiso? Espero no haberme equivocado contigo. Tienes que aprender a comportarte con don de mando, con voz potente —ella nota que la mira con desdén—. Haz los hombros para atrás, por el amor de Dios. Te estás jorobando.

Ella siente que se le revuelve el estómago. Recuerda sus pláticas con su amiga, la señora Frischauer. “Él necesita una mujer cruel”, le había dicho.

Wanda se endereza en el asiento.

—Golpéame —le ruega él y le guía la mano enguantada para que le propine una cachetada.

Ella está rígida y, en vez de un golpe, apenas le da una caricia. No quiere llamar la atención sobre sus manos por miedo a que le quite los guantes y descubra sus uñas mordidas. Tiene algunos días desde que ha logrado dejárselas en paz, pero todavía le parece que sus manos se ven horribles. Entonces entiende lo que tiene que hacer. Toma impulso y, cerrando los ojos, lo goplea de revés, con el dorso en la mejilla.

—¡Quieto! Culminaremos lo que empezamos en tu habitación, Leopold —exclama con la voz más gruesa que logra emitir—. Mientras, déjame tranquila disfrutar el paisaje de Austria.

Wanda se esfuerza por recordar las cartas que se escribieron y lo que él esperaba de ella. Leopold se ha explayado en lo que será su vida en pareja después del ritual, de las preferencias de él y de cómo le gustaría verla convertirse en la Wanda de sus fantasías, la mujer fuerte que se deja servir por Severino, el personaje que se hace su esclavo en su novela. Angelika sabe que Wanda es cruel, pero no ha tenido oportunidad de leer el libro. Ha leído otros escritos por su amado, pero

apenas ve por primera vez un ejemplar de La venus de las pieles en el buró. Leopold, quien la está acompañando de la mano a conocer cada rincón de la casa, no le dice nada al respecto, pero a ella le resulta evidente que él quiere que lo estudie para poder imitarla.

—Wanda no se hizo en un día, querida. Se requiere experiencia en el arte de saber mandar. No te preocupes si todavía no sientes ganas de usar el látigo.

—¿Látigo? —Ella no está segura de si está hablando en broma o no.

—A partir de hoy, poco a poco irás tomando confianza.

Recorren juntos: el vestíbulo, la sala, el antecomedor, el comedor, la habitación de él, la de ella un poco más pequeña. La casa cuenta con muebles señoriales, muchos. Las paredes están muy decoradas, los cuadros cuelgan sobre los tapices, las ventanas tienen cortinas gruesas y delgadas para lograr la luz que deseen. Ella está asombrada ante tal lujo. No había visto nada semejante. Va pensando quién sacudirá tantos objetos que se encuentran sobre las mesas y los estantes cuando Leopold se detiene frente a una puerta cerrada. Wanda toma el picaporte para abrirla.

—¡No! —La detiene.— Tú puedes hacer y deshacer lo que quieras en esta casa. Puedes romper lo que quieras, cambiar las cosas de lugar, retapizar, tú mandas. El único lugar en el que no puedes entrar es mi despacho. Éste es mi espacio.

A Wanda no le importa. Ella está acostumbrada a peores limitaciones, por no hablar de que sus padres y ella vivían apiñados en una habitación. ¿Qué le importa no poder entrar ahí?

Sacher Masoch se distrae dándole órdenes a su joven ayudante mientras que Wanda aprovecha para regresar a su habitación y ponerse el camisón con cuello de conejo que encuentra en el ropero, se pellizca las mejillas para verse más apetecible, se cepilla el pelo y lo deja suelto. Usa el perfume que él ha dejado en el tocador. Tiene un dejo a almizcle que le gusta, que la hace sentir sensual y se tiende sobre la cama recargando la cabeza en la mano derecha, en la posición más sensual que puede.

Casi enseguida, entra el hombre de la casa y al verla así, se desviste de prisa para recostarse a su lado. De frente, la toma de la cintura y besa la parte donde se juntan los senos, que queda libre en el escote, el cuello, las mejillas y los labios, primero con suavidad y luego más fuerte.

Wanda se imagina que lo tiene que morder, pero Leopold la está besando de manera tan placentera, que no consigue hacerlo. En vez de eso, aprieta el cuerpo, incluídos los labios vaginales, de tal forma que por alguna razón le parece que siente mucho más placer. Él le quita los guantes y le mira las manos. No hace cara de horror al ver sus uñas que empiezan a salirle porque tiene pocos días desde que ha dejado de mordérselas. A él, parecen gustarle sus manos. Wanda las mueve haciendo pequeños giros traviosos como invitándola a recorrerla. Entonces, sin pensarlo, encaja las uñas en la espalda de su amante y él se estremece. Tal vez en alguna parte de su mente se le quedó grabado lo que su amiga decía acerca de las preferencias de él, aunque en ese momento no lo recordara. Es evidente que a Leopold le gusta lo que está haciendo. Ella se siente feliz de complacerlo, aunque no puede detenerse mucho en el pensamiento porque las sensaciones están a punto de desbordarse.

Él la desviste con suavidad, comenzando por los guantes y siguiendo por las medias, el vestido, la ropa interior. La acaricia con la palma de las manos. Se demora en cada parte del cuerpo y ella suplica mentalmente que la posea. Ya no puede resistir más sin sentir su miembro

viril adentro.

—Penétrame —balbucea y, como él no hace caso, entonces lo exige:— ¡Hazme tuya!

Él se monta en ella y la posee poco a poco. Hasta el fondo. Los resortes de la cama crujen cada vez. A ninguno de los dos les importa. Están envueltos en una vorágine de estremecimientos, olor a almizcle combinado con sexo, jadeos y deseo.

Ella mueve las caderas hacia adelante y hacia atrás. Él embiste. Ella pide que sea más fuerte cada vez. Él obedece. Ella grita de placer. Él se sale justo a tiempo para eyacular afuera. No quiere embarazos.

—Me has hecho el hombre más feliz le confiesa Leopold con una sonrisa plena.

—Yo soy la más feliz —exclama ella mientras él se acomoda a su lado.

Nota que las sábanas tienen una pequeña mancha de sangre. Wanda sabe que ella no es virgen. ¿De dónde viene la sangre? Se asoma a verse entre las piernas. No. Está muy húmeda, pero nada rojo por ahí. Le da pena hablar del tema. Por eso lo deja pasar, aunque no puede apartar el hecho de su pensamiento.

—¿Qué se te antoja de comer o de beber, querida? —pregunta él mientras se levanta de la cama a llamar a la empleada doméstica.

Entonces Wanda le ve la espalda. ¡De ahí era la sangre! Se siente avergonzada. Ni cuenta se dio de haber sido tan bárbara en sus razguños. Prefiere no decir nada al respecto. Viéndolo tan feliz, intuye que ésa es su oportunidad de lograr lo que se propone:

—Leopold querido: me gustaría traer a mi madre a vivir con nosotros. Después de mi separación he estado muy unida a ella. Me ha estado ayudando en el trámite para lograr el divorcio y se va a sentir sola ahora que me he mudado contigo.

—Lo que tú digas, mi reina. ¿Cómo se llama ella?

—Marie. Marie Rümelin. ¿Por?

—Es el colmo que yo no supiera su nombre, querida. Es la madre de la diosa que manda en este hogar.

Wanda había esperado una negativa. Había escuchado muchos chistes sobre lo molesto que era vivir con la suegra. ¡Este hombre es increíble!, piensa. Es lo mejor que me pudo suceder. Gracias, gracias, Dios mío. No hay persona más comprensiva en el mundo.

Más tarde, Leopold besa las manos y los pies de su esposa para desearle buenas noches y se va a su habitación. Wanda nota de nuevo que a él no le molestan sus uñas mordidas y se siente feliz. Piensa que tiene mucha suerte de haber encontrado a un hombre que la acepte con sus limitaciones, sin ser virgen, con una madre que depende de ella y con los defectos que tiene, que en ese momento le parecen demasiados. Ya viviendo con él no tendrá motivo de estar nerviosa y al fin será capaz de dejárselas en paz durante lo que le reste de vida. Se imagina que sus uñas van a ser las más largas que nadie ha visto.

Ya metidos en sus distintas camas, los dos duermen felices imaginando que al fin han encontrado la relación que cada uno buscaba.

Capítulo 2

Al día siguiente, la madre se muda a vivir con ellos.

—No te creía, Angelika Aürora, y me da mucho gusto reconocer que tienes razón, que sí pescaste al marido más comprensivo del mundo. Hay que cuidarlo, conservarlo siempre contento. Mira nada más la casa en la que vivimos. Nunca habíamos dispuesto de tantas habitaciones. Tienes una sirvienta y un mozo. No te vayas a sentir que mereces todo esto. Asegurémonos de conservarlo, mi hijita. No es fácil encontrar a un hombre rico y que esté dispuesto a gastar en la comodidad de su mujer. Ya ves cómo sufrimos con los recursos tan escasos que tu padre podía conseguir.

—Usted descanse por una vez en la vida, mamá. No sé cuánto tiempo nos dure. Mientras podamos, disfrutemos, nos merecemos un descanso. Hemos trabajado demasiado.

La señora intenta leer o dormir una siesta, pero no está acostumbrada. Al rato ya está metiendo la nariz en la cocina.

Durante los siguientes días, Angelika va aprendiendo a ser Wanda. Lee *La venus de las pieles* y se esfuerza por copiar algunas de las actitudes, juega a que le gusta ser malvada y que disfruta dándole órdenes a Leopold.

Esos primeros momentos son maravillosos. Duermen hasta altas horas de la mañana y aprovechan las noches para inventar nuevas formas de placer. Mucho sucede en su cabeza porque ella no ha entendido el juego muy bien. En vez de hacer las cosas que sabe que le gustan a él, ella le dice que se las va a hacer, le describe cómo lo va a amarrar, cómo lo va a tener con los ojos vendados, cómo va a dejarlo así hasta que a ella se le antoje jugar con él, que se convertirá en un simple objeto. Él se excita mucho cada vez y terminan teniendo relaciones sexuales muy agradables aunque duran poco. Ella, de cualquier forma, queda siempre satisfecha. Cuando parece que ya no pueden ser más felices, Leopold recibe la noticia de que uno de sus cuentos fue publicado en *Revue des Deux Mondes*. Brinca por la sala dando pasos de baile ocasionales y haciendo a su mujer girar.

—Ahora sí eres internacional por completo, querido. Eres un alemán. Siempre dices que escribes y deseas en alemán aunque naciste en Austria y estás a punto de conquistar Francia.

A Leopold le encanta sentirse ciudadano del mundo por lo que la interrumpe:

—El lugar en donde nací es complicado.

—Como tú.

Él asiente.

—Hoy es Austria, pero la ciudad de Galicia, donde respiré por primera vez, era Polonia antes de que se la anexara Austria en el reparto.

Wanda asiente, aunque le empieza a parecer que, como mujer cruel, tendría que decir algo desagradable. Ser tan dulce lo va a aburrir pronto. Por eso añade:

—Describes una realidad eslava diferente al mundo alemán y estás feliz porque tu cuento sale

traducido al francés. ¿Qué tiene esto de especial? Yo hablo francés desde muy joven y no ando presumiendo.

Él no hace caso de la provocación. Está demasiado feliz para darse por permitir que su triunfo se vea eclipsado.

—¿Ves que mi literatura es mundial? Y todavía te faltó más nacionalidades que me son propias. Soy nacido de padres rusos.

—Y ahora publicado en francés —ella insiste para encontrar la forma de aminorar el éxito—. Un idioma que hasta yo hablo.

—No existe mayor gloria para un escritor —explica él—. Revue des Deux Mondes es la mejor revista del mundo entero y esto sólo me pudo haber sucedido porque la suerte me ha mejorado desde que tengo a mi diosa junto. —Le besa una mano.— Eres más de lo que soñé.

Wanda toma la revista y mira sus uñas que ya sobresalen dos o tres centímetros. Sabe que su felicidad depende de lograr tener a su marido siempre interesado por lo que busca algo hiriente que decir:

—¿Te has dado cuenta de que vivimos en Austria? ¿Crees que un cuento en francés hará una diferencia de cómo te ve el carnicero? —se burla y se dispone a seguir. Se para con las piernas abiertas, la mano en la cintura y la barbilla en alto. Se ha dado cuenta de que así se ve más autoritaria. Leopold la interrumpe.

—¡Con mi trabajo no! —Parece enojado.

—No puedo ser dominante cuando te conviene y sumisa cuando quieras —exclama ella, intentando retomar su autoridad.

—Te lo digo de verdad, Angelika —enuncia él en un tono frío.

Él siempre le dice Wanda. Ella está desconcertada.

—Como quieras, pero al menos explícame la razón.

—A nivel profesional necesito una mujer que me apoye, no una dominadora y ya te lo había dicho. Cualquiera cosa que tenga que ver con mi despacho, con lo que hago en él, con el fruto de mi trabajo, es mi zona. Para mí nada más.

Wanda lo piensa un momento y le parece justo. Después de todo, él mantiene la casa.

—De acuerdo —concede con benevolencia.

Él siente que debe explicarse más.

—El hecho de que por primera vez mi cuento aparezca en Revue des Deux Mondes implica que toda mi obra estará mejor cotizada.

—Para mí siempre serás el mejor escritor —se disculpa ella de inmediato, olvidándose por un momento de su nueva personalidad.

Él quita la expresión amenazante de su rostro.

—Ahora podemos cobrar más, querida. Viviremos mejor, viajaremos. Te podré dar la vida a la que estás acostumbrada —se hinca a sus pies, le toma la mano y se la besa.

—Espero que mejor. Una calidad mejor —exclama ella, subiendo la barbilla de nuevo. El juego en donde ella ordena le gusta. No se había dado cuenta de qué tanto hasta cuando sintió que él iba a regañarla.

Leopold no solamente está dispuesto a obedecerla, sino que espera ansioso sus órdenes para

cumplirlas. Eso empieza a ser muy divertido, excepto porque Wanda se siente vigilada. A él le gusta verla mandar, por lo que está atento a ver cómo se conduce ella en la vida diaria.

En la novela de Venus, la Wanda original contrata a dos sirvientas negras para que le aten a Severino, el protagonista. Así, ella puede golpearlo a placer. En la vida real, Leopold tiene un muchachillo que le ayuda en casi todo y una señora gorda que hace la limpieza, la comida y lo demás de la casa.

—Podremos contratar a alguien más —sugiere ella.

—Lo que ordenes, querida —La abraza y la conduce a su habitación—. Hoy yo seré tu ayuda de cámara. Te desvestiré y te volveré a vestir para tener el placer de servirte.

—Te estás tardando, Severino —le dice ella extendiendo su mano para que se la bese.

A él no parece gustarle que le cambien el nombre. Wanda piensa en la injusticia de que ella haya tenido que dejar de ser Angelika y él no pueda ni durante el acto sexual, convertirse en el personaje de la dichosa novela. Bueno, eso no es lo importante. Ahora ella es la señora de una gran casa. Si para tener contento al señor hay que llamarle por su nombre verdadero y hacerlo sufrir, ¿qué le importa a ella ceder un poco? Ya encontrará más adelante la forma de tener el poder real. Saca una pelliza y se la pone para afianzar su autoridad.

—Leopold, a mis pies —ordena Wanda.

Él se hinca a descalzarla en ese mismo momento. Le besa un pie.

—Tienes que ser creativo. ¿O siempre va a ser igual? —lo pateo con suavidad—. Hoy no mereces tocarme, inútil. Quédate ahí hincado mientras yo me desvisto. —Empieza a quitarse la ropa—. ¡Ojos al piso! No mereces mirarme.

Él la obedece con una sonrisa. Para Wanda es evidente que eso es lo que él quiere. Cuando termina de desnudarse, ordena:

—Abre la cama, sirviente. ¿O crees que voy a darme placer a mí misma sobre la colcha? Mi cuerpo necesita algo más suave y delicado, algo como la sábana. Hoy no te voy a permitir que me veas, eso es un beneficio que tienes que ganarte. Tú vas a posar los ojos sobre mí, pero vas a escucharme. Quiero que valores lo que tienes, el placer de servirme. A ver si algún día logras llegar a ser digno de fijar tu mirada en mi cuerpo de diosa.

A Leopold le cuesta trabajo levantarse de la posición en donde ha estado hincado. Las piernas se le han entumido y tiene el pene muy duro. Daría lo que fuera por poseerla, pero le gusta una mujer fuerte que pueda darse placer a sí misma. Le encanta sentir que le duele quererla.

Wanda vuelve a ponerse el abrigo y sale por un momento de su habitación.

—¡Quiero la cama bien lisa! —advierte desde afuera.

Se dirige a la cocina. Ahí encuentra a su madre que con la mirada le pregunta qué sucede. Wanda extiende los brazos como dándole a entender que no es cuestión de ella. Sólo lo estoy complaciendo, parece decirle con su gesto. Con la mano, le hace la seña de que la deje continuar, que no intente seguirla. En la despensa, encuentra un gran pepino que le parece un inmenso pene. Regresa a su recámara sosteniéndolo con las dos manos. Antes de proseguir, se asegura de dejar bien cerrada la puerta.

—Siente lo que va a darme placer en vez de que seas tú el que lo haga —dice, mientras roza con el pepino el rostro de su amante. Luego se quita el abrigo de nuevo y se recuesta sobre las

sábanas.

Juega con los dedos en su vagina y, ya que está húmeda, se introduce el vegetal poco a poco. Cierra los ojos y se olvida por un momento lo que le ha ordenado a Leopold. El placer le impide pensar en lo que sucede en la habitación. En su mente, es la reina de Java y tiene a su disposición un ejército de negros dispuestos a brindarle placer, a llenarla de semen, a transportarla al paraíso. Con la vista, elige dos colosos de ébano que se le acercan a acariciarla. Sus pieles negras brillan con la luz de la luna, sus músculos resaltan en la oscuridad. Huelen a hombres fuertes. Uno le besa el cuello, un hombro, los pezones, se los chupa. Sus manos, hundidas en la cabellera, la sueltan para acariciarle el torso, el cuello, los senos. El otro hombre se sube en ella y la posee de una forma salvaje, la perfora, la embiste una y otra vez. Wanda se estremece y recuerda dónde está en realidad.

—Penétrame. Ahora mismo.

—Mi reina, me ordenaste que me quedara aquí mirando al suelo.

—¡Calla y obedéceme! —grita ella con un tono imperativo.

Él se baja de prisa los pantalones. Se sube a la cama y va a penetrarla.

—Te lo voy a dar todo, mi Wanda.

—Acuéstate boca arriba. Ahora.

Él la obedece. Ella lo monta y en un solo movimiento, se introduce el miembro duro en la vagina. Se mueve de adelante para atrás y luego de forma circular con embestidas enérgicas. Él gime y ella le da una cachetada sin dejar de moverse. Adentro más adentro, más y más.

Unos cuantos minutos después, ambos alcanzan su orgasmo. Ella sigue moviéndose, más lentamente pero con profundidad. Hasta el fondo. Quiere exprimir todo, sacar cualquier fluido que hubiera quedado dentro. Aprieta hasta que la sensación de inmenso placer va dando lugar a una felicidad tranquila.

Entonces se baja de su amado. Se acuesta a su lado en silencio. Recarga la cabeza en el hombro de él. Sus ojos están muy húmedos. Jamás había llorado de felicidad.

—Perdóname, mi reina. Se me olvidó salirme a tiempo. Espero que no pase a mayores.

Capítulo 3

El tiempo les ha enseñado a Angelika y a su madre a aborrecer la Navidad. Tienen historias terribles de Navidades anteriores, aunque hay una que recuerdan con cariño. No tiene mucho que, en una fecha así, se estaban muriendo de pobreza. A Angelika le había dado pulmonía y se había tenido que quedar en cama. La señora Marie había perdido el trabajo porque había entrado una nueva administración militar a Austria y ya no le mandaban su ropa para surcir. Tuvieron que empeñar cuanto tenían. Sólo subsistieron gracias a la pobre mujer que les surtía la leche, que se las siguió entregando a pesar de que llevaban semanas sin pagarle.

La señora Rümelin era fuerte. Hablaba mucho y en todo lugar y cansaba a sus interlocutores de tantos argumentos que se le ocurrían para exigir sus derechos. No se daba por vencida con facilidad. Por eso, en una ocasión en la que Angelika la vio llorar, decidió frenar su impulso de seguir dormida hasta morir por la enfermedad y la debilidad de no haber probado alimento por muchos días, se obligó a hacer un esfuerzo sobrehumano y salió a buscar en la basura algo que llevarse a la boca: un poco de pan enmohecido, hojas de calabaza, y zanahorias medio echadas a perder. Con eso que comió, se convenció a ella misma de que ya tenía la fortaleza para coser un par de guantes. Con fiebre y con la debilidad auestas, se puso a trabajar. Sin embargo, lo que había conseguido no fue suficiente; se desmayó de hambre antes de poder terminarlos.

La señora Holzer, esposa del dueño de la tienda de abarrotes de abajo, vio el desvanecimiento a través de la ventana y corrió por un regalo que les tenía preparado y que no se había atrevido a darles. Ayudó a Angelika a volver a meterse a la cama y les entregó una gran canasta con provisiones.

—¡Es su regalo de Navidad! No se los traje antes porque no sabía si las iba a ofender —les dijo.

El obsequio no solamente consistía en comida, sino también incluía carbón, madera, aceite y vino. Eso les dio la fuerza para recuperar la salud y seguir trabajando. Pronto volvieron a ser autosuficientes.

—¿Recuerdas la Navidad que cambió nuestra vida? —pregunta la madre y, sin esperar respuesta, continúa—. Antes de eso, siempre pensé que éstas eran fechas para suicidarse, pero ahora tengo esperanza. Sé que en un momento, la vida puede ponernos junto a un alma caritativa y puede haber otra Navidad que nos haga prosperar todavía más. Tal vez hoy es el inicio de nuestra nueva vida.

—Madre, hace poco más de una semana, me dijo usted que no creyera que me merecía esto y ahora quiere que espere un milagro bajado del cielo. ¿Usted cree que tengamos méritos suficientes?

—Tu marido, mi hijita. Él es nuestro milagro. Nos lo merezcamos o no, ha entrado a nuestro presente.

—Tomemos la vida como viene. Hoy tenemos casa y comida en la mesa.

—Sé una buena esposa, complácelo hasta en sus más mínimos gustos.

—Ya me lo había aconsejado, madre, pero usted misma no siguió sus consejos. Los pleitos que usted tuvo con mi padre me perseguirán hasta el día en que me muera. Yo, por eso, intento hacer lo que sea para tener a Leopold contento. Ya no puedo hacer más.

—Siempre hay más que puedas hacer para complacer a un marido. No cometas mis mismos errores. No me cansaré de repetírtelo.

Leopold prepara un árbol de Navidad con velas de verdad. Debajo, hay regalos para las dos mujeres. Wanda encuentra vestidos, perfumes y, por supuesto, un hermoso abrigo de pieles. Los cariños y los besos se reparten por doquier. En un momento dado, los tres están abrazados y en los ojos de madre e hija, se derraman lágrimas de alegría.

—Sólo falta un heredero —dice la señora Marie.

Leopold y Wanda se miran y, en silencio, se dicen que están de acuerdo.

Como si siguieran un guion preestablecido, unos pocos meses después, ella queda embarazada. Los tres están felices. Angelika había pensado que no quería un hijo porque le daba miedo traerlo a un mundo de hambre y miseria. El estar embarazada con un hombre exitoso al lado no pasaba por su mente. A veces cree que es un sueño y sólo pellizcándose se asegura que es realidad. El amor se respira en cada rincón de la residencia Sacher Masoch.

A Leopold lo habían invitado a trabajar en un periódico importante en Viena con un buen salario, pero para aceptarlo, tendrían que mudarse.

—Es importante que tengamos el sustento asegurado para nuestro bebé que viene en camino.

—Nada nos ha faltado y nada nos faltará, querido.

—No entiendes, Wanda. Tengo muchas deudas viejas que hay que ir pagando poco a poco. Si queremos mantenernos con todo y una criatura, debemos ir a vivir a Viena.

—¿Deudas?

Es la primera noticia que tiene de que la situación financiera de Leopold no es sólida.

—Tú ordenas, mi reina. ¿Nos mudamos o seguimos viviendo en Graz? ¿Acepto el trabajo o no?

—Si nos vamos, ¿puedo mandarle dinero desde Viena a mi madre?

—Lo que tú digas.

Al poco tiempo, Leopold y Wanda rentan dos habitaciones amuebladas en Kohlmessergasse. El propietario se aprovecha de ellos porque se las enseña con unos muebles y cuando se cambian, las recámaras están acondicionadas de una forma miserable: algunas sillas con patas rotas, el tapiz deslavado, una de las mesas, coja. A pesar de eso, se habían comprometido por contrato a pagar 150 florines al mes durante un semestre y deciden honrar su palabra. Tienen relaciones sexuales en cada sillón desvencijado, en cada alfombra luída, y hasta en una silla que se les rompe. Él pide ser castigado por haber aceptado vivir en esa pocilga y, a pesar de los vejesterios que los rodean, ella se siente contenta de tener un techo que no gotea, así que le da sus cachetadas con gusto y disfruta los placeres que él tiene para ella.

Wanda y Leopold viven felices. Él le enseña Viena, le habla de la arquitectura, de la historia y la lleva a la puesta en escena de *El hombre sin prejuicios*, una obra que él escribió.

Wanda descubre que la actriz, la señorita Clairmont, aparte de tener el papel principal y ningún

talento, había sido amante de Leopold y tiene una hija de él. Ella se quiere morir, no por celos sino porque se imagina que pronto va a quedar sola igual que ella. Tiene que aprovechar los momentos felices. ¿Qué será de ella, su madre y su hijo cuando Leopold se canse de acompañarla, de obedecerla en todo?

Desafortunadamente, el periódico donde trabaja Leopold colapsa por causas financieras. Al cerrar sus puertas, él se queda sin salario. Su situación todavía no es apremiante. Deciden no comer en restaurantes y Wanda empieza a utilizar la cocina a la que tiene derecho por rentar las habitaciones. Leopold escribe desde que amanece hasta que anochece y logra vender textos cortos que al menos los mantienen a flote. Sigue dándole aunque sea una moneda de cobre a Wanda para que le envíe a su madre.

—Quiero volver a escribir un cuento, querido. Tal vez yo pueda también colaborar con nuestra economía familiar.

—Viena es mucho más estricta con sus autores, querida, y yo no tengo tiempo ni mente para arreglar lo que tú escribas. Ya habrá otros tiempos mejores para eso.

Una epidemia de cólera corroe a los habitantes de la ciudad. Por suerte, ninguno de sus conocidos está enfermo. De vez en cuando, Leopold cree tener los síntomas; Wanda le toma la temperatura, revisa sus excrementos y se asegura de que no están líquidos, lo va tranquilizando hasta que lo convence de que ambos han escapado del contagio.

Ya sólo salen de su casa para lo más indispensable, pero cada noche, cuando él al fin se convence de que no tiene cólera, le hace el amor a su mujer hasta que los dos quedan satisfechos. Siempre quiere verla usando pieles, aunque sea para cocinar y barrer. Por eso Leopold le prepara el vestuario de cada día. A él le gustan robustas y dice que ella, que carga dentro al heredero, luce más hermosa que nunca.

Ella ya está acostumbrándose a llevar abrigo en todo momento, aunque ya ninguno le cierra. Nunca ha sentido tanto miedo: del cólera, de la hambruna, de que Leopold se entusiasme con otra mujer y la deje en ese estado. Por eso se esmera en complacerlo. Las narraciones sexuales que le cuenta a Leopold por la noche antes de tener relaciones, son cada vez mejores, más perversas, más detalladas. La mayoría de los cuentos de él tienen personajes femeninos crueles. Ella tiene una gran fuente de inspiración para intentar complacerlo. Él insiste en que lo tiene que golpear más duro; ella aduce que en su estado no tiene el vigor que se requiere. Apenada, empieza por insultarlo, pero al ver que él se excita con eso, ella va tomando ímpetu en sus agravios verbales.

A pesar de los cuidados, el parto se le presenta antes de lo previsto. En julio de 1873, todavía en Viena y sin ingresos, da a luz a un varón pequeño y débil. A los seis días, el bebé fallece de muerte de cuna.

Leopold llora inconsolable.

—Al menos pudimos bautizarlo antes de que se muriera —lo intenta confortar Wanda. En su momento, el conde Hendl, amigo de Leopold que estaba de visita, había corrido a buscar a un sacerdote—. Se llamaba Leopold, igual que tú y ya tiene asegurado su lugar en el cielo.

—Bueno, menos mal. Es lo único que me tranquiliza —asegura él, tirado en el sofá, sin ganas de moverse.

—Vayan los dos a pasear un rato —les ordena Wanda—. No tiene caso que nos quedemos aquí

todos. Yo me encargo de los preparativos para el entierro.

Después de muchas protestas, Leopold acepta. Wanda se da cuenta de que ordenándole lo que tiene que hacer, disminuye el dolor de su amante e incluso su propio dolor. Se queda a preparar el cuerpo de su hijo y a hacer lo necesario para depositarlo en el cementerio.

Lo desviste por completo, le da un baño de esponja, acomoda el cuerpo para que quede bien derecho y le pone el mejor trajecito que tiene: uno color marfil. Se ve muy pálido. Le aplica un poco de rubor en las mejillas y le pasa el peine por la pelusa que apenas le cubre la cabecita. Lo perfuma y le coloca una flor sobre el pecho. Mientras trabaja, piensa en lo que la trajo a ese momento, aclara su mente. No puede ser que espere que un hombre la quiera entre tantas mentiras. Resuelve decirle la verdad tan pronto pueda.

Al regreso del entierro, le pide que se siente a su lado y le confiesa que nunca se ha casado, que nació siendo muy pobre y la miseria es lo único que ha conocido, que en una ocasión tuvo que tener una relación sexual con un hombre para que le permitieran seguir vendiendo los guantes que cosía, que nunca había sido la mujer que él pensaba.

—Éramos muy pobres cuando yo era joven. Una noche me despertó el llanto suave de mi madre. Ella estaba sentada a la orilla de la cama, intentando no llorar muy fuerte para no despertarme. Mi padre estaba cerca, proponiéndole que me mataran y se suicidaran. No tengas miedo, le dijo, no nos va a doler. Encendemos un gran fuego en la chimenea, cerramos puertas y ventanas, nos quedamos dormidos y ya no despertamos. ¿Te imaginas?

—Te convertiste en una mujer poderosa, mi reina. Sobreviviste.

—Tuve suerte.

A medida que ella hablaba, los ojos de él iban abriéndose cada vez más. Estaba muy pálido. En un momento de la narración, él se hinca frente a ella visiblemente emocionado.

—Mi infortunada reina, qué miseria te ha tocado vivir y, a pesar de todo, has logrado mantener el silencio digno de una diosa. El mayor miedo que me embargaba es no poder darte el nivel de vida al que estabas acostumbrada. Me daba vergüenza no poder cumplir tus expectativas. No sabes qué feliz me haces de saber que yo soy capaz de mejorar tu vida, de rodearte de belleza y de placeres que te hagan feliz.

—¿Me quieres aunque sea pobre?

—Te quiero más por ser pobre, mi Wanda hermosa. ¿Qué puedo yo ofrecerle a una mujer rica que no posea ya? Cásate conmigo. Hoy mismo.

—Lleva su tiempo, querido. Hay muchísimos preparativos que no se puede uno brincar.

—Casémonos cuanto antes, mi reina, mi ama, mi amor. Ahora sí, por todas las leyes.

—Sí, amor mío. Formalicemos este matrimonio. Aunque sea en el registro civil. Yo no necesito fiesta ni bombo y platillo.

—Me deben mucho dinero. Tan pronto me paguen, podemos regresar a casa. Mientras, vayamos a las Montañas Styrian en donde estaremos a salvo del cólera y donde puedo recobrar las fuerzas. Todo es menos caro ahí. Tú también tienes que recuperarte de tu pérdida para que podamos covertirnos en esposo y mujer.

Esa noche, Leopold va a la habitación de Wanda por tres abrigo de pieles. Los lleva hasta su recámara, los deposita sobre la cama donde él duerme. En silencio, Wanda lo sigue, pero él ni

siquiera se percata de su presencia.

Enfrente de las pieles, Leopold toma una a una y las huele. Se baja la bragueta y se hinca para poder seguir disfrutando el olor sin tener que sostenerlas en las manos. Saca su miembro duro y se masturba. Wanda está ahí, invisible a sus ojos. ¿Será su forma de exorcisar la pena de haber perdido un hijo?, se pregunta. ¿Por qué no me incluye en el sexo? Ella quisiera compartir cualquier forma de redención. No quiere ser dejada a un lado, menos ahora que ya no va a tener la compañía de su recién nacido tan querido.

Las emociones encontradas no le permiten moverse. Mientras mira, se promete a sí misma que jamás volverá a permanecer al margen de los placeres. Tiene que endurecerse, que convertirse de verdad en el personaje de los sueños de Leopold, en Wanda Sacher Masoch.

Capítulo 4

La muerte de un hijo es un golpe inmenso al alma, pero el saber que ya pronto recibirían la bendición nupcial es un motivo importante para que Wanda intente hacer a Leopold feliz. Satisfacer sus deseos.

Una vez que pueden, se trasladan a las montañas. Leopold llevaba tiempo quejándose de alguna enfermedad mental que no lo dejaba trabajar. Todos los días, Wanda había tenido que convencerlo de que no era tonto, de que sí podía concentrarse, de que no le estaba dando demencia senil, de que lo admiraba más que a ningún otro ser humano y se sentía orgullosa de ser su mujer. Nada más con llegar ahí, ya se siente mejor. Está seguro de que con ese nuevo aire, sus pensamientos van a fluir haciéndolo creativo de nuevo.

Las vistas son majestuosas, el aire es más puro y huele a vida. El pueblo es pequeño y tranquilo. Durante agosto y septiembre, ahí viven en paz. Caminan por las mañanas. Cuando regresan, él se pone a escribir. Para hacerlo, le pide que ella use sus pieles y se siente cerca. Mientras, ella lee. Verla lo inspira. Sin Wanda, ya no puede concentrarse, dice. Leopold no quiere tener relaciones sexuales. Le da miedo lastimar a su mujer recién parida. Deben esperar un tiempo antes de ser libres de nuevo. Por eso, una noche, Leopold le pide a su mujer que le invente una historia. Ella, quien ya ha leído todos los libros que él ha escrito, empieza a decirle en un susurro:

—Imagina que estamos en el teatro de la ciudad. Yo llevo puesto un abrigo de mink blanco con cuello de zorro plateado. Subimos al escenario y ahí te ordeno que te pongas en cuatro patas. Te pongo un collar de perro, de esos que tienen los fierros para que no pueda someterlos cualquiera. Sólo yo, tu ama, te domina. Con la mano izquierda, sostengo tu cadena; con la derecha, un látigo de cinco colas metálicas.

>>Es el intermedio de una de tus obras. El teatro está lleno y la gente nos mira. Te reconocen y se preguntan por qué te llevo con correa. Un tipo mal cogido no entiende y quiere subir, quizá a ayudarte. Te ordeno: “Perro, mata al que intente frenar mi placer. Tienes permiso para morder, arañar y sacar la navaja que llevas guardada”.

>>Tú gruñes, enseñas los dientes, miras al público de una forma amenazante y el tipo se arrepiente de su intento. Yo te ordeno que te sientes sin dejar de vigilar. “Así no”, te grito, “como perro”. Te sientas sobre las piernas y yo suelto por un momento lo que llevo en las manos para comenzar a desvestirme.

>>Debajo del abrigo, sólo tengo la ropa interior, completamente negra. Mis pantaletas transparentes, el ligero, mi atuendo ha sido elegido con cuidado para excitar a todos. Me paseo por el escenario, buscando entre los asistentes la mirada de mayor deseo. La encuentro. Es un hombre guapo, de unos cuarenta años, un poco canoso. Me posee con los ojos y yo lo invito a subir.

>>Tú me miras horrorizado y te atreves a decirme un tímido “No”. Yo tomo el látigo que había dejado en el suelo y lo descargo con fuerza sobre tus nalgas. No hace falta que te repita lo que ya te he dicho antes: “Sólo eres mi perro”. Una diosa como yo puede tener al hombre que se le antoje y tú sólo estás aquí para protegerme, para facilitarme la vida. Con la palma de la mano, te ordeno que te estés quieto.

>>El hombre sube al escenario. Lo beso en los labios. Él acaricia mis nalgas y yo me humedezco increíblemente. Siento su verga a través de su ropa. Está dura y deseante, deseante de la que tú creías que era tuya. Ya lo ves. Yo apetezco ese pene firme. Necesito que me penetre. Lo anhelo dentro de mí.

>>Él se abre la bragueta y, cargándome, me sienta sobre la mesa de la escenografía.

—¿Es muy fuerte? —pregunta Leopold casi sin voz.

Wanda lo mira con furia. Su mirada grita: ¡Silencio!, aunque su voz no se inmuta. Sigue con su narración:

—El hombre me hace el amor enfrente de todos y tu público se da cuenta de que sólo eres un perro, bueno para nada. Yo gimo, me estremezco, grito, pido más y tú no puedes hacer otra cosa más que mirarme desde la posición en la que te obligué a quedarte, como animal.

—¡Qué dura eres, mi ama! Tengo una reputación.

—Ah. ¿No te importa que me coja a cualquiera pero sí tu renombre? —Wanda le asesta un bofetadón—. Mi honra te tiene sin cuidado, ¿verdad? ¿Ves quién es el cruel?

Los primeros días de octubre, regresan a Graz. La madre de Angelika ha rentado una vivienda modesta, de una sola habitación. Ahí llegan los enamorados. La señora les deja su recámara y se instala en la cocina.

Los anuncios de la boda empiezan a correr un domingo. Es necesario publicarlos por si alguien conoce algún impedimento. Al fin llega el día esperado: 12 de octubre de 1873.

Los novios se van a la Iglesia de la Sagrada sangre de Cristo. Cuando llegan, se la encuentran llena. Algunos invitados hasta están de pie. La ceremonia comienza a las 5 de la tarde, aunque por motivos económicos, los novios sólo contrataron la bendición de los pobres. Esto significa que el que oficia es un sacerdote famélico y desmotivado, no tienen adornos y el proceso es realizado de prisa.

Dos viejos amigos de la madre de Angelika son los testigos de ella. Charles, el hermano de Leopold y otro, son los de él. El oficio transcurre con normalidad. Se vuelven a poner los mismos anillos que ya tienen un año usando. Al terminar, los nuevos esposos se besan con pasión afuera de la iglesia. La gente los abraza, los felicita y la mayoría, se va cada uno por su cuenta. Algunos pocos se van a caminar un rato para hacer tiempo a que la señora Rümelin prepare la cena. La recepción será en la casa del padre de Leopold, pero ella se ofreció a cocinar.

El día está nublado, oscuro. Leopold usa una bufanda de seda para taparse el cuello y, sosteniendo un pañuelo sobre la boca para no respirar el aire frío, le dice a Angelika:

—Ahora sí eres mía. Definitivamente.

—Lo he sido desde que te conocí —responde ella, extrañada porque esta vez no siente los estragos del frío. Le han dicho que la razón de que le haga tanto daño el clima helado es porque

tiene deficiencia de hierro, tal vez porque en la infancia pasó hambre. Esta vez, ni siquiera la temperatura tan baja la afecta. No se siente débil, ni le duele el pecho, ni le late el corazón más fuerte, ni tiene las extremidades heladas. Sólo tiene ganas de hacer feliz a su flamante marido—. Me siento segura a tu lado —le hace saber.

—Te prometo, reina mía, que seremos felices y nos amaremos siempre.

En la boda, Angelika vio al padre de Leopold a la distancia, pero nunca tuvo oportunidad de saludarlo, como si la estuviera eludiendo. Cuando entra a su casa, es la primera vez que lo mira con atención.

—Hola —es lo único que él dice en el momento de estrechar su mano. Es el “hola” más frío que ella ha escuchado jamás y, por si fuera poco, acompañado de un apretón que le deja los dedos adoloridos. Ella intenta sonreír.

La casa es amplia, señorial, pero le parece que se le viene encima. Está atiborrada de vitrinas con insectos, mariposas y otros bichos, plantas, fósiles, monedas antiguas, huesos de mamut, colmillos de elefante, pinturas, tapices y banderas. Hay paredes cubiertas con armas y hasta un maniquí de tamaño natural con la ropa de Stolnuk, el bandido que sembró terror en los Cárpatos durante mucho tiempo.

Wanda sabe que su suegro tiene un cargo muy importante en la policía, pero Leopold se lo había descrito como un gran hombre, un melómano con mucho sentido del humor, muy sociable. Nunca se lo hubiera imaginado así.

En un momento en el que se quedan solas, su madre le comenta:

—Tu suegro es peor de lo que imaginaba. Es el prototipo de la maldad. Mira esa cara picada por viruela y esos ojitos casi bizcos, la barba hirsuta.

—Deje usted eso, madre. Lo más nefasto es la frialdad con la que me mira y sólo dice hola, como si yo fuera cualquier cosa, un gusano embarrado en el piso. Su actitud me parece agresiva aunque no tengo elementos para decir por qué. Debemos cuidarnos de él. Uno puede esperar lo peor de un hombre que no tiene sentimientos.

—Tienes que mantener a tu marido muy contento, hija mía, para que haga oídos sordos de lo que, con toda seguridad, va a decir su padre de ti.

Angelika nota que las piernas le fallan. Un escalofrío la recorre. Siente que lo que desde un principio estaba dispuesta a dar, en un momento se ha convertido en su obligación. Tiene ganas de arrepentirse.

—Él no es del tipo que ayuda a los miembros de su familia si caen en desgracia, ¿verdad?

La señora Marie niega con la cabeza, pero toma la mano de su hija e intenta tranquilizarla:

—Tienes un marido, Angelika Aürora, un hombre con apellido de verdad. No se puede pedir todo.

—Sí, madre, ya lo sé, pero mírelo.

—No cometas mis errores. Aguanta. ¿Cuántas quisieran estar en tu lugar?

Angelika la escucha sin dejar de ver a su esposo. Él no aparta la mirada de Adele, una bella muchacha rubia de ojos azules que está poniendo la mesa. Leopold suelta la mano de su mujer para ayudarla.

—Wanda querida — le pide— ¿Le prestas tu abrigo a esta joven para que se vea más bonita?

Así me hago las ilusiones de que es una sultana y yo su esclavo. Podrá ordenarme y yo hago lo que necesiten.

Angelika mira a su madre. Con los ojos, ella la anima a acceder. ¡Claro!, piensa la joven, ella siempre estará de acuerdo con cualquier cosa que complazca a mi marido. ¿Cómo no hizo lo mismo con el suyo?

Mientras tanto, Leopold ya ha ido al carruaje en donde, por casualidad, hay una piel de su mujer que no está usando. Le ayuda a Adele aponérsela.

—¡Qué bien te sienta! —le dice, besándole una mano.

Los invitados se sientan alrededor de la mesa. Leopold no quita la sonrisa bobalicona con la que admira la belleza despampanante de la joven Adele que sigue atendiéndolos. Después de un rato, Angelika también sonrío. Ve a su marido feliz y ella lo único que tuvo que hacer fue prestrarle su abrigo. Tal vez el juego en el que tendrá que participar no sea tan tremendo. De hecho, la belleza de Adele es para apreciarse. También ella la mira fascinada. Después de todo, ¿a quién le importa que su marido se divierta con cualquiera cuando ella se acaba de convertir en la esposa oficial? Que sea feliz, piensa, aunque no sea conmigo. Tener a un hombre tan culto, tan reconocido, tan bueno, bien vale que le permita ciertos deslices.

Se despiden temprano para llegar a su casa. La señora Marie los acompaña.

Al día siguiente, a mediodía, Leopold irrumpe señalando el periódico Tagedpost. Ahí, publicado con grandes letras, viene la noticia de su boda con la baronesa de Rümelin.

—Mira cómo engañamos a la sociedad de Graz —dice él entre risas—. Te hice pasar por noble.

—Pero mucha gente me conoce y sabe que no soy baronesa. Yo no era nadie antes de ti —dice ella en voz baja—. ¿Te avergüenzas de mí?

—Es una broma, Wanda. Aprende a reírte de la vida y de la bola de imbéciles que nos rodean.

Angelika no le encuentra la gracia, pero no es momento de contradecir a su marido. Ella, que no aspiraba a nada, ya está casada con un hombre cuya boda es una noticia tan importante que aparece en el periódico.

Capítulo 5

Un día, Leopold hace que Wanda se ponga un abrigo rojo encendido, largo hasta el piso, con cuellos, puños y costuras terminados en armiño. En la cabeza, le pone un velo de encaje blanco para presenciar un espectáculo en el Teatro Talía.

Ella se muere de la vergüenza. El vestuario es demasiado excéntrico. Cuando toman asiento en su palco, nota que las miradas están sobre su persona. Se ríen de “la baronesa”. Si quiere que lo trate mal, piensa, ahora sí se lo está ganando. Saliendo de aquí va a ver quién soy. Se imagina a sí misma utilizando el látigo que él le ha pedido mil veces que use. Esta vez sí voy a atreverme.

Sin embargo, para cuando abandonan el teatro y se suben al carruaje, Leopold va tan feliz que a ella se le pasa el disgusto:

—Fuiste la sensación, querida. Eras la más bella entre las bellas.

Ella se ríe. Sabe que no es fea, pero tampoco es deslumbrante. Desde niña le han disgustado sus cejas, tan tupidas que a veces le parecen sólo una. Su cabello es demasiado chino, hasta hirsuto en ocasiones. Cuando era joven, alguna vez escuchó a las demás chicas burlándose por su gesto duro. Tendrías que cambiar la expresión de tu cara, le decía su madre. Le gusta estar junto al hombre que la considera hermosa. De cualquier forma, ya no tendrá que preocuparse de las burlas porque su marido la describió como baronesa porque a los dos días se mudan a Bruck. Leopold consiguió vender una novela. Wanda espera que en otra localidad, nadie la vea con escarnio. Quisiera pasar desapercibida.

La ciudad de Bruck también está en la región de Estiria, Austria, al igual que Graz. No viajan muy lejos, pero Wanda se siente feliz. Le parece que retrocedió en el tiempo porque el ambiente es más provincial. Hay menos gente que los juzguen y hay muchos espacios naturales. Ellos alquilan una casa cerca de la confluencia de los ríos Mura y Mürz y, si se sube a la azotea, tiene una vista adorable.

La señora Marie los acompaña y les ayuda en la mudanza; también llevan con ellos a Collette, una sirvienta. Las mujeres acomodan los muebles en su lugar. La recámara de Leopold es la primera en la que trabajan. Es muy grande y la llenan de objetos: libros, soldados de cartón piedra, recuerdo de su infancia, cañones a escala, figuritas sin valor. La cabecera, el ropero, las mesillas de noche y el librero son de madera oscura, el tapiz de las paredes tiene la representación de una cacería y llevan varios baúles que permanecen cerrados, a pesar de que ni la misma Wanda sabe qué contienen. El cuarto de servicio está al fondo. Luego, hay una pequeña sala de estar a la que le improvisan una cortina para que ahí se pueda quedar la señora Marie. La habitación de Wanda es contigua a la de su marido, más iluminada aunque más pequeña. La cama es de mayor tamaño que la clásica de una persona, con dos almohadas en la cabecera y una larga en los pies. Las mujeres cuelgan los cuadros que Leopold escogió para su esposa mientras él se encarga de las cosas de ella: sobre la credenza, ordena los perfumes, escencias y ungüentos

aromáticos, un frasco de colirio para embellecer los ojos y algo para aromatizar la boca y los cepillos, peines y afeites para arreglarse; en el armario, guarda las pieles, su ropa y zapatos, los accesorios de arreglo personal. Acomoda un látigo entre la ropa interior y se asegura de que ella se dé cuenta por si se anima a usarlo pronto y luego se va a colocar los objetos de su despacho. Con cuidado, saca una a una las fotografías que llevaba envueltas y las ordena sobre su escritorio. Enfrente pone a las dos que más le importan: Anna von Kottowitz y Fanny Pistor Bogadnoff.

—¡Wanda!, —grita cuando quedan todas en sus posiciones— Ven, por favor.

—Te habla tu marido —le llama la atención su mamá.

Wanda sube las escaleras.

—Mira, querida. A éstas, las tenía yo guardadas, aunque ahora que voy a ser más prolífico, las quiero cerca. Ninguna compite contigo, pero quiero que las veas bien. Ésta es Anna. Fue mi amante de 1864 a 1867.

Wanda responde:

—¿Cómo estás tan seguro de las fechas?

—Yo me acuerdo de lo importante —y riéndose, añade—. Y lo anoté en números muy pequeñitos al revés del cuadro. Mira.

Wanda forza una media sonrisa.

—¡Por supuesto que sé quién es! Anna de Kossov. En ella te inspiraste para tu novela La divorciada.

—¿Verdad que es bella? Fue la primera Venus con pieles que me hizo caso.

Wanda asiente y recuerda la forma en la que Leopold la describía en sus textos.

—¿Cómo se te ocurrió describirla como sobrenatural y al mismo tiempo animal, con ojos de lobo y presencia de vampiro?

—Bueno, yo me la imaginaba como una sultana despótica y resultó más bien ser sólo una mujer dura y seca que intentó engañarme.

—¿Cómo fue eso? Explícame con más calma.

—La curiosidad es señal de inteligencia, querida, pero no sé si éste sea el momento adecuado para satisfacerla.

—Es que me preocupa, Leopold. ¿No es eso lo que me pides que haga?, ¿que te engañe? No voy a describirme así en la siguiente novela que escribas.

—No es un insulto. Al contrario. La convertí en un ser interesante, pero entiéndeme, no es lo mismo que yo sea compartido. Yo estoy consciente de que mi mujer tiene necesidades que no puedo satisfacerle, pero somos una pareja. Ella no puede decidir sola.

—¿No te gustan las mujeres fuertes? Una ama toma las decisiones que quiere, ¿no?

—Pero decide por el bien de la pareja.

—¿No te gustan crueles?

Leopold suspira profundo. Se empieza a poner de mal humor. Wanda no quiere provocarlo, por eso ya no sigue contradiciéndolo.

—Anna se acostó con su sirviente a mis espaldas. Eso es un engaño que no se puede perdonar.

Wanda lo besa con suavidad en los labios mientras afirma, dándole la razón con la cabeza. Eso parece darle alas para seguir enojándose.

—Si me hubiera dicho que se le antojaba, yo con gusto hubiera accedido a su capricho. Hasta hubiera estado presente en el acto sexual —vocifera y luego hace un silencio teatral para rematar:
— No quiero ya hablar de ella.

Wanda no sabe qué hacer. Si lo contradice, se enoja, si lo deja hablar, le da alas para que siga alimentando su coraje. Busca cambiar el tema:

—Pero tienes aquí su fotografía.

—Bueno, sí, por lo que pensé y sentí antes de darme cuenta de quién era.

Wanda toma otro portarretrato.

—Ella debe ser la baronesa Fanny Pistor Bogdanoff, tu amante que te inspiró La venus de las pieles.

—Sí. Ella fue mi Wanda original. Fue mi dominadora en 1869.

—¿A ella le debemos tus gustos por las pieles y los látigos?

—No, querida. Esos gustos son míos por completo. Con ellos nací.

—Es la baronesa de Bogdanoff, ¿verdad? Tiene uno de esos apellidos de renombre que uno no puede olvidar con facilidad. ¿Sueca?

Sacher Masoch niega con la cabeza.

—Sólo de origen. Es una de las mujeres más bellas de la aristocracia vienesa. Parecía una estatua griega, pero con un brillo de otro mundo. Ojos verdes, los más impresionantes que hayas visto. Fríos y demoníacos.

—¿De verdad vas a dejar esta fotografía aquí? —protesta al fin Wanda—. Estás a los pies de una amante de otro tiempo. Ella recostada con pieles. Es como si siguieras rindiéndole homenaje.

—No te pongas celosa, querida.

La casa en Bruck no es muy grande, así que pronto queda todo en su lugar. La madre de Wanda regresa a Graz. A los pocos días, Collette se aburre. Termina el aseo temprano y se queda sin nada que hacer. Por eso, Leopold comienza a prestarle sus libros. Wanda descubre a su marido platicando con la sirvienta de Literatura, de su literatura.

—¿Ahora necesitas una crítica doméstica? —lo increpa, ofendida porque con ella casi nunca discute sus textos.

—El juicio de Collette es el dictamen del pueblo, Wanda. No deberías de burlarte jamás de la gente sencilla o ¿crees que eres más?

Wanda siente que el mundo se le cae. Se arrepiente de haberle hablado de sus orígenes. Él tiene razón. ¿Quién se cree para criticarlo? Ser su esposa no basta para poder hablar de Literatura. A partir de ese día, se promete que va a leer más, a ser cada vez mejor. Habrá un momento en el que él se sienta orgulloso de ella.

—¿El dictamen del pueblo?

—Los escritores harían bien en consultar a la gente. ¿Sabías que Moliere le leía sus obras a su sirvienta y que sus comentarios eran valiosísimos?

Wanda, pese a que tiene ganas de llorar, sólo alcanza a abrir los ojos y a hacer como que el dato le parece muy importante. Collette y Leopold tienen conversaciones diarias y él toma en cuenta sus opiniones por encima de cualquier otra cosa.

—¡Despídela! —le ordena un día Wanda, decidida a recuperar terreno.

—¿Cómo crees? —responde él—. No me vayas a defraudar. No puedes ponerte celosa de un entretenimiento. ¿No ves que eso es lo único que es Collette para mí? Tú eres una reina y las reinas están muy por encima de estas cuestiones banales. ¡No te vuelvas a meter en mis distracciones!

Las horas pasan y Wanda se queda cabizbaja. Las apetencias inusuales de su marido le dan vueltas en la cabeza. No ve la forma de frenarlas. Haga lo que haga, él va a seguir siendo así. Lo único que puede hacer es aceptar e intentar disfrutar de los juegos. No hay otra opción para ella. Leopold ni siquiera nota que ella no es la esposa participativa y amable de siempre.

Ese día por la tarde, Leopold organiza un juego con Collette y con Wanda. Las dos son forajidas y tienen que perseguirlo. Él considera que las trasgresoras necesariamente tienen que vestirse de pieles para parecerlo. Por eso, saca del armario de su mujer la que cada una tiene que usar.

Él corre por cada habitación de la casa. Las mujeres van detrás de él. Tiran sillas en su camino. Él les pone obstáculos también, no se deja alcanzar con facilidad. Collette lo jala de la camisa y le razga una manga; él se la quita. Los tres se ríen y Leopold aprovecha para volver a escaparse. La persecución los lleva hasta un pequeño jardín que está a la entrada de la casa. Wanda le quita el cinturón a su marido y con él le amarra las manos. Collette va por la cuerda que Leopold había dejado antes en la cocina. Entre las dos, lo atan a un árbol.

—Ustedes, mis mujeres consentidas, tienen que ponerse de acuerdo en cuál va a ser mi castigo —dice él, todavía riendo—. No me vayan a condenar a muerte, ¿eh?

Wanda sabe que él está esperando un golpe, así que con lo que sobró de cuerda, le da en la espalda.

—Quitémosle la camiseta para que sienta más los trancazos —sugiere Collette aparentando timidez.

Antes de terminar de decirlo, ya la había desgarrado y estaba intentando quitársela a jirones. Cuando Wanda ve esto, duda un segundo. ¿De verdad va a participar en algo así? A su marido le encanta y Collette se ve dispuesta a hacer cualquier cosa que él desee.

Wanda abre la cremallera y, de un tirón, le baja los pantalones.

—Ahora sí verás lo que es bueno. Yo soy la forajida de tus sueños —le dice a su marido mientras lo toma del cabello y le jala la cabeza hacia atrás. Collette, puedes pegarle, pero te advierto: recuerda que él es el señor. No te vayas a pasar. Al final, me lo dejas porque sólo yo le haré el amor hoy.

—Muy bien, señora.

—Cuando estemos jugando, puedes llamarla Wanda —le ordena él.

La mucama le da unos golpecitos que más parecen caricias. Wanda no deja de vigilarla y advertirle con la mirada. Ella también lo golpea un poco.

—Con el látigo —suplica él.

—Yo ordeno cómo te vamos a castigar, prisionero.

Toma una ramita y le da un azote en las nalgas. Se le rompe y la avienta lejos.

—Por favor.

—No puedo —masculla Wanda y, recomponiéndose, añade con la voz más fuerte que consigue emitir—. Nosotras te atrapamos. Nosotras decidimos el castigo.

Le da un puñetazo un poco más duro y, al final, lo desamarra. Se quita los calzones y ahí sobre el pasto, se sube en él. Se introduce el miembro, que para estas alturas, está durísimo. Se atora un poco a la entrada, pero al fin resbala hasta el fondo. Wanda mueve la cadera hacia adelante para permitir que el pene entre un poco más, y se queda un momento con los ojos cerrados, disfrutando el estremecimiento que la recorre. Luego reanuda los movimientos de su pelvis hacia adelante y hacia atrás.

Collette los mira. Las imágenes, los jadeos y el olor a sexo combinado con tierra y pasto la tienen muy excitada. Le quita el vestido a Wanda. Le quita el sostén y comienza a acariciarla.

Wanda se detiene. No sabe cómo reaccionar. No está segura de que le guste que la desnude una mujer.

—A él —es lo único que atina a decir, pero un coraje en contra de Leopold se apodera de ella.

—¿Lo acaricio o lo golpeo? —pregunta la mucama.

—Lo que quieras —responde la esposa, jadeando.

Al tiempo que lo cabalga con fuerza, Wanda le asesta a su marido una cachetada y luego una más del otro lado. Con los puños cerrados lo golpea en el pecho sin dejar de moverse encima de él, haciendo que el miembro le entre una y otra vez, apretando los labios vaginales hasta sentir que lo va a asfixiar.

Collette quiere acariciar a Leopold, pero el movimiento de Wanda es tan violento que no se lo permite. Se recarga en el árbol y se acaricia el cuello, los senos, mete la mano debajo de su falda y, con tres dedos, se penetra la vagina sin dejar de ver lo que los otros dos siguen haciendo.

Leopold grita:

—Mi ama. Piedad. Ya no me golpees así.

Su mirada no corresponde a sus palabras. Las dos mujeres notan que él está feliz, anhelando los trancazos. Verlo así, disfrutando tanto, hace que Wanda se olvide que estaba enojada. Sigue galopándolo y pegándole en el pecho, aunque todavía no tan fuerte como él hubiera querido. Divertida, le advierte:

—Ahora te aguantas —el tono de su voz es ronco y autoritario. A su marido le encanta.

Leopold Sacher Masoch eyacula dentro de su mujer. Se estremece. Grita.

—Sí. Mi ama. Mi diosa. Sí.

Collette también se sacude de forma que parece un orgasmo.

—Sí —aúlla— Ah. Sí. Ah. Qué cosa. ¡Dios! Sí.

A Wanda, que ya estaba a punto de alcanzar también el orgasmo, se le baja de inmediato.

—¿No te vas a venir? —le pregunta Leopold.

Wanda desciende de su posición. Se sacude el pasto de las rodillas.

—Tengo que hacerme a la idea de compartirte. Tal vez para la próxima.

Al día siguiente, Wanda se arrepiente de lo que hizo. Siente que tiene que expiar su culpa. Sale de la casa a llevarles algunas monedas a una familia pobre y con muchos hijos que vive cerca. Se siente mejor por unos momentos, aunque de inmediato piensa que con eso no les soluciona nada.

Un acto así de pequeño no compensa el golpear al marido y permitirle a la sirvienta que esté con ellos en la intimidad. Regresa a su casa más apesadumbrada de lo que salió.

Al pasar por la recámara de Leopold, lo ve desnudo, acostado boca abajo. Collette lo golpea con el látigo. La espalda y las nalgas de su marido se ven sangrantes. Aún en el cuarto de al lado, ella continúa escuchando el sonido de los latigazos. Regresa a mirarlos porque algo en su interior se agita dentro de ella y no le permite dejar pasar esta situación.

Es un hombre que me quiere, piensa. Tiene gustos extraños, pero el que disfrute de ser golpeado significa que al menos no es un golpeador. No abusa de su fuerza. Al sentir su presencia, Leopold y Collette detienen su juego por un momento. Wanda quiere decir algo; en vez de eso, se va a dar un paseo. Se convence de que todavía está a tiempo de frenar estas situaciones. No son formas de vivir, se repite.

Cuando regresa, encuentra a su marido como si nada.

—¡Qué lástima que no interveniste! —le dice. No sabes la fuerza que tiene esta muchachita en los brazos. Me golpeó como debe ser.

—No me parece apropiado que juegues así con la criada.

—Ay, no me vayas a decir que estás celosa de una chica vulgar y corriente.

—¿Celosa? ¡No!, nunca he sido celosa, pero estoy segura de que no has pensado en las consecuencias de tus actos. Collette va a ir por el pueblo de chismosa. ¿Te imaginas lo que la gente dirá de ti y de mí? ¿Crees que tu prestigio profesional seguirá intacto?

—Es nuestra empleada, querida. Podemos prohibirle que hable.

Wanda está a punto de salirse de sus casillas.

—¿Cómo puedes prohibirle algo a una chica que te ha golpeado de esa manera y que ha participado con nosotros en el sexo? Tú crees que vives en los tiempos de la esclavitud.

—¿Y qué propones?

—No tenemos otra opción más que correrla, Leopold.

Él se queda pensando un momento antes de responder:

—Que se vaya ahora mismo. Tienes razón. Prométele que le harás llegar una buena cantidad si se va lo suficientemente lejos.

Sin pensar más en el asunto, se encierra en su despacho a trabajar.

Wanda despide a Collette y acepta firmarle una carta de recomendación. Ella se va a la mañana siguiente, con lágrimas en los ojos. Unos días después, contrata a otra mujer: Lise. Tiene cuarenta años, está demasiado flaca y le faltan dientes.

—Es justo lo que necesitamos en esta casa —asegura la esposa.

Durante los meses siguientes, Leopold se entera de que Lise ha tenido nueve hijos que han muerto de maneras misteriosas. Le dicen la “hacedora de ángeles”.

—Tal vez ella los asesinó —le dice a su mujer.

—No la creo capaz.

—Sí. Mira sus ojos. Se ven malvados.

—¿Crees que nuestra empleada es una asesina?

—Por supuesto. Me parece una mujer muy interesante.

Wanda nota que al llegar la Navidad, Leopold le da a Lise un abrigo de regalo además del

vestido negro que habían planeado. Espero que la mirada perversa no sea suficiente para gustarle a mi marido, piensa ella.

Capítulo 6

El matrimonio derrocha mucho más de lo que debe, así que ya están viviendo del crédito. Como no pueden ayudarle más a la renta de la señora Marie Rümelin, se la llevan de nuevo a vivir con ellos. Leopold se encierra muy seguido en su estudio a trabajar. Sin embargo, no pueden dejar de gastar en las cosas que les parecen importantes, como invitar a comer al barón Ferdinand Staudenheim, un querido amigo de la infancia de Leopold, que vive en Bruck con su esposa e hijo.

Ferdinand llega solo. Wanda tiene una charola en la mano cuando lo observa entrar y está a punto de tirarla por la impresión de descubrir a un hombre tan atractivo. Tiene un cuerpo atlético, fuerte, bello. Su mirada le parece limpia y abierta. Su sonrisa cálida la hace que le tiemble un poco la voz cuando le dice:

—Mucho gusto.

Wanda interviene poco en la plática. Los dos amigos se quieren, se abrazan y se expresan con libertad el gusto de volver a verse. En algún momento, el barón confiesa:

—No me llevo bien con la que dice que es mi esposa.

—No te preocupes —le asegura Leopold—. Yo tengo suficiente mujer para los dos.

Los tres sonríen. ¿Será un chiste?, se pregunta ella.

El invierno les impide caminar por las calles de Bruck como les gusta. Por eso, Leopold decide enseñarle a Wanda a jugar billar. No sólo él se convierte en su maestro, sino que también les pide ayuda a su amigo, el barón Ferdinand, y al noveno batallón de caballería, que estaba apostado en la ciudad. Ella es la única mujer. Leopold la hace ponerse sus pieles para ir a jugar.

—Las mujeres deberían venir a practicar al billar, amigos —dice Leopold en un tono que intenta ser confidencial, aunque lo escuchan los asistentes—. Este juego les permite enseñar mejor, —la señala—, la gracia y belleza de sus cuerpos. —Sonrojada, ella lo pellizca intentando ser discreta.— No tiene nada de malo, ¿verdad, amigos que es muy agradable tener aquí a mi esposa de compañía?

La mayoría de los hombres asienten. Alguno dice:

—Es un placer.

—Brindemos por la belleza —añade otro.

Wanda se quiere hacer pequeña y, sin darse cuenta, agacha la cabeza, se joroba un poco y se muerde las uñas. Leopold le da un empujoncito en la espalda. Ella se endereza y levanta su copa con coquetería. Leopold le susurra:

— Tienes que desplegar tus encantos, querida. ¿Ves por qué elijo para ti ropa sensual? Tú crees que no se nota porque viene debajo de las pieles, pero el hecho de que te sepas vestida para el erotismo te hace que te comportes de una manera especial y yo disfruto mucho viendo cómo te ven los demás.

Wanda se da cuenta de que la atención de todos sigue en ella. Por un momento, cree que tiene

que ver con lo voluptuosa que su marido la hace ver, pero entonces alguien le señala la mesa de billar. Es su turno.

Camina moviendo las caderas, se agacha para ver las bolas al nivel del juego, se cambia de lugar y tira. No es un gran tiro, aunque estuvo cerca.

—Muy bien —le dice uno de los soldados.

—Así se hace —apunta otro.

Ella agradece con la cabeza. Sonriendo, va a sentarse a la orilla del salón. Ahí la sigue Leopold para continuar instruyéndola:

—También tienes que vestirte así para cuando estás en la casa y recibes a mi amigo Ferdinand. Brilla. Como acostumbras.

Wanda y el duque pasan las tardes jugando ajedrez. A esa hora, los demás de la casa están ausentes de la sala y la mayoría de las veces se quedan solos. Platican mucho y los dos son felices en esos ratos que comparten.

En ciertas ocasiones, Leopold termina su trabajo temprano y entra a la sala a ver a su esposa y a su amigo jugar. Un día dice:

—No sé cómo consigues ganarle tantas veces a una mujer tan bella. A mí, ella me tiene subyugado y por eso no puedo pensar en otra cosa. Así, a nadie le extraña que me gane una y otra vez.

—No lo creo —le dice el duque—. Tú siempre has sido un buen jugador. Ella también. Deben estar más o menos parejos.

—Dices eso porque tal vez no la has observado bien —señala Masoch—, mira sus manos tan blancas, perfectas.

—Sin duda son hermosísimas, a pesar de que se nota que durante años se ha mordido las uñas.

Wanda, avergonzada, las esconde bajo la mesa.

—Hay que temerles a esas manos, amigo —Leopold toma a su mujer de la mano derecha y le besa el dorso—. En cualquier momento pueden estirarse y coger tu corazón. Hacerlo sangrar.

—Yo jamás temería a unas manos tan bellas —el barón le toma la otra y también le besa el dorso—. Tu esposa resplandece.

Leopold se levanta de la silla, da unos pasos y se vuelve a sentar.

—Está bien, querido Ferdinand. Tienes mi permiso para cortejar a mi mujer enfrente de mí.

A Wanda se le atraganta el trago que le acababa de dar a su té. Tose, pero ninguno de los dos hombres le hace caso. Ellos siguen en su conversación.

—Agradece que sea enfrente de ti, Leopold. Un amigo leal no podría hacer eso jamás a espaldas del otro.

—Te estoy agradecido.

—¿Sí? A ver, pruébame.

—¿Qué más quieres que mi permiso para cortejarla?

—Si en verdad crees lo que dices en tus libros, permíteme besarla. Ahí. Detrás del oído.

Ella se levanta. Quiere impedir que sigan hablando así, pero la voz no le sale. Se queda congelada en su lugar pensando qué puede decir.

El barón Ferdinand se pone de pie y besa a Wanda justo detrás del oído. Luego, con sus labios,

recorre el cuello, apenas rozándolo. Huele a un perfume de madera, que a ella le parece varonil, irresistible. Ambos se estremecen al contacto y él la vuelve a besar, esta vez la caricia es más prolongada. Wanda siente que un calor la recorre. Su mirada, asustada, se clava en Leopold, aunque de inmediato se tranquiliza. Él parece ser el más excitado de los tres.

—Si esto te da placer —propone Ferdinand—, podemos repetirlo las veces que quieras.

A Wanda le encantaron los besos del barón, quisiera que la tomara entre sus brazos y la poseyera sin más, pero una vida de cuidar las apariencias no le permite entregarse de esa forma. Si mi mamá nos sorprende, piensa, voy a decepcionarla mucho.

Wanda se va a su habitación y cierra la puerta con seguro. No sale de ahí hasta que la visita se ha ido. Entonces, busca a Leopold en su habitación. Ambos se sientan al filo de la cama y se ponen a platicar:

—¿Sabes, querida? Ferdinand está muy enamorado de ti. ¿Te das cuenta? Es un hombre íntegro y por ser mi amigo no te lo va a decir cuando estén solos, pero quiero que lo sepas. Eres una diosa y todos se dan cuenta.

—No creo —interrumpe ella—. Sólo tú me ves así.

—No sabes lo que fue esto para mí, Wanda. Él, un hombre guapo, bello, y tú, una reina hermosa. Ver sus besos sobre ti fue una tortura deliciosa. Tocó las fibras más sensibles en mí. ¿Quién dice que los hombres no podemos sentir?

—No puedes saber cómo se siente él.

—¡Me lo dijo! Bueno, no explícitamente, pero lo vi. Él pensó que tú te habías enojado y estaba arrepentidísimo de haberte besado. No sabía cómo hacer para que lo perdonaras. Yo le aseguré que te había encantado.

—¿Cómo crees?

—Niégamelo —la reta. Wanda sonríe sin querer—. Ay, ¿cómo se me ocurre pedirte la verdad? Sé que ninguna mujer es capaz de ser honesta.

—Yo te amo, Leopold. Ésa es la pura verdad.

—No estoy hablando de amores. ¿Te atreverás a negarme que te da más placer que te bese un hombre guapo como nuestro amigo que uno feo como yo?

—Tú no eres feo, querido. Tu cabello negro que forma un pico sobre tu amplia frente, tus rasgos definidos, tu nariz que con su curva te da personalidad, a mí me encantan.

—No, no, no estamos hablando de lo mismo. Ferdinand es la fruta prohibida. Es joven, guapo y no lo has visto tantas veces como a mí. Si en verdad fueras fiel a tu naturaleza, le entregarías tu cuerpo a él en este mismo momento.

—No, amor. Yo sólo amo a un hombre y ése eres tú.

—Admítelo. Te gustaron las caricias que te acaba de dar.

—Pues sí, amor, pero fue sólo un juego.

—Ay, Wanda, ¿de verdad crees que un hombre besa a una mujer así nada más porque sí, sin sentir nada? Él está enamorado de ti y tú eres igual a todas: infieles de mente, corazón y cuerpo, aunque deshonestas para aceptarlo.

—¿Quieres honestidad? —Wanda necesita cambiar la conversación porque el tema la hace sentir incómoda—. Te voy a dar una noticia que todavía no le he dicho a nadie. Hoy fui al doctor y

me confirmó mis sospechas.

—¿Estás enferma?

—¡Embarazada de nuevo! —Wanda se voltea hacia su esposo y lo abraza.

Él comienza a besarla atrás del oído.

—Todavía hueles a él —le susurra.

Ella hace como que no escuchó. Prefiere rendirse al placer que seguir peleando. Se desabrocha los botones de la blusa y, mirándolo de frente, se acaricia el pecho invitándolo.

—Me encantas, querida. Sólo antes de comenzar quiero estar seguro de que sabes que te amo más que a nadie porque sé que eres una mujer inteligente con la que puedo hablar de todo. Tienes criterio, algo que no todas tienen y te has ganado el derecho de entregarte al hombre que gustes sin preocuparte de lo que yo piense.

—¿Qué me hace tan especial?

—Todas las mujeres tienen ese derecho, querida, pero no todas tienen esposos que se los reconozcan. Tú sí. Te lo aseguro: te otorgo mi permiso para entregarte al hombre de tu preferencia, a seguir los dictados de tu naturaleza. No es posible que yo sea suficiente para ti. Sólo te recuerdo que yo quiero estar enterado, al menos, aprobar al candidato.

—Yo no quiero buscar otro.

—Tú tienes todas las cualidades que valoro en las mujeres. Estoy enamorado de ti hasta la médula. En cambio, a ti te parezco interesante porque soy un escritor reconocido, de buena familia, de un nivel social prominente. No puedo siempre satisfacer tu naturaleza. Por eso, sólo serás feliz cuando te tomes la libertad que te estoy ofreciendo, sabiendo que no te voy a dejar de amar aunque lo hagas.

—Soy feliz a tu lado.

—Me gustaría que fuera cierto, pero me gustaría más verte dándole rienda suelta a tus deseos, siendo feliz de verdad.

—¿No te darían celos?

—¡Soy celosísimo!, aunque en esa tortura encuentro un placer voluptuoso. Por favor, querida, tienes que hacerle ver a Ferdinand que tú también lo deseas.

Wanda no quiere seguir hablando del tema. Comprende que el verdadero motivo de su marido es que lo excita verla con otro, no es que quiera darle libertad de nada. Ya tendrá tiempo de pensar qué hacer con eso.

—Te digo que vamos a tener un bebé y ¿ésta es tu reacción? Deberías de estar festejando en vez de estar pensando en acomodarme con otros.

—No es por mí... —empieza él, pero ella lo interrumpe. Ésta vez utiliza un tono autoritario:

—Esclavo, desvístete —le ordena—. Quiero verte marchar desnudo por la habitación. ¡Ahora! —le suelta un golpe en el pecho con el dorso del puño—. Apresúrate antes de que me enoje.

Al día siguiente, en un telegrama se enteran de que el barón Ferdinand Staudenheim tuvo que irse porque su padre le había pedido que regresara a Graz.

Capítulo 7

Esta vez, Wanda ya no está tan feliz de estar embarazada. No nada más es el miedo de que el bebé pueda no nacer bien, sino también el temor acerca de las locuras de su marido. Quizá sus manías no le permitan ser un buen padre. Además, ¿en verdad ella quiere un hijo que tenga esas extravagancias? Insegura de todo, camina sola tanto como puede porque de esa forma reflexiona a sus anchas. Un día, Leopold la espera en su despacho. Está acompañado de una mujer que se ve ruda, vestida con pobreza.

—Querida, toma asiento porque tengo algo que decirte.

Wanda saluda a la desconocida con un movimiento de cabeza. La otra baja la mirada, como si estuviera apenada de estar ahí.

—Hola —masculla de manera inaudible la extraña.

La expresión de Leopold es de vergüenza y el que la tipa que está ahí sentada no se atreva a mirarla le da muy mala espina a Wanda. Mil pensamientos corren por su mente. “Ésta es una mujer contratada para golpear a mi marido y usar los abrigos que ahora no me cierran. No. Peor que eso. Es la que me va a sustituir. Leopold me va a pedir el divorcio porque no me he animado a pegarle con el látigo y ya trajo a mi remplazo”.

Decide sentarse y esperar a que él explique algo. Sin darse cuenta, se muerde la uña del pulgar hasta sangrarse.

—Esta mujer viene de Klagenfurt —al fin revela él—. Es la que se ha encargado de la hija que Claire Clairmont tuvo conmigo.

—Monsieur le Docteur no ha mandado los recursos desde hace tres meses —empieza a explicar ella todavía con voz muy baja.

—Se niega a seguir cuidando a la pequeña Lina —la interrumpe él.

Wanda se desconcierta de saber que su marido tiene una hija, pero había imaginado tantas situaciones posibles, que casi agradece que ése sea el problema. Ya se estaba imaginando algo peor. Mientras lo escucha justificándose por no haber podido pagar la manutención de la pequeña, evalúa las posibles opciones. La niña existe y no hay forma de desaparecerla. Decide que no vale la pena discutir. Sólo espera que el bebé que viene en camino jamás llegue a esa situación.

—Sabes que hemos tenido muchos gastos, querida... —continúa él excusándose.

Su esposa lo interrumpe:

—¿Y dónde está la niña?

—No se las voy a entregar hasta que no me paguen los tres meses que me deben. No puede ser que esperen que yo la mantenga aparte del trabajo que me da.

Wanda se levanta con cierto enojo. Los otros dos, se quedan a la expectativa. Ella va a su habitación. Se sube en un banquito para tomar el maletín que guarda hasta arriba del armario. Ahí tiene sus ahorros. Regresa con ellos al despacho de Leopold.

—¿Alcanza con esto? —Les enseña una bolsa de terciopelo verde con unas monedas adentro.
— Es lo único que tengo —Arroja el bulto al escritorio.

Leopold abre la bolsa y cuenta el dinero en voz alta. La mujer suspira.

—Pues ya ni modo. No me queda otra más que conformarme. —La niñera se lo guarda en medio de los senos— aunque ni crean que yo voy a ir por ella; tendrán que recogerla en Klagenfurt.

Con un movimiento inesperado, Wanda mete la mano a la blusa de la mujer y toma la bolsa. Saca un par de monedas, la cierra y la regresa a su lugar.

—Se aguantará con un poco menos —exclama, sosteniendo el dinero para que vean que no tomó demasiado—. Esto es para el boleto del tren. Mañana mi madre irá a recoger a Lina. Si nadie quiere hacerse cargo de esa niña, lo haré yo.

—Al menos, denme algo de comer —se queja la señora.

—Venga a la cocina —propone desde afuera la madre de Wanda—. Aquí yo le sirvo y de una vez me dice dónde y cómo tengo que ir a recoger a esa chiquilla. Nadie debería de quedarse sin alguien quien la quiera.

—¿Y qué vamos a hacer con la criatura? —pregunta Leopold con voz titubeante—. Tú estás por tener un bebé.

—Exacto —declara Wanda— ¿Qué diferencia hace? Darle de comer a uno o a dos es lo mismo. Tendremos una familia más grande y eso es todo.

—Querida —agradece él con lágrimas en los ojos—. No sólo eres la mujer más bella que conozco, también eres la dueña de mi vida y mi protectora. No sé qué haría sin ti.

—Tenemos que darles un buen ejemplo a los niños, Leopold —establece ella.

—Lo que tú digas, mi ama.

Esa noche, él entra a la habitación de Wanda. Saca un abrigo de zorro y le pide que se lo ponga.

—No estoy de humor. Estoy ocupada —se defiende ella—. Con toda seguridad Lina va a necesitar al menos un vestido que ponerse. Ven acá, esclavo. Quédate en ese rincón, sentado en el piso, viendo cómo coso. Algo tendremos que ponerle a tu hija. ¿No crees? ¿Qué edad tiene?

—Como tres años.

—Lo voy a hacer grande y ya después lo ajustaré a la estatura de la niña.

Al día siguiente, la señora Marie Rümelin va a recoger a Lina y regresa con ella. Ya en la noche, entran juntas tomadas de la mano. Viene en condiciones lamentables: huele a alcantarilla y se ve flaca, sucia, de un color amarillento, con el cabello enredado, grasoso, con piojos y con la nariz tapada de mocos. A pesar de eso, Wanda le dice:

—Bienvenida a tu casa, pequeña Lina. Tienes los ojos luminosos e inteligentes de tu padre, pero espero que aprendas a ser más como yo.

Lina está asustada y a pesar de que pasan más de dos meses, se niega a llamarles papá y mamá.

El 7 de septiembre de 1874, Wanda manda a llamar a la partera. Se le ha roto la fuente.

Capítulo 8

Alexander es un bebé sano y hermoso. La felicidad se ha instalado de nuevo en la casa de los Sacher Masoch. Tres días después, fallece el padre de Leopold. Se los anuncian por carta.

—Por si tenías alguna duda de que tu suegro pudiera ayudarlos en caso de urgencia, ya puedes estar segura de que no va a ser así —le susurra al oído la señora Marie a su hija en un momento en el que se quedan solas—. No hay ninguna herencia para ustedes. Quién sabe qué habrá hecho con su dinero ese viejo tacaño.

—Me da miedo que Leopold se derrumbe, madre. Ya lo ha escuchado cómo siempre hablaba bien de su papá, en paz descanse. Creo que él ha sido su ejemplo a seguir toda la vida.

—Jamás le he deseado la muerte a nadie, pero ojalá que tu marido se busque otro ejemplo. Ese señor daba miedo.

Ambas se ríen en voz baja y Wanda va a ver cómo está Leopold. Cree que tiene que consolarlo. Lo encuentra cargando a su hijo Sacha —como le dicen al bebé.

—Mira qué perfecto es, tan blanco. ¡Mi hijo! —Lo sostiene en alto por un momento, como si lo estuviera presentando a la corte.— Es una alma nueva que nunca antes había venido a este mundo.

Wanda se siente feliz y le da gusto que, por una vez, no sea ella la que tiene que consolarlo.

A solas, su madre le hace ver sus preocupaciones. La pila de notas por pagar ya está tan alta que tuvieron que acomodarla en dos montones.

—Una buena mujer ha de procurarle a su esposo un ambiente en el que pueda ser productivo —le recrimina la señora Marie.

—A Leopold le deben mil florines, madre. Ya va a ver que le van a pagar pronto y nos vamos a reír de nuestras mortificaciones.

—Ahorra algo, hija. Tienes que separar un poco para los malos tiempos.

—Lo sé, madre. Me lo ha advertido desde niña. De verdad que me gasté todo para traer a Lina y desde entonces no he tenido ni una moneda para mí. Creía que estar casada con un hombre importante significaba no volver a pasar hambre, pero ahora que tengo un hijo, temo lo que le espera. Se supone que ahora soy rica, imagínese usted.

—Yo sé que te lo he repetido mucho. Sin embargo, no está de más que te lo recuerde: Complace a tu marido, Angelika Aürora. Hazlo feliz para que trabaje más. Me da pena ser una carga para él, aunque con esta vejez que me cargo a costas, no puedo hacer nada: estoy achacosa y ya no tengo otra posibilidad más que depender de lo que tú me consigas.

—Nuestro destino está unido. No se preocupe porque yo siempre velaré por usted.

Unos días después, llega un carruaje que les trae dos baúles.

—Es el regalo para mi reina —Leopold se precipita a abrirlos. Están llenos de ropa.— ¡Les presento la última colección de los mejores diseñadores de Viena!

Él saca el primero y Wanda, con ojos desorbitados, lo imita.

—¿Y esto? —pregunta mientras va sacando una a una las prendas.

—Es mi sorpresa para la diosa a la que sirvo. ¿No es maravilloso este vestido lila de seda?

Por un momento, la joven se deja llevar por la emoción. Jamás ha tenido esos lujos.

—¡Bellísimo! Mira, este de terciopelo negro. Viene con precio. ¿Cuatrocientos florines? ¿De verdad cuesta eso? —La etiqueta la regresa a su realidad.— Con eso podríamos mantenernos quince días o más.

—Olvídate de eso —exclama triunfalmente Leopold mientras saca una capa de teatro de satín blanco terminada en zorro negro.

La señora Marie siente que las piernas no la sostienen. Se tiene que sentar para no decir nada. Quisiera correr por el cochero para exigirle que se lleve esos baúles que no podrán pagar. En vez de eso, muy pálida, saca su abanico y se echa aire.

Wanda también está muda. Con ojos llorosos, alcanza a susurrar un:

—Gracias.

—Pruébatelos, querida. Todos. Muero por verte luciéndolos. Organicemos un desfile de modas. Tú serás la única modelo. Vas a ser la sensación en la ciudad.

Wanda tiene en la garganta atorado todo lo que le apetece decirle: que Bruck es un pueblo de cuatro calles, que ella no necesita esos lujos, pero sí la seguridad de tener las cuentas pagadas a tiempo, que esas cosas tan bellas no le importan.

A partir de ese día, Leopold está más al pendiente de lo que su mujer usa. Ella tiene que estrenar diario para desfilas por las calles. Él la sigue a una distancia prudente para darse cuenta de quiénes la miran. Le gusta saber que esa mujer tan deseada, es suya.

En esos paseos, los Sacher Masoch conocen a un matrimonio joven: los Huber. Con mucha frecuencia, los cuatro salen a ver algún espectáculo, a cenar afuera o nada más a caminar. La reputación del escritor todavía alcanza para que les den crédito en la mayoría de los lugares. Wanda y Miroslava, tan pronto se ven, se elogian mutuamente.

—Miroslava, qué hermosa te ves hoy. Claro que ayuda que sólo tengas veintidós años, pero no nada más es eso. El vestido violeta que traes te sienta muy bien con tus ojos tan negros y profundos. Te ves muy interesante.

—La que luce espectacular eres tú, Wanda. Dependiendo de lo que te pongas, tus ojos se ven grises o verdes. No puedo decidir con exactitud de qué color los traes hoy, pero de que son hermosos, no tengo dudas. Eres la más bella entre las bellas.

Leopold está feliz de que su esposa cause ese impacto.

—Qué orgulloso estoy de que seas mía, querida, ¿ahora sí te fijaste en la mirada de deseo con la que Miroslava te recibe cada vez? Hasta tartamudea un poco cuando habla contigo. ¿Ya me crees?

—Te imaginas cosas, querido. Lo que Miroslava y yo tenemos entre las dos es cariño y cortesía. Las mujeres no nos deseamos entre nosotras. Sólo la veo hermosa y se lo digo. No te imagines nada más.

—Pues yo jamás he visto que ella mire a su marido como te ve a ti.

—Tienen un hijo y otro en camino, querido, y Darío no es mal parecido. Los vestidos tan

hermosos que me compraste también tienen que ver en los elogios que me prodigan.

—Te falta para llegar a ser Wanda, querida. Todavía eres demasiado inocente a ratos.

Los comerciantes de Bruck también observan que la señora Sacher Masoch está estrenando guardarropa. Por eso piensan que Leopold los está engañando. Están seguros de que ya cobró lo que decía que le debían; exigen su pago.

Cada día les cuesta más trabajo que les fien, sobre todo porque quien lo solicita va vestida como para ir a una fiesta.

—Me gustaría escribir para ayudarte con el sostenimiento de la casa —le dice un día a su marido—. ¿Me ayudas?

—No te preocupes, querida. Yo me encargo de eso. Tú tienes que cuidarme a mí, a la casa, a Sacha y a la niña. Mejor ocúpate de que yo esté bien y con eso aseguramos que el dinero jamás nos falte.

—No podemos criar a nuestros hijos si no tenemos al menos lo mínimo para mantenerlos con comodidad. Necesitamos poner orden en nuestras finanzas. Yo jamás hubiera comprado tantos vestidos para mí. Mírate, a ti te hace falta ropa. A los niños, también.

—¿Crees que lo podrás hacer mejor que yo?

Wanda asiente, aunque no sabe cuál será la reacción de él.

—Soy más ordenada, querido. Nada más.

—Tienes razón. A mí jamás me ha gustado encargarme del dinero y, para serte sincero, me encantará depender de ti.

Wanda no había pensado en eso, pero Severin, el personaje de La Venus de las pieles, dependía de la protagonista tirana.

—¿Te gustaría que firmáramos un contrato en donde me des el derecho a disponer de tus bienes como lo hacen los personajes de tu novela?

Leopold lo piensa sólo unos segundos.

—Sí. A partir de este momento, te dejo al cargo de nuestras finanzas. Te daré todo lo que reciba y tú únicamente me permitirás tener lo que necesito para pagar mis deudas viejas. Si sobra un poco, lo gastaremos en pieles para ti. ¿Te parece bien, querida?

—Nunca he tenido claro de dónde vienen esas deudas viejas, pero ya me platicarás otro día, cuando estés preparado. Cada vez que te pregunto, cambias el tema, por eso ya no lo hago. ¿Qué tal si redacto el contrato?

—Podríamos copiarlo tal cual de mi novela, porque no es nada más el control del dinero sino de mi persona, de mi vida. ¿Lo quieres? —Ella asiente.— Sólo por hoy te permito entrar a mi despacho. Vamos. Siéntate en mi escritorio. Quiero verte como una mujer poderosa.

Wanda toma asiento fascinada. El sabor del poder le gusta. Sentada, abre las piernas y apoya las manos sobre las rodillas, como si necesitara una ancla al piso para no flotar. Le encanta la sensación.

—Tráeme tu libro —ordena.

Leopold saca del cajón un hermoso pergamino en blanco y se lo entrega a su mujer, bajando la mirada.

—El contrato me lo sé de memoria, querida. Te lo dicto, pero deseo que te pongas una piel. Si

no, no tendré la sensación de que en verdad me dominas.

Wanda se levanta feliz. Corre al ropero de su habitación y se pone un abrigo cualquiera. Tiene prisa por empezar a escribir. Se imagina que al tener el control de las finanzas, los niños y ella estarán seguros para el resto de su vida.

En el camino, recuerda que alguien le contó que Leopold había firmado un acuerdo similar con la baronesa Fanny Pistor, pero le parece que fue sólo por un año. Tiene que lograr que su contrato dure mucho más porque si no, no le asegura el bienestar a sus hijos.

Regresa a la oficina y toma asiento mucho más segura de sí misma. Tal vez las pieles ya le están brindando confianza a ella también, piensa.

Wanda toma dictado y va discutiendo sobre la marcha. Al final, escribe sólo aquello en lo que ambos están de acuerdo:

Mi esclavo:

Las condiciones bajo las cuales te acepto como esclavo y te aguanto a mi lado son las siguientes:

1. Renuncias absolutamente a ser tú mismo.
2. No tienes otra voluntad que no sea la mía. No eres nada más que un esclavo a mis pies.
3. Eres un instrumento ciego en mis manos para cumplir todas mis órdenes sin discutirlos. En caso de que olvides que eres mi esclavo y me desobedezcas, tendré derecho a castigarte y a corregirte de acuerdo a mi gusto, sin que te atrevas a quejarte.
4. Cualquier cosa agradable que yo te otorgue será una gracia de mi parte y tendrás que agradecermela. Yo no tendré ningún deber.
5. Dejarás de ser hijo, hermano o amigo. No serás más que mi esclavo tirado en el polvo y, por lo tanto, todas tus posesiones serán mías a partir de este momento. Un esclavo no puede poseer nada.
6. Al igual que tu cuerpo, tu alma también me pertenece, incluso si sufres mucho. Tendrás que someter a mi autoridad tus sensaciones y sentimientos. Puedo ejercer todas las formas de crueldad y si yo te mutilo, lo aceptarás sin queja.
7. Tendrás que trabajar para mí como esclavo y, si yo vivo en el lujo, te hago pasar privaciones y te pisoteo, tendrás que besar sin chistar el pie que te ha lastimado.
8. Podré despedirte en cualquier momento, pero tú no tendrás derecho a dejarme en contra de mi voluntad y, si intentas escapar, me reconocerás el poder y el derecho de torturarte hasta la muerte.
9. Fuera de mí, no tienes nada; para ti yo soy todo: tu vida, tu futuro, tu felicidad, tu desgracia, tu tormento y tu alegría.
10. Tendrás que hacer todo lo que te pida, ya sea bueno o malo. Si te exijo un delito, tendrás que convertirte en un criminal para obedecer mi voluntad.
11. Tu honor me pertenece, así como tu sangre, tu espíritu, tu poder de trabajo. Soy la soberana de tu vida y de tu muerte.
12. Si ya no eres capaz de soportar mi dominio y tus cadenas se vuelven demasiado pesadas, tendré que matarte: nunca te liberaré.

Doy mi palabra de honor. Me obligo a ser esclavo de la señora Wanda de Dünalev, (también

conocida como Wanda von Sacher-Masoch o Angelika Aurora Rümelin) tal como ella lo pide y a someterme sin resistencia a todo lo que me impone.

Firma: Leopold von Sacher-Masoch

Leopold rubrica el documento y le pide a su mujer:

—Guárdalo bien. Ahora eres mi ama y yo tu esclavo. En lo sucesivo, ya sólo me dirigiré a ti como ama. Ordena y siempre te obedeceré.

—¿Estás seguro de que esto quieres? —se atreve a preguntar ella, sabiendo que él va a contestar que sí.

—Por supuesto, ama. La sensación de que me encuentre absolutamente en tus manos y que puedes hacer conmigo lo que te plazca, no sólo me da miedo y me hace temblar frente a lo que puedas decidir, sino que también me da el gozo más increíble que seas capaz de imaginar. En nadie más confiaría de esta manera tan rotunda. Sólo en ti, ama, porque sé que eres una mujer íntegra y que jamás harás algo en mi contra. Te amo y sé que tú también quieres mi bienestar. Me entrego a tus manos con ojos cerrados.

Wanda siente una ternura como nunca había conocido antes. Tiene ganas de abrazarlo, de besarlo; se contiene porque sabe que él prefiere otras formas de tratamiento. Te voy a complacer, le dice en su mente, te haré el hombre más feliz del mundo, te lo prometo. Sabe que no le debe decir esas cosas, pero cree podérselas cumplir aunque nadie más pueda imponérselas porque sólo ella conoce lo que le juró en silencio.

Para sellar el contrato, se van al campo cercano, a un lugar solitario. Él va cargando un maletín. Le piden al cochero del carruaje de alquiler que regrese por ellos dos horas después.

Ahí, entre la hierba seca, ella se desabotona el abrigo y lo deja deslizarse por sus hombros para mostrar la lencería que es lo único que lleva debajo.

—Póstrate ante mi presencia —le exige a su marido.

Él se deja caer de rodillas sobre la hierba. Saca del maletín una cobija y la extiende en el piso para acomodarse sobre ella. Wanda le quita la manta antes de que logre su cometido. Con el tacón de las botas altas, le empuja la espalda hacia abajo, sobre la maleza.

—¿No sabes lo que es postrarse, animal? ¿Cómo pretendes poseerme cuando confundes estar hincado con estar postrado? ¿Y aparte crees que mereces una manta?

Él se acuesta boca abajo. Ella le restriega la cara en la hierba y luego le camina por la espalda, procurando poner su peso sobre las puntas para no encajarle los tacones. Sin querer, Leopold se mueve un poco y Wanda está a punto de caerse. Entonces lo pateo en la cadera y le ordena:

—¡Quieto! Ni de tapete sirves, inútil.

—El látigo, ama. Está en la maleta.

—Silencio. Yo mando aquí. Boca arriba, granuja, porque es hora de satisfacer a tu reina.

El pene no está lo suficientemente duro. Ella se quita la ropa interior, pero se vuelve a poner el abrigo. Juega un rato con la verga de Leopold para obtener una buena erección. Al fin lo consigue. Entonces, se sube a horcajadas y se lo introduce hasta el fondo.

Él se estremece, aunque todavía muy bajito, vuelve a suplicar.

—Por favor, querida. Usa el látigo.

Ella ya no escucha. Se sumerge en el placer y no tarda mucho en tener un orgasmo. Cuando termina, se levanta. Él aún no culmina.

—Te doy permiso de consolarte con tu propia mano —concede ella—. Lograda la satisfacción de la ama, ya la del esclavo es lo de menos. Si te otorgo la gracia es porque todavía falta un poco para que vengan por nosotros. Aprovecha.

Al día siguiente, Wanda se sienta con su madre a planear los menús sucesivos. Ya era hora de que se terminaran las comidas y bebidas extravagantes que estaban inflando los gastos sobremanera. Ambas van a ordenar lo que necesitan y a pedir que ya no les manden lo que consideran excesivo.

Con lo que Leopold va recibiendo de lo que le deben, Wanda paga las deudas más urgentes y hasta puede ahorrar un poco a escondidas de todo el mundo. Ahora sí voy a saber lo que se siente ser rica, piensa.

Claro que hay gastos que no se atreve a recortar, como las publicaciones de crítica literaria que Leopold espera ansioso. Primero les echa un vistazo para descubrir si dicen algo de él. Muchas veces sí. Entonces, se pone de buen o de mal humor dependiendo de lo que hablen de él. Luego las examina con más calma y termina aprendiéndose de memoria las frases que usan para criticarlo para bien o para mal. Un día, un alemán escribe que los personajes femeninos de las novelas de Sacher Masoch son muy parecidos entre sí. Dice que aunque al leerlas por primera vez, parecen mujeres fascinantes, después de varios libros ya le resultaban repetitivas y monótonas. El crítico decía que Leopold se liberaría de ese molde sólo si eliminaba a la mujer de su vida a la cual imitaba.

Wanda nunca se hubiera atrevido a confesarle eso, pero ella también pensaba que las mujeres de su literatura siempre era una sola, la misma cruel y dominadora. Lo que sí, tenía que defender su presencia en la vida de su marido. No fuera a ser que por hacerle caso al censor, le entrara a la cabeza la idea de deshacerse de ella.

—Está loco este crítico. Yo no le hago ningún daño a tu forma de escribir.

—Sí lo haces, querida, pero no de la manera en la que tú crees, no como dice la revista. Si yo tuviera una mujer como son mis personajes, como la Wanda verdadera, no tendría por qué inventármela en mis libros. Si aparece ahí es porque sigo deseándola. Tú todavía te niegas a latigarme. ¿No te das cuenta de que eso es lo que necesito? Sentir a una mujer así de fuerte es lo único que me da placer. Mientras no me latigues, no puedo hacer otra cosa más que inventarme al mismo personaje una y otra vez.

—No lo creo, Leopold. Piensa bien lo que estás diciendo. Yo no soy la primera mujer en tu vida. Has tenido quién te golpee antes de mí.

—Todas las que me han tocado han querido ser Wanda, aunque ninguna hasta ahora ha sido lo suficientemente fuerte.

—Si en verdad quieres que tu ficción triunfe en Europa, tienes que olvidarte de esa mujer, querido.

—Sólo tú puedes ayudarme, mi Wanda.

—¿Yo?

—Golpéame con el látigo mientras usas tus pieles. Yo puedo sacrificarme y empezar a escribir

de otros temas, pero necesito sentir el placer de ser maltratado por mi esposa. Si tú me cumples en ese sentido, te prometo por la memoria de mi padre, que no habrá más mujeres crueles en mis libros.

Wanda no responde. Va a su habitación a ponerse la ropa interior de encaje rojo y el ligero sensual. Se calza los botines de piel rematados con conejo, se perfuma con magnolias y almizcle y se pone la capa de seda blanca ribeteada en zorro negro. Va a la recámara de Leopold, abre el cajón donde sabe que está uno de los látigos y, empuñándolo, grita:

—¡Esclavo!, estás tardando en venir a tus deberes. Tendré que castigarte.

Leopold entra sobresaltado. Al verla así, se hinca frente a ella, extasiado.

Wanda hace restallar el látigo dos veces en el piso. El chasquido le gusta. La sensación de poder, también. El tercer golpe da sobre la espalda de su marido.

Leopold clama con un grito que más parece un aullido. Sus ojos se abren desorbitados y un hilo de baba le escurre por la boca que, a pesar de todo, sonríe. Sin querer, Wanda esconde la mano que sostiene el látigo. Un calor la recorre. No está segura de que sea placentero.

Leopold suplica:

—Más, ama, por favor.

Wanda cierra los ojos y asesta el siguiente golpe que da en el hombro. Al escuchar el gemido de placer de su marido, vuelve a abrirlos y le pega otra vez y otra y otra. De izquierda a derecha y de derecha a izquierda, marcando una x. Entonces se da cuenta de que se le ha humedecido la entrepierna. Sí le gusta. Para la siguiente, quizá le vende los ojos para hacer las cosas más interesantes.

Al día siguiente, Leopold le pide a su mujer un poco de dinero para mandar a hacer nuevos látigos. Necesita uno que tenga seis colas y clavos afilados en todas ellas. A partir de entonces, no vuelve a escribir sobre mujeres crueles ni pieles ni flagelos.

Capítulo 9

Durante el invierno siguiente, el barón Ferdinand Staudenheim regresa a vivir cerca de ellos en Bruck y, como en los viejos tiempos, él y Wanda se ven todas las tardes para jugar ajedrez mientras Leopold se encierra en su despacho a escribir. Un día, después de darle muchas vueltas, el amigo decide utilizar el sentido del humor para preguntar algo que no se había atrevido:

—¿De qué revista de modas sacas tus combinaciones? ¿O tienes algún defecto en la visión?

—Ay, es Leopold, que inventa cosas diferentes cada día y hace que me las ponga.

Ferdinand suelta la carcajada. La mujer se levanta de la silla para permitirle que admire su falda verde espinaca, el saco rojo con solapas de terciopelo negro y la capa de soldado adornada con armiño que tiene prohibido quitarse aunque haga calor.

Él no para de reírse mientras niega con la cabeza. Le da la mano para ayudarla a tomar asiento de nuevo y, en un tono más bajo, le dice.

—Te ofrezco una disculpa por hacer ese comentario. Sé que desde la oficina de Leopold, se escucha lo que decimos aquí a menos que hablemos muy quedo.

—Lo sé —susurra Wanda

—¿Por qué le permites que te vista así? Tú vales mucho más que eso.

—Procuro hacer todo lo que le causa placer, aunque algunas veces me cuesta trabajo complacerlo.

—Cómo te admiro. Yo creo que no aceptaría esas imposiciones de nadie.

—Baja la voz, Ferdinand, por favor.

—Quiero que me escuche —El barón sube el volumen—. Lo que más admiro de ti, Wanda, es que siempre estás dispuesta a hacer las locuras que se le ocurren a tu marido. No conozco a nadie más que sea un cómplice de su pareja a ese grado.

—Bueno, a mí me enseñaron que las mujeres tenemos que hacer lo que sea para que nuestro marido esté contento. Es lo único que hago. Si Leopold necesita llamarme ama y quiere que yo me convierta en una perversa, puedo al menos intentarlo.

—Sí. Eso me parece muy gracioso. No dejo de pensar en su relación. ¿Quién es el amo y quién el esclavo? A él no lo veo vestido como tú quieres.

—Wanda es una diosa magnánima —exclama Leopold, entrando a la sala—. Está dispuesta a hacer todo para que yo mejore mi forma de escribir.

—Y nuestra seguridad económica —menciona Wanda.

Leopold hace una reverencia teatral como para expresar que es lo mismo que ha estado diciendo.

—¿Ves, Ferdinand? Yo sigo enamorado de mi mujer hasta la médula. En cambio ella sólo me ve como un seguro contra el hambre y el frío. Por eso insisto en que le hace falta amor en su vida,

encontrar a un hombre que la complazca en el sexo. Yo lo único que pretendo es que ella sea feliz.

—¡Jamás! —exclama Wanda, levantándose de la silla—. Yo tengo principios morales. Además, ¿cómo te atreves a proponerme eso enfrente de tu amigo?

Con la mirada se despide del barón y sale furiosa al cuarto de los niños. Ahí es el único lugar al que se le ocurre que puede ir en ese momento para tranquilizarse. Desde su refugio, no alcanza a escuchar la conversación de los dos amigos ni cuando Leopold se retira a dormir. Conoce las obsesiones de su marido y supone que no la va a dejar en paz con esa idea de que ella tenga un amante. Sabe que en la dichosa novela *La venus de las pieles*, Wanda se inmiscuye con un griego y él también latiga a Severin. Ya está harta de tener que imitar en todo a la famosa Wanda de ficción. ¿Qué diría su madre si ella en verdad encuentra a su griego? ¿Cómo le va a explicar eso a los niños?

Las discusiones que se había imaginado no llegan. Leopold parece haberse olvidado del tema, excepto que no entra a su despacho en toda la semana siguiente. No escribe ni una palabra. Al fin, Wanda decide confrontarlo:

—¿Ya no te importamos? ¿Nos quieres matar de hambre? —termina diciendo.

—Para escribir, tengo que estar estimulado —se defiende él—. Tenía esperanzas de que Ferdinand se animara a ser tu amante, aunque veo que me respeta demasiado. Ya perdí el optimismo con él.

—Es un gran amigo... —empieza ella; él la interrumpe.

—Verte con un amante es la peor tortura que me podrías infringir y es justo lo que necesito. Si tú no buscas a tu griego, yo no puedo ser creativo. Nos moriremos de tanta pobreza.

—¿Tú sabes cómo me van a juzgar por tener un amante?

—Tienes un marido que te defienda. Nadie se atreverá a decir algo de ti si me ven a mí junto.

—Mi madre, los niños, la gente que me importa... ¿Qué van a pensar?

—Decide lo que prefieras. Es la forma en la que me puedes ayudar a ser productivo. ¿O no quieres cooperar? Por mí, nos quedamos aquí quietos los dos. Invitamos a Ferdinand a jugar ajedrez hasta que nos tengamos que salir porque no hemos pagado la renta. ¿Te gustaría dormir en la calle? Podemos acomodar a los niños entre los dos en cualquier banqueta.

Wanda responde que no una y otra vez.

—Ay, querida, cualquiera diría que te estoy pidiendo una aberración. Debería de ser un placer para ti. Tener un amante que tú elijas: guapo, rico, como lo quieras.

Pasa un mes, dos y Leopold sigue sin escribir, aunque una vez por semana, su esposa se viste de pieles y lo golpea con el látigo antes de sus relaciones sexuales. Los demás días, sólo lo pisa, lo patea o le da un par de bofetadas. Los ungüentos no bastan para cicatrizarle la espalda.

Los pocos ahorros que tenían se agotan, las cuentas se apilan. El carnicero ya no quiere fiarles. A los niños les urge ropa de su talla porque han crecido mucho. Ha tenido que racionarles la comida y teme que no crezcan lo suficiente. Para colmo de males, un día se da cuenta de que está embarazada, aunque piensa que al menos eso tiene un lado positivo: espera poder aplazar al amante con esta noticia.

—Querido, de nuevo estoy esperando un bebé. Necesitas ponerte a trabajar.

—Y tenemos una demanda por deudas, querida. Ojalá que te des cuenta de que necesitas

encontrarte un amante con urgencia.

—¿Embarazada? A otras mujeres las consienten en este estado y ¿tú me mandas a encontrarme un amante? Pensé que te gustaban las mujeres crueles. No creí que el cruel fueras tú.

—No hagas dramas, Wanda, y no te compares nunca con las demás. Tú eres fuerte, una diosa, puedes hacer cualquier cosa que te propongas y, si quieres tenerme contento, únicamente hay una manera de lograrlo. Ya sabes.

—Ganaste, como siempre. Sólo quiero hacer constar que el tener un amante es tu deseo, no el mío.

—No digas mentiras, querida. Es la naturaleza femenina el desear siempre al hombre que no se tiene.

Wanda ya está cansada de discutir. Cede:

—Lo que digas.

—Aquí en Bruck no hay nada para ti, querida, es un pueblo pequeño. Necesito que regreses a Graz y no vuelvas a casa hasta que no hayas encontrado al griego. Mira, me llegó un pago que alcanza para que te quedes al menos ocho días en un hotel de allá.

—No quiero dejar a los niños tanto.

—Ocho días no es nada y además está aquí tu madre para cuidarlos. Lo que sí, tienes que aprovechar el tiempo, salir por las noches al teatro, dejarte ver en el hotel, caminar tanto como te sea posible. Vamos a tu ropero a elegir los vestidos y las pieles que te llevarás.

Wanda llora la mayor parte del camino de ida. Tiene que inventar algo para regresar porque no está dispuesta a arriesgarse de esa manera. Unas horas después de haber llegado a Graz, le escribe una carta a Leopold en la que le dice que necesita volver porque tiene un dolor de muelas que no la deja ni respirar. Se espera para mandarla al siguiente día, para hacerla más creíble. Le dice que de nada le serviría quedarse en la ciudad encerrada en cama por el padecimiento.

Por suerte, Leopold tampoco sabe ya cómo vivir sin su mujer. Le contesta de inmediato:

Regresa. Serás recibida con los brazos abiertos. Me consume el deseo de ver a mi diosa de nuevo.

Tu esclavo

Capítulo 10

El 25 de noviembre de 1875, Wanda da a luz a Demetrio. Es un parto difícil, de muchas horas. Cuando al fin tiene al bebé en sus brazos, nota que Leopold no se aparece a conocerlo. Por eso le pide a su mamá que vaya por él. Después de mucha insistencia, él se asoma y lo mira como de pasada, sólo para exclamar:

—Qué bueno que nació sano.

—Obsérvalo, querido. Le vamos a decir Mitchi. Tiene tus ojos. Está hermoso.

—Puedes tener una docena de hijos, pero quiero que sepas que el único al que yo amo es a Sacha. El amor que te tengo a ti es de otra naturaleza, y con respecto al afecto paternal, todo lo que puedo sentir como padre está enfocado en nuestro primogénito.

—Eso dices porque es el primer día. Mitchi irá ganando tu corazón con el tiempo. Ya lo verás.

—¿Se le quitará lo moreno en algún momento? ¿Ya lo viste bien?, es casi negro.

Wanda quiere seguir defendiendo a su bebé. No va a permitir que el propio padre hable mal de él, pero Leopold pierde el interés y prefiere enfocarse en la comadrona, que es joven y guapa:

—¿Usted se considera una mujer fuerte, señora Zurisegger?

La pregunta la toma por sorpresa.

—¿Fuerte en qué sentido?

—No sé, es que la veo tan trabajadora que me entró la curiosidad por saber quién tiene más fuerza, si usted o yo. ¿Lo averiguamos? —le guiña el ojo con su media sonrisa escondida tras los bigotes.

La muchacha se ríe y voltea a ver a Wanda, todavía postrada en cama. Con un gesto de las cejas alzadas, busca su aprobación.

—Ah, no se preocupe por mi esposa. Ella nunca se enoja. Lo único que le va a ocasionar nuestro concurso es risa. Sólo necesito que usted se ponga una de sus pieles, para que nuestro juego se vea más interesante.

La señora Zurisegger espera para cerciorarse por si Wanda hace alguna seña, pero ella primero los mira, seria, y luego cierra los ojos. Leopold von Sacher-Masoch le ayuda a ponerse el abrigo y la lleva a su habitación, que es la de junto.

—¡Luchemos! —exclama él, forcejeando con la joven. Entre risas, la comadrona se defiende. En la batalla, él se deja ganar. Ella lo avienta sobre la cama; Leopold no la suelta, de forma que ambos quedan ahí tumbados, sin dejar de combatir ni de reír.

Después de un rato, las cosas vuelven a la normalidad. Por la tarde, cuando Leopold entra a la habitación de Wanda a visitarla, su madre le está dando de comer en la boca.

La señora se hace a un lado para que él se siente en el mejor sillón y se queda escuchando la plática.

Él le cuenta a su mujer con lujo de detalle cómo fueron las vencidas:

—Es más difícil para un hombre luchar así porque tiene que cuidar en dónde poner las manos. No sería correcto que tocara a la señora Zurisegger en cualquier parte.

Wanda no sabe si gruñir, protestar o llorar. En vez de eso, sonrío. Ya me desquitaré dándote gusto con los azotes, piensa. Además, aunque estoy segura de que mi madre ya se ha dado cuenta de las irregularidades de Leopold, prefiero no hablar de esto abiertamente con ella. Es mejor que las dos sigamos disimulando. De cualquier manera, no ganaría nada con decir algo ahora. Seguirás siendo el que eres. Su madre se acerca a ella y le sostiene la mano, apretándosela. Aguanta, parece decirle.

—Carga a Mitchi, querido. Mira qué lindo y sano es nuestro bebé.

—El trabajo no espera, Wanda. ¡No estoy yo para andar paseando criaturas! Si tú pones cara porque yo juego inocentemente con la señora Zurisegger, no esperes que te ayude. Tendrías que esforzarte más para hacerme feliz y que yo pueda ser productivo.

El apretón de mano de la señora Marie es más fuerte. Wanda la mira y la ve con la mandíbula trabada, en una mueca que le resulta difícil de leer.

Entonces se forza otra vez a sonreír. Con trabajo se levanta de la cama. No le gusta sentirse postrada. Es momento de retomar la rienda de su vida. Su madre la ayuda a ponerse en pie.

Una semana más tarde, Leopold entra radiante a la cocina donde Wanda está hirviendo los biberones. Trae el periódico Wiener Tagblatt abierto. Agitándolo, besa a su mujer y exclama:

—Encontramos a nuestro griego.

Ella está a punto de tirar la olla. Deja lo que está haciendo y lee el anuncio que su marido le señala:

Joven apuesto, rico y vigoroso busca muchacha bella y elegante para divertirnos juntos.

—¿Para divertirnos juntos? —protesta ella con los ojos muy abiertos.

—Es justo lo que hemos estado buscando, querida. Sé que el griego de mi Venus no era rico, pero creo que nosotros sí deberíamos buscárnoslo con posibilidades —con la mano hace el gesto del dinero— porque lo necesitamos. En la novela era diferente. Ven.

Por atrás, toma de la cintura y la mano a su esposa y la ayuda a dirigirse a su habitación. La acuesta en su cama, le coloca las almohadas en la espalda y le pasa una tabla para apoyarse, papel y la pluma ya entintada.

—Respóndele a nuestro griego —le ordena— Demuéstrame que no has perdido el toque. Yo me enamoré de ti por carta. ¿Te acuerdas?

—Eran otras épocas —se defiende ella—. Yo tenía otros intereses, pero estoy dispuesta a hacer lo que tú quieras. A ver. ¿A quién se la dirijo? —Toma un papel, dibuja un punto para comprobar que la pluma en verdad tenga tinta y escribe conforme va repitiendo las palabras en fuerte:— Estimado joven apuesto rico y vigoroso, dos puntos.

Leopold la interrumpe. Entusiasmado, va dictándole lo que tiene que decir. Wanda va escribiendo. Leopold despega de un álbum una foto de su mujer, la mete al sobre junto con la carta, le pide a ella que rotule con cuidado la dirección y se va de prisa a enviarlo al apartado postal que venía en el anuncio.

Dos días después, llega la respuesta. Leopold se emociona muchísimo de verla. Espera a estar frente a su esposa para abrirla y, lo primero que saca es la fotografía de un hombre muy apuesto vestido como oriental.

Mientras él grita ¡El griego! una y otra vez, ella toma el sobre para revisar el remitente. No. No trae remitente. Toma la carta y ve la firma: Nicolas Teitelbaum. Él está de acuerdo en entrevistarse con ella el siguiente viernes a las 7 de la noche en un hotel en Mürzzuschlag.

—Wanda, mi Wandita hermosa, la mejor esposa del mundo y sus alrededores. Ya sabía yo que tú me ibas a otorgar el mayor placer que existe. Tengo el privilegio de estar casado con una mujer valiente que es consciente de sus propios deseos sexuales, y que en su caso son válidos aunque en general la gente crea que sólo son de libertinas o putas.

—Todavía no estoy lo suficientemente fuerte ni para caminar, cómo crees que voy a poder viajar.

—Sí, pero vale la pena esforzarte en estar bien pronto porque después de que me hayas dado este placer, viviré agradecido de por vida. ¡Encontramos al griego! —repetía a cada momento—. ¡Suegra!, tenemos que hacer que su hija esté lista para mañana, jueves. Tiene que viajar a Mürzzuschlag. Voy a comprar lo que haga falta para que se mejore. ¿Pollo y vinos finos estará bien?

La señora Marie entra y escucha a su yerno sin entender nada.

—¿Por qué tiene que viajar Angelika Aürora si está recién parida?

—Tú explícale, querida —le pide a su mujer, mientras sale a comprar los víveres dando unos pasos de baile. Wanda busca la mejor forma de decirle a su mamá:

—Leopold necesita que vaya a conocer a un joven porque es lo que requiere para tener inspiración.

—¿Y los niños?

—Cuídelos por mí, mamá, por favor. —Una lágrima se desliza por su mejilla y luego, sin conseguir dominarse, rompe en llanto.— Tengo un marido loco al que no se le puede decir a nada que no.

La señora Marie no da crédito a lo que está pasando. Hasta ese día, pensaba que su hija tenía un matrimonio verdaderamente feliz.

—Sí creo que está loco, Angelika Aürora. No es posible que te exponga de esa forma. Estás débil todavía. Te puedes morir del frío. Te recuerdo que tú tienes bajo el nivel de hierro y por eso luego te andas arrastrando por la fatiga. Bueno, por eso y por los mareos y el dolor de cabeza. Mírate, estás demasiado pálida y tus uñas están quebradizas. Voy a hablar con él. No puedes salir.

—No, madre. Leopold no entiende razones. Sólo le encargo a los niños, en especial al recién nacido.

—¿Se supone que tengo que darle leche de vaca? Si de por sí se ve medio enclenque, ¿no te da miedo que se te muera?

Todo ese día, Leopold se entretiene eligiendo el guardarropa que su mujer va a llevar al viaje: escoge con cuidado la ropa interior y cada vestido, perfume, sombrero, par de zapatos, botas altas, alhajas y, por supuesto, pieles que se pondrá para conocer al potencial amante. Descarta

varios atuendos que le hubieran gustado porque ella todavía no ha bajado lo que subió en el embarazo. Al final, incluye un látigo de perro, por si se ofrece.

El jueves, ya en la estación de trenes, Leopold decide:

—Necesitamos que este Teitelbaum se de cuenta de lo especial que eres —lo dice mientras abre uno de los baúles y saca el látigo—. Éste mejor llévatelo en la mano para que lo note.

—No puedo ir, querido. Mira nada más cómo traigo los pechos. ¿Qué voy a hacer con tanta leche que me fluye quiera o no quiera?

—Ya verás la forma de disimularlos, querida. Tú siempre logras todo lo que te propones. Un poco de leche materna no va a ser un obstáculo para realizarte como mujer.

Wanda aborda y espera a que el tren arranque para comenzar a llorar de rabia. Sin embargo, ya que puede darle rienda suelta a sus emociones porque nadie la ve, no logra dejar escapar ni una lágrima. Piensa que no es conveniente que el hombre que va a estar esperándola la vea con los ojos rojos. No es conveniente que se permita esas debilidades. No es conveniente que se quiera creer una mujer normal. No es conveniente que tenga miedo, no me lo puedo permitir. Tengo que estar alerta para enfrentarme al tipo de libertino que escribe un anuncio así. Seguro que está esperando a una mujer ingenua. Tengo que ser más que eso.

Se quita la capa de astracán que ni siquiera es de ella. Es de Leopold, por Dios, va pensando. Encima me manda disfrazada de hombre. Hace mucho frío por lo que de inmediato se la vuelve a poner. Lo que sí, abre la ventana y lanza el látigo hacia afuera, lo más lejos que la fuerza le da. Choca contra el marco de la ventana y cae en las vías.

Ni siquiera para lanzar sirvo y ya siento que puedo sola contra un timador, se recrimina. Lo único que me queda es explicarle mi situación y rogarle que me tenga piedad. De ninguna forma puedo tener relaciones sexuales con un desconocido, en especial ahora que estoy tan débil.

Teitelbaum la está esperando en la estación de Mürzzuschlag. Wanda lo ve desde el tren. Eso la tranquiliza un poco. Al menos es el mismo de la fotografía. Sí. Es muy atractivo. Es rubio, de forma que no se nota demasiado que ya tiene algunas entradas en la frente. Su tono de piel es rosado, el bigote, bien recortado y unos ojos café claros, de mirada sincera y profunda.

Después de los saludos, abordan un trineo mientras los empleados de la estación suben los baúles. La nieve los rodea por todas partes. El frío les impide hablar durante el trayecto. Apenas y se cruzan miradas y sonrisas.

Al llegar, él se disculpa con ella porque a pesar de que mandó prender la calefacción de las habitaciones que contrató, no se han logrado calentar. Al parecer, el frío va a ser su compañero. El hotel no es el más lujoso, pero se ve bien. El botones les lleva los baúles a una recámara. Teitelbaum le da la propina y al fin se quedan solos.

La habitación es muy amplia. Tal vez por eso no se ha calentado todavía. Aparte de la cama, hay un pequeño comedor con la vajilla acomodada para dos personas, una salita frente a una chimenea, con una mesa de centro sobre la que hay dos platones con bocadillos, una botella de vino francés y dos copas listas para ser usadas. Todo huele a lavanda porque hay varios floreros con arreglos preciosos.

Angelika se sostiene la capa de astracán por el interior para entrar en calor y evitar que le tiemble la voz.

—Señor Teitelbaum, necesito confesarle algo... —empieza, pero él la interrumpe.

—Primero entremos en calor.

Él sirve el vino y le pasa una copa. Ella bebe un trago e insiste.

—Antes de que otra cosa pase, quiero sincerarme.

—No hace falta que me diga nada, señora hermosa. El que necesita confesarle algo soy yo. —
La toma de la mano y la ayuda a sentarse frente a la chimenea—. Sé quién es usted.

Ella intenta decir algo ingenioso, pero sólo consigue balbucear algo inaudible:

—¿Perrdn?

—Parece algo que sólo sucede en la ficción —continúa él—, pero llevé a mi madre a casa de la señora Frischauer y por casualidad me asomé a ver las fotografías que tiene sobre la credenza de la salita de té. Comprenderá mi sorpresa al darme cuenta de que era la misma mujer del retrato que me habían mandado. Así que pregunté quién era usted y me enteré que es la esposa del gran Leopold von Sacher-Masoch. Desafortunadamente, ya habíamos acordado la cita. Hubiera sido una grosería no presentarme.

—¿Conoce usted a mi marido?

—No en persona, pero me encanta su literatura. Sé que le gustan las mujeres dominadoras y leí hace poco La venus de las pieles. Me asegura la señora Frischauer que su marido está tan loco que es capaz de haberla convencido de buscar al griego y por eso respondió con tanto ánimo a mi anuncio. ¿Me equivoco?

Angelika saca un pañuelo de su bolsa y simula que se limpia una lágrima al tiempo que afirma con la cabeza.

—No se equivoca.

Buscando provocarle empatía, le platica su historia. Hace hincapié en lo débil que se siente después de su parto. Él le acaricia la mano y le acerca el platón de los bocadillos.

—Recupere fuerza —le sugiere—. No va a pasar nada que usted no quiera que pase.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Yo respeto demasiado a Sacher Masoch como para tener una aventura con su mujer.

—No. Usted no entiende. Eso es lo que él más quisiera.

Al estar sola en una habitación con un joven cariñoso, comprensivo y rico, Angelika empieza a considerar en serio la propuesta de su marido. Ha cuidado cada detalle para tenerla a gusto. ¿Qué más se puede pedir de un extraño?

Tal vez él se da cuenta de que ella titubea. La acaricia en la mejilla, el hombro, el brazo, y cuando la va a tomar de la mano para besársela, se detiene.

—No podemos.

—No —dice ella, insegura.

—Bueno. Supongamos que usted cede y llega feliz diciéndole que ya consiguió al griego. ¿Qué seguiría? Yo no estoy dispuesto a golpearlo como hace ese personaje con Severino, que vendría a ser el que representa a su marido. Si usted lo golpea, ése será su asunto. No quisiera inmiscuirme.

Wanda niega con la cabeza. Necesita contradecir eso que le parece una acusación terrible, pero dado que es verdad, sólo alcanza a murmurar un tímido:

—No.

Nicolas Teitelbaum parece no escucharla. Continúa:

—Lo único que yo buscaba era pasarme un rato agradable con una mujer. No quiero ni oír de un esposo, pero a partir de este momento, ha encontrado en mí a un amigo. Estaré siempre dispuesto para usted cuando así lo desee.

—Muchas gracias —dice ella, dando por zanjado el tema.

—Podríamos tener una aventura siempre y cuando usted le asegurara a su marido que no sucedió nada.

Ella lo piensa y con un gesto de disculpa, niega con la cabeza.

—¿Me podría llevar a la estación? Es usted de verdad atractivo y a mí me encantaría hacerlo feliz, pero de momento la leche se me está atiborrando en los senos y necesito llegar a casa a amamantar a mi criatura. Es una pena que no lo haya conocido a usted antes que a Leopold.

—El tren no sale hasta dentro de tres horas o cuatro, dependiendo de la nieve. Al menos cene antes de irse. Ahora mismo les llamo a los meseros para que nos traigan algo sabroso. Si no tenemos un placer sexual, al menos tendremos el placer de la comida.

Después de la cena, Teitelbaum acompaña a Angelika. Antes de abordar, ella le manda un telegrama a Leopold:

Regreso de inmediato. No se pudo.

Tu Wanda

—Al menos, un beso —le pide él.

Sus labios se rozan con suavidad y poco a poco, el beso va tomando fuerza. Ambos se estremecen. Les cuesta trabajo separarse.

—Cuando se sienta mejor, búsqume —la invita él.

En el tren, Wanda va pensando cómo le va a dar la noticia a Leopold. Se lo imagina decepcionado de ella. Ni siquiera sabe cómo explicarle que ha perdido el látigo.

Él está en la estación para recibir a su esposa. Tiene cara de congoja. La da la bienvenida extendiendo los brazos.

—No tienes una idea de mi sufrimiento, querida. Me imaginé que ya no ibas a regresar. Que Teitelbaum te iba a parecer más interesante que yo y que habíamos cometido un error fatal al ir a buscarlo.

—Tengo que explicarte, Leopold. Él ya sabía que yo era tu esposa y te admira muchísimo. Dice que sabe que no está a la altura para ganarte el amor de una mujer, que por eso no se atreve a tocarme.

Durante el trayecto en el carruaje, Leopold hace que le repita las palabras de Teitelbaum varias veces. Quiere enterarse de cada detalle, qué entonación utilizó para referirse a él, cómo miraba a Wanda, qué traía puesto, a qué olía, cómo sonaba su voz.

Al llegar a su casa, la joven baja corriendo a amamantar a su bebé. Su blusa ya está completamente mojada a pesar de que se había detenido en un baño a exprimirse los senos y se había puesto algodones para que absorvieran. Sentado en la sala, se encuentra al barón Ferdinand Staudenheim, que ha ido de visita.

—Wanda viene regresando de Mürzzuschlag —empieza Leopold, orgulloso.

Ella saluda y se va a buscar a Mitchi. Apenas llega a desplomarse en el sillón. Su madre le pone al recién nacido entre los brazos y la ayuda a sacarse un pecho. Desde ahí intentan escuchar parte de la conversación que sigue animada en la sala, aunque no lo consiguen.

—¿Pero ya está levantada? ¿Y la cuarentena de las parturientas? ¿Ella quiso ir o tú la mandaste?

—Fue idea de los dos.

El amigo lo mira dubitativo.

—¿De verdad?

—Bueno, fue mi idea, pero es algo que los dos queremos.

—Tuvo que haber sido algo muy importante para obligarla a viajar así.

—¿No has visto a mi Wanda? Es fuerte y poderosa.

—Estamos a 24 bajo cero. Hasta las escuelas cerraron. No puedo creer que la hayas arriesgado de esta forma.

—Sí, a los niños les puede hacer daño tanto frío, pero a ella, jamás.

El barón se levanta de su asiento y recorre la casa en busca de la esposa de su amigo.

—¿Wanda? —va gritando cuando entra adonde está ella. No había pensado lo que podía encontrarse. Verla amamantando a su bebé le provoca una mezcla de emociones. Por un momento, se queda callado observándola.

La señora Marie carraspea, como exigiendo respeto. Toma una cobija y le tapa el pecho a su hija de tal forma que hasta el nene queda cubierto. Ferdinand parece avergonzado de haber entrado de esa forma.

—Te presento a Demetrio —interviene Wanda—. Bueno, así se llama, pero puedes decirle Mitchi.

Lo descubre para que el joven pueda verlo. La señora Marie toma al barón del codo y lo empuja urgiéndole a salir.

—Angelika Aürora estará con ustedes en un momento. Ahora tiene que amamantar en privado. ¿Necesita que les lleve algo de beber o de comer?

Él se suelta de la señora que lo sujeta.

—Sólo quería ver si estabas bien —se dirige a Wanda sin perderla ni un segundo de vista.

Ella al fin sonríe.

—Ahora sí —anuncia—, aunque sentí que me moría en el camino.

Ferdinand también sonríe, le besa una mano y sale rumbo a la sala. En el camino, alcanza a despedirse:

—Con permiso.

Al día siguiente, el bebé tiene disentería. El médico lo revisa y ve a madre e hijo muy débiles. Les da indicaciones para las próximas 48 horas porque se atraviesa Navidad, él no podrá ir a verlos. Wanda le ruega.

—Tengo familia —se disculpa él.

Wanda se levanta de la cama en donde le han pedido que permanezca y va a buscar a su marido.

—Si logras convencer al doctor de que venga al menos hoy en la noche y mañana, haré cualquier cosa que me pidas.

—¿Pero qué pretendes que le diga?

—Tú eres el intelectual en esta casa. Si lo consigues, seguiremos buscando al griego hasta que lo logremos. Lo que tú quieras.

Leopold va a hablar con el doctor. No necesita mucho para convencerlo porque es uno de los admiradores de su literatura.

En plena Nochebuena, el médico regresa a auscultar al recién nacido. Con la voz entrecortada, dictamina:

—Lo lamento. Ya intenté todos los remedios que conozco y el bebé no responde. Tienen que estar preparados para lo peor.

Al poco rato de que el doctor se va, la señora Marie entra a la habitación de Wanda, donde está el recién nacido.

—Intentemos el remedio de las abuelas —dice, mientras toma al bebé y le trata de dar un brebaje—. Corté carne magra en pedazos pequeños y los herví con arroz durante varias horas.

—Se ve horroroso —dice Wanda.

—Esperemos que sirva —responde su mamá.

Después de beberse la mayoría del remedio, Mitchi se queda dormido. Wanda intenta velar su sueño, pero el cansancio la vence. Cuando se despierta, ya es el día siguiente. Se levanta a revisar al bebé. Tiene miedo de acercarse porque está segura de que lo va a encontrar muerto. Para su sorpresa, el pequeño respira a la perfección. Todavía duerme.

Capítulo 11

Los Huber y los Sacher Masoch con frecuencia salen juntos a cenar o al teatro. Miroslava quiere estar siempre cerca de Wanda. Darío promueve la amistad entre ellas, aunque a Leopold no le gusta quedarse ni un segundo sin su mujer. Por eso, las dos prometen ir solas a llevar a los niños a pasear al río, pero nunca llega el momento en que en verdad pueden ir.

Un día, en un viaje al que van ambos matrimonios, les llueve al regreso. Por eso, entran las mujeres a cambiarse a la habitación de Wanda. Ella saca los vestidos más sencillos que tiene: uno para prestarle a su amiga y el otro para ponérselo.

En el momento en el que está absolutamente desnuda, Miroslava se le aproxima de frente y, acercándose con un abrazo, empuja sus labios contra los de su amiga. Es un beso apasionado, vigoroso, en el que la joven respira con dificultad y sostiene a la otra con fuerza. Wanda no esperaba esto. No sabe qué hacer. La sensación le gusta, pero ¿de verdad está besando a otra mujer?

Siente que se le humedece la entrepierna. La lengua de Miroslava le penetra la boca y ella al fin le corresponde con su propia lengua. Toma a la joven del cabello y se da cuenta de que Miroslava sigue empapada por la lluvia. Todavía no se ha quitado la ropa.

Mil pensamientos se agolpan en la mente de Wanda. Le parece escuchar a Leopold con su cantaleta de que ella es libre para saciar sus deseos, a su madre criticando de cochinas a las mujeres que duermen juntas, a su cuerpo que le pide que siga.

Miroslava le acaricia un pezón, con suavidad primero, luego un poco más fuerte. Wanda se estremece. Escucha la respiración agitada de su amiga y no se decide si detenerla o animarla a que siga. Lo que tiene muy claro es que no va a juzgarla. Si algo ha aprendido en este tiempo con su marido es que los deseos son válidos y uno no debería de luchar contra ellos. Decide dejarse llevar y con el dorso, acaricia la mejilla de la joven.

Miroslava se saca a tirones el vestido por la cabeza, se deshace como puede de su ropa interior, conduce a Wanda a la cama y se pone en cuclillas sobre de ella. Le lame el mismo pezón que estaba acariciando. Ahora está turgente. Lo muerde.

Wanda gime, echa la cabeza hacia atrás y se deja amar. Miroslava la recorre con los labios, con los dedos, le sujeta las manos mientras frota cuerpo sobre cuerpo. La piel de las dos brilla con las gotas que resbalan, a ninguna le importa si es sudor o lluvia lo que escurre.

Después de un buen rato, las dos se quedan quietas, Wanda en posición fetal y Miroslava, atrás de ella, abrazándola. Poco a poco, sus respiraciones recuperan el ritmo normal. Wanda se levanta de la cama, se mira en el espejo y se comienza a vestir.

Miroslava la observa esperando alguna reacción.

—Aquí te dejé un vestido que puede quedarte —le dice, mientras sigue en lo que está. Cuando termina, se pasa el cepillo por el cabello, se lo recoge con varios pasadores y se encamina a la

puerta.

—Te amo —le dice Miroslava—. Verte tan blanca, tan elegante, tan distinguida. Me pareces la reina de la nieve, la diosa.

—Me deseas —responde la otra—. Es distinto. Ya tengo en mi vida quién me adore así. Me gusta mucho tu compañía, pero esto no se puede repetir.

—Te amo tanto que hasta me duele.

—¿Y te gusta que te duela? —Recuerda que Leopold le había dicho que Miroslava la amaba y hasta se ponía celosa cada vez que la veía con quien fuera. Por eso se queda un momento con el ceño fruncido, acordándose.

La otra lo interpreta como si la estuviera juzgando y se siente morir. Por eso, Miroslava pregunta ansiosa:

—¿Crees que soy una pecadora?

Wanda sonríe.

—No, querida. —Miroslava al fin se permite respirar—. El pecado no tiene nada que ver. Me he convencido de que en el sexo no hay pecado a menos de que vayas en contra de lo que tú deseas o de lo que el otro es. Lo que creo es que Leopold tiene razón cuando dice que en una relación nunca los dos son iguales. A veces uno es el yunque y el otro el martillo, pero jamás puede haber dos martillos ni dos yunques porque hace falta uno que ordene y golpee y el otro que obedezca y se deje. Yo ya tengo un yunque.

—Es que yo te amo como si fueras una diosa.

—Es precisamente lo que temo. Discúlpame. No es por ti. Es que no quiero otro que me adore. Podremos ser amigas siempre.

Wanda le da la mano como haciendo un trato. Miroslava se tarda en aceptarlo, aunque al fin lo hace.

—Si es la única forma en la que puedo seguir cerca, lo acepto.

Se estrechan las manos y Wanda sale de la habitación. Leopold y Darío ya están bebiendo algo en la sala.

En la noche, Wanda no tiene muchas ganas de tener sexo con su marido, pero sabe que al menos dos veces por semana tiene el deber de latigarlo por lo que sigue al pie de la letra el ritual. Se pone la ropa interior sensual, las botas de tacón delgado, las pieles, se maquilla con un labial encendido, se perfuma. Algo le sucede mientras se prepara. Cuando se da cuenta, el deseo sexual le ha regresado. Ansiosa, obliga a Leopold a desvestirse, a arrastrarse un rato y luego lo ata boca abajo sujetándole las muñecas y los tobillos a la cabecera y a la piecera de la cama. Wanda disfruta al doblar el codo hacia arriba para subir la mano que tiene el látigo y descargarlo en la espalda de su marido. Una vez, otra. Lo escucha quejarse y estremecerse de placer al mismo tiempo y ella ya quiere saltarse las flagelaciones para ser penetrada, su humedad se lo exige, pero sabe que él disfruta y reclama al menos cuatro latigazos. Por eso lo golpea de nuevo una y otra vez hasta completar cinco. Quiere tenerlo de verdad contento porque se da cuenta de que ella también lo está.

El ritual se completa después con una relación sexual según como ella elija.

—Hoy me siento sucia, mi perro —le indica, mientras lo desata—. Quiero que me la encajes

primero suavemente por la vagina y luego con más fuerza por detrás. ¿Me comprendes?

Esa noche, ella se pone en posición canina, apoyando las manos y las rodillas en la cama, y se deja poseer. Es la primera vez que se lo meten por el ano y, aunque al principio le duele, el placer es más intenso que otra cosa y tiene un orgasmo casi de inmediato. Leopold se tarda sólo un poco más que su mujer, pero también se estremece de placer.

Al terminar, Wanda se levanta por una palangana que había dejado con agua caliente. La toca y ya está tibia, perfecta para lavar las heridas de la espalda de Leopold. Mientras lo cura, le platica lo que le sucedió con Miroslava. Él la mira con los ojos muy abiertos.

—Si me lo hubieras dicho antes de nuestra experiencia de hoy, me hubiera excitado todavía más, querida. ¿Ves que te dije que ella te amaba?

—No exageres. Yo creo que sólo me desea.

—Eres una diosa, mi Wanda, y me siento muy orgulloso de ti porque al fin te estás haciendo cargo de tu propia sexualidad. Eso es lo único que quiero para ti, que seas capaz de asumir tus deseos y hacerlos realidad. Te felicito.

—No va a volver a suceder. Sólo te lo quise platicar para saber qué opinas. Esto de saciarme con mujeres no es lo mío.

—Me da gusto que no te hayas quedado con la duda. Creo que esto fue un primer paso para animarte a encontrar al griego. ¡Tienes que darnos ese placer ya, querida!

Un mes después, la señora Marie Rümelin le da una noticia a su hija y ella intenta hacerla cambiar de opinión:

—Pero, ¿por qué? —le insiste Angelika a su madre—. No puede abandonarme así de repente. ¿La hemos tratado mal?

—Conseguí que unos amigos de la juventud me aceptaran a vivir con ellos. Eso es todo.

—¿Pero cómo va a preferir a unas personas que no ha visto en años a vivir conmigo que soy sangre de su sangre?

—No es que los prefiera, pero me invitan y decidí aceptar.

—Mi situación es precaria, madre. No estoy segura de poder mandarle dinero si se va. En cambio, si se queda conmigo, siempre podré compartirle lo mismo que yo tenga. Por favor quédese.

La señora no quiere decirlo, pero Angelika le pregunta una y otra vez, hasta que al fin, lo suelta:

—No puedo resistir ver en lo que te estás convirtiendo. No es que sea una santiguada que de cualquier cosa me asuste, aunque me parece que lo que se vive en esta casa va más allá de lo que uno puede aguantar.

—No es por mi gusto, madre. Usted sabe que aquí mi marido manda aunque parezca otra cosa. Usted me dijo que tenía que complacerlo. No he hecho otra cosa más que seguir sus consejos.

—En nuestra sociedad, los hombres se sienten con el derecho de tener varias mujeres. Para tenerlos contentos, a veces hay que aguantárselos, pero eso es una cosa y otra... ¡no me hagas hablar!

—Sí, madre, se lo ruego. Dígame lo que le molesta de mí. Siéntese un segundo a conversar conmigo.

La señora Marie se encoge de hombros y sale de la casa. Sus cosas ya están en el carruaje. Wanda la persigue, la toma del brazo para hacerla escuchar:

—Cuando era pequeña y mi padre me llevaba a pasear al bosque, me decía que el arcoíris era un puente que conectaba al mundo y al cielo y que sólo los niños podíamos cruzarlo. Yo le creía cualquier cosa que él me dijera. Hubiera insistido hasta el cansancio que me dejaran cruzar ese puente, madre, ir al cielo. ¿Sabe por qué no lo hice?

La señora se suelta de la sujeción de su hija, alza un pie para abordar y se detiene. Lo piensa mejor y se voltea por un momento, goleando el piso con la punta del zapato para demostrar su impaciencia. Agrega de manera sarcástica:

—Tengo la sensación de que me lo vas a decir.

—Porque en el momento en el que en el cielo no estuvieran mi padre y usted, dejaría de ser cielo. No concibo la felicidad sin su presencia, madre.

A la señora se le nublan los ojos, pero sólo deja escapar un ruido.

—Aish.

—No se vaya sin al menos darme su bendición, madre, por favor.

—Ya me esperan.

Aborda y le ordena al cochero que arranque.

Al poco tiempo, gracias a que Leopold escribe mejor que nunca desde que sabe que su esposa está de acuerdo en buscarse un amante, se mudan de nuevo a Bruck. Para Wanda, quedarse sola con Leopold y los niños no es fácil porque él la necesita continuamente. Cuando él siente que el invierno viene muy frío, jura que tiene tuberculosis, si algo no está perfecto en la comida, él se retuerce porque está seguro que la intoxicación lo va a matar. Por esos miedos e inseguridades, exige que su esposa esté en todo momento con él, excepto cuando se encierra en su oficina a escribir.

Un día, ya harta, lo confronta:

—No has pensado en las consecuencias de que en verdad me convierta en Wanda. Tenemos tres hijos a considerar. ¿Qué va a ser de ellos entonces?

—Serán hijos de una madre y un padre felices. ¿Qué hay de malo en eso?

—Hablas así porque no me he enamorado de otro, pero si me voy con mi amante porque en verdad lo amo, los niños se quedarían sin madre y, si decido regalarte a mi amante, como sucede en tu novela, pasarías a ser de su propiedad. ¿Sí entiendes que lo tendrías que obedecer en cualquier cosa que te mande? ¿Qué te hace pensar que él va a darte permiso de cuidar a tus hijos? ¿Crees que va a ser tan benevolente?

—Ay, todas las mujeres hacen un drama de nada. No exageres, querida. Ya veremos qué hacemos con ellos cuando se nos presenten los problemas. Siempre podemos encargárselos a alguien más.

—No tenemos para pagarle a nadie, Leopold. No soy dramática. Sólo realista. Estás ganando mejor, aunque de lo que cobras, la mayoría se nos va en las mudanzas y nos queda muy poco. No

me quejo de eso porque considero que parte de la razón por la que seguimos enamorados uno del otro es que no nos anquilosamos jamás. El cambio de aire nos conviene, pero no creas que podemos darnos el lujo de contratar a alguien más.

—Tendrías que haber sido más amable con tu madre, querida. Ella cuidaba a los niños con amor y amabilidad y no nos cobraba.

—Es que comenzó a verme como una libertina. No admitió explicación alguna. Imagínate, Leopold, ¿qué voy a hacer cuando el mundo piense que soy una pervertida? ¿Con qué autoridad moral podré educar a los niños?

—Nadie va a pensar que eres una libertina, Wanda, no te apliques palabras que no van contigo. Si la sociedad hipócrita niega la naturaleza humana, no seas tú igual que la gente común y corriente. Además, siempre que el marido defienda a la esposa, el mundo se calla.

—No, pero hay consecuencias legales también. La infidelidad de la mujer es un crimen en contra del esposo. Si estuvieras harto de mí, podrías divorciarte y quedarte con los niños.

—Ay, querida —La toma de ambas manos.— Yo confío en ti por completo, pero dado que veo que tú no lo haces de igual manera, puedo darte garantías. Te ofrezco firmarte una declaración que diga que yo apruebo de antemano lo que hagas y por lo tanto no tengo derecho a reprocharte nada ni a tomar acción legal en tu contra. Es más, te puedo dar hojas en blanco firmadas para que tú las llenes como consideres. ¿Qué te parece?

—Al menos es algo.

Leopold suelta las manos de su mujer, va a su oficina y, después de un rato, vuelve con la declaración y con hojas en blanco firmadas. Se las entrega a su esposa.

—¿Lista para buscar al griego, querida?

Capítulo 12

Los niños empiezan a crecer y Wanda disfruta muchísimo el llevarlos a pasear por los hermosos parajes de Bruck. Durante las mañanas, muchas veces logra desafanarse de las exigencias de su marido y sale sola con sus hijos porque él se encierra a escribir en su despacho. Por las tardes, a veces él los acompaña. Mientras persigue con ellos mariposas, él se ve radiante, aunque el resto del tiempo, se la pasa cabizbajo. En ese estado de ánimo, no consigue vender lo que escribe, tal vez porque no tiene el ímpetu de ofrecerlo o tal vez porque no termina muchos de los textos que inicia.

No ha pasado tanto tiempo desde que estaba feliz. A Wanda ya no le extraña, ya va conociéndolo. De un día para otro cambia su estado de ánimo y, por ahora, se le ha incrustado en el alma la tristeza, sólo puesta de lado en pequeños ratos con sus hijos. Su esposa sabe lo que le pasa. El hecho de que no haya cumplido la promesa de encontrar al amante lo hace estar más triste que nunca. Ella lo ha intentado, pero a la hora de tomar la decisión, no lo logra. Tampoco es capaz de reprocharle nada a él, porque se da cuenta de que no puede evitar ser como es.

En los momentos de euforia, Leopold, lleno de expectativas, elige lo que ella se va a poner: la ropa, accesorios, calzado, pieles y arreglo en general. Luego la hace salir y la sigue de lejos. La mujer coquetea, tal como le ha enseñado, aunque al final, no se decide por ninguno. Él la mira, y cuando regresan a casa con las manos vacías y sin ninguna promesa de conseguir al hombre de los sueños, los ánimos del escritor vuelven a caer y deja de escribir de nuevo.

Para Wanda, ver derrotado a su marido es algo que no puede soportar. Ése que pasa la mayor parte de los días como sonámbulo es la persona a la que le juró amor eterno, el padre de sus hijos. Todo el invierno sin escribir los ha dejado casi en banca rota y, por si fuera poco, ni siquiera tienen la esperanza de algún pago que vendrá. Sin embargo, esta vez no sólo le preocupa la parte económica, la conmueve ver a Leopold así.

En junio de 1877, les llega un pago que nadie esperaba. Una chica había traducido los textos de Sacher Masoch y el matrimonio recibe una remuneración que les parece caída del cielo. Aprovechándola, se mudan de nuevo a Graz. Wanda va convencida de que en la capital del estado podrá al fin darle gusto a su marido. Para eso buscan un departamento en las afueras, ya cerca del campo porque ahí tienen la ventaja de tener acceso a la gran ciudad y, al mismo tiempo, a la privacidad de la campiña. Además, cerca de ellos hay un hermoso jardín y el bosque, que a los niños y a Leopold les encanta. A Wanda le recuerda la casa en la que nació, cuando su padre todavía vivía. Estaba enfrente de un hermoso palacio ducal y muy cerca del bosque. Esos parajes naturales le habían causado al mismo tiempo fascinación y miedo. El silencio, la oscuridad, la posibilidad de adentrarse en la soledad de la naturaleza, la cautivaban. Sí. Vivir tan cerca de la frondosidad de los árboles es lo que les hacía falta. Ya es hora de encontrar al dichoso griego.

Mientras Wanda, los niños y Olga, la joven que la ayuda, acomodan las cajas con sus

pertenencias en su lugar correspondiente, Leopold se va al periódico Tagespost a poner un anuncio que saldrá todos los días hasta nuevo aviso:

Una mujer joven y hermosa busca conocer a un hombre vigoroso.

Sacher Masoch entra entusiasmado a su nuevo hogar, aunque es demasiado pequeño. Disponen de dos habitaciones y un estudio por lo que el matrimonio tiene que compartir cama. Es algo temporal, se prometen, así es que se ponen a empeñar las pocas alhajas que tienen, los vestidos de fiesta, las pieles, los muebles de los que pueden prescindir: los sillones de la sala, las mesas de centro, el perchero de los abrigos.

Un día en el que los niños siguen pidiendo de comer cuando ya se acabó todo lo que había, Wanda decide despedir a Olga, pero cuando está por hacerlo, se da cuenta de que le sería imposible sobrevivir sin ella. Leopold requiere a su esposa de tiempo completo y los niños, también. Encima, él llega con una noticia:

—Querida, ¿recuerdas a Otto Kapf, el asistente de la librería que me ha rogado durante meses que quiere ser mi secretario?

—Sí, Leopold, por supuesto que tengo presente al lambiscón que se ha pasado tanto tiempo endulzándose el camino. No me vayas a decir que lo contrataste.

Él pone cara de niño regañado.

—No te enojés, mi reina, yo no lo contraté exactamente, pero de alguna manera sí le di esperanzas de que lo iba a ocupar.

—¡De ninguna forma! —exclama Wanda, airada—. Este hombre se regresa o nos morimos todos de hambre. ¡Escríbele que no venga!

Él guarda silencio por un momento. Al fin dice:

—Ya le pagué el boleto para venir.

—Mejor. Así no te sientes culpable de regresarlo de inmediato. A él no le va a costar nada.

—Pienso que si viene y se da cuenta de la situación, va a querer irse por sí mismo.

—¿Cuánto le prometiste que le ibas a pagar?

—Nada, querida. Te lo juro. Le dije que de momento no le podía prometer nada, pero él de todas formas quiere ser mi secretario. Creo que me admira tanto que no le importa que no le demos efectivo. Con vivir con nosotros se conforma. ¿Cómo podría yo no aceptarlo?

—¿De verdad requieres de un secretario? No podemos darnos estos lujos.

—No se me ocurre para qué lo podría necesitar, querida, pero sí sé que me vería ridículo si lo regresara así nada más porque sí.

Wanda sigue discutiendo durante mucho rato, aunque al fin, se da cuenta de que no va a poder cambiar lo que Leopold se ha propuesto. Está muy preocupada por su familia, aunque al mismo tiempo, le conmueve la generosidad de su esposo. No hay manera de que él se prive de más comodidades de las que ya se ha despojado. Anda sin un centavo encima porque cualquier dinero que gana, se lo da a ella, no fuma, no bebe. Cuesta mucho trabajo decirle que no a lo único a lo que se aferra. Al fin, Wanda asiente con la cabeza.

Él se le hinca y le besa la mano.

—No sé cómo vamos a sobrevivir —es lo último que Wanda dice sobre el tema.

Al día siguiente, Otto Kapf se presenta en el departamento de los Sacher Masoch. Wanda abre

la puerta con la esperanza de encontrar alguna ayuda por lo menos para poder despedir a la muchacha de servicio. Si resulta alguien de provecho, podría ser suficiente para la limpieza, los niños y las tareas que Leopold le asigne. Sin embargo, pierde el optimismo en el instante porque su olor la ataca antes de poder verlo de frente. No está segura de qué es. Tal vez ajo, vinagre, algo rancio y desagradable.

Con una voz flautuda dice:

—Otto Kapf para servirle a usted —tiene un acento berlinés, corto, agudo, de frases entrecortadas y hace una reverencia teatral que acerca el olor más directamente a la nariz de Wanda—. Busco al distinguido y famosísimo escritor, el doctor Leopold von Sacher Masoch. Supongo que usted es su bella esposa. ¿O es la sirvienta?

Ella ya no lo escucha. La náusea se lo impide. Sólo puede seguirlo observando. Su físico también es repulsivo. Los labios abotagados sostienen una nariz chata, sus pequeños ojos bizcos, agazapados detrás de los gruesos anteojos, parecen analizarla llenos de prejuicios.

—Pase —murmura Wanda.

Entra hasta el pasillo, afuera de la oficina de su marido. Otto Kapf la sigue; va cargando su maleta y se queda parado mirándola, esperando quién sabe qué.

—Cierre la puerta —le ordena ella.

—¿La de la entrada?

Wanda no se digna contestar con la voz. Asiente con la cabeza mientras toca con los nudillos la puerta del despacho.

—Tu admirador está aquí, Leopold.

El escritor abre la puerta entusiasmado.

—¿Sí?

Su mujer le susurra al oído:

—Ni se te ocurra sugerir que este apestoso sea nuestro griego.

Otto permanece en la casa. No tiene ninguna obligación, pero dado que nadie lo despide, ahí sigue. El único beneficio que aporta es el de asombrarse por cada cosa que Leopold hace, elogiar cada frase, cada movimiento. Al sentirse tan venerado, Sacher Masoch al fin se pone feliz y le da por crear escritos más publicables, aunque por las prisas por cobrar, no son textos de mucha calidad. Dos veces al día, va a revisar el apartado postal que puso como dirección en el anuncio del periódico, por si hay alguna respuesta.

Una mañana, regresa radiante a su casa con un sobre cerrado.

—Ábrelo, querida. Viene dirigido a la joven y hermosa mujer que publicó en el Tagespost.

La respuesta es de un tal conde Attems. Wanda concierta una cita con él en el bosque cerca de su casa para que Leopold pueda observarlo escondido entre los árboles.

—Gracias, querida. Ahora sí voy a experimentar en carne propia la terrible tortura de los celos.

El dichoso conde Attems llega a la cita antes que Wanda. Va nervioso. Insiste en acomodarse el monóculo en el ojo izquierdo, mientras el lente, terco, se resiste a quedarse quieto en su lugar. Por eso, el conde no se da cuenta de cuando llega Wanda, hasta que al fin levanta la mirada y la ve.

Ella sonríe porque intenta ser coqueta. Él interpreta eso como una burla y se pone más incómodo. Al mismo tiempo quiere saludarla, componerse el anteojo en su lugar y enderezar su postura.

Wanda se da cuenta de lo ridículo de la situación, pero sabe que su marido está mirando y que ella tiene que poner de su parte, a pesar de que este hombre parece un cómico más que un galán. Es pequeño y pálido, sin un ápice del vigor que habían pedido en el anuncio. Los saludos convencionales no alcanzarían a suavizar el ambiente. Necesita inventarse algo adicional. Con la voz más sensual que logra proferir, propone:

—Se ve usted mucho más apuesto sin el monóculo. Guárdelo para otro momento.

Le da su mano enguantada para que se la bese. Al menos, el hombre huele bien. Wanda no identifica el aroma; es un olor especiado, como oriental. Se acuerda que están buscando al griego y no puede evitar una sonrisa, que disfraza como una señal de coquetería.

Después de las consabidas frases de cortesía, lo toma del brazo para pasear por el bosque. No han pasado ni diez minutos cuando él se tropieza con la raíz de un árbol y se cae al suelo. La primera reacción de Wanda es soltar la carcajada, pero la cara de aflicción del pobre conde la detiene. Lo ayuda a levantarse. No se hizo daño, aunque sus pantalones sí están rotos en la parte interna del muslo derecho. El monóculo se cayó y se partió en dos.

Ella intenta restarle importancia a lo ocurrido, pero el conde está muy avergonzado.

—Lo siento, hermosa mujer, tengo que irme, aunque antes necesito una promesa de su parte.

—La que usted quiera, conde.

—Prométame que me escribiré para ponernos de acuerdo en otra cita. Dígame la fecha y el lugar y le juro que la haré pasar un mejor rato. Mientras, le ofrezco mil disculpas.

Le besa la mano y la deja en el paraje del bosque donde se había caído. Ni siquiera la acompaña al sitio en donde se habían encontrado. Ella se queda ahí, con una media sonrisa y agitando el pañuelo en señal de despedida. Por dentro, se revuelca de la risa. Unos segundos después de que el conde desaparece de su vista, Leopold llega a besar a su esposa. Al parecer, las torturas de los celos le han caído bien. Se ve feliz.

—Eres deliciosa, mi querida Wanda. Me fascina cada faceta que voy conociendo de ti. La forma en la que te burlaste de él con tanta gracia fue maravillosa. Sabes que te amo, ¿verdad?

—Estaba pensando en qué pasaría si yo escogiera al conde Imbécil como amante y lo hiciera tu amo y señor, como el griego de tu novela. Eso sí sería tortura, ¿no, Leopold?

—No tienes derecho, querida. Siempre te quejas de que buscarte a alguien más es un gran sacrificio que haces por mí. Lo mínimo que esperaría es que te encontraras a alguien más interesante. Mínimo que sea guapo, culto y rico. ¿No?

—El que no tiene ningún derecho eres tú. ¿Recuerdas el contrato que firmamos? Supongo que ahora te arrepientes. ¿No?

Leopold sonríe.

—¿Crees? —La mira con picardía.— Sigo sintiéndome feliz de estar en tus manos y ser esclavo de tus deseos.

Wanda se siente traviesa.

—Voy a elegir a nuestro conde-bruto. A ver si verlo babéandome te causa placer

—Podrías hacerlo, querida, pero sé que no eres así. Elegí con cuidado a mi mujer. Me busqué

a la más inteligente y a la de mejor corazón. No firmaría un contrato como el nuestro con nadie más. Tú no serías capaz de hacer algo que comprometa mi honor ni nuestra felicidad.

Capítulo 13

Durante el otoño, al fin pueden pagar las deudas y regresar a vivir a la ciudad de Graz, ahora en el barrio de Normalschulgasse. Rentan un apartamento de dos habitaciones grandes y dos pequeñas que hubieran sido suficientes en otro momento, pero que no lo son por la presencia de Otto Kapf. Él ocupa por la noche uno de los espacios grandes que durante el día sirve como comedor y también de paso para la habitación de Wanda. El espacio privado que ella disfruta por las noches, también es público durante el día. Su habitación se convierte en sala de estar. Los niños y la sirvienta se quedan en un cuartito al fondo de todo, sin luz y con el aire estancado.

La recámara de Leopold es al mismo tiempo su estudio. Aparte de las horas que dedica al trabajo de escribir, invierte mucho tiempo en su correspondencia. Se cartea con gente y luego le platica a Wanda lo que le dicen y lo que responde. Desde algunos años atrás, mantiene comunicación con Marguerite Halm, una poeta muy reconocida. Durante algunos meses, se dio entre ellos una especie de romance; a pesar de que no prosperó, han continuado intercambiando libros y misivas.

Kapf es el mensajero que lleva y trae noticias y viene muy insistente en que Marguerite Halm los invita a su casa. Ella ya casi no sale. En sus cartas explica que no encuentra el momento para hacerlo porque en verano hace mucho calor, en primavera sólo hay unos cuantos días que aprovechar porque llueve con frecuencia, en otoño hace mucho fresco y el frío del invierno es lo peor, hasta vuelve feas a las personas, la piel se les hace de cartón.

A Wanda le parece bien porque tampoco quiere recibir visitas que no sean de confianza. Su situación le resulta muy incómoda y el comedor es antihigiénico, el olor hasta quita el apetito, pero tampoco quiere que esa poeta piense que le tiene celos. Sabe que ella y Leopold han hablado entre ellos del amor puro y no le importa. A estas alturas, él ya puede hacer lo que quiera sin que Wanda se escandalice. Por eso, armándose de valor, un día toma a Leopold del brazo, lleva una canasta con panquecitos para no llegar con las manos vacías y van a visitarla. Marguerite Halm los recibe en su recámara. Es un cuarto angosto y poco ventilado.

Wanda no lleva una idea preconcebida de lo que va a encontrarse. Sabe que la poeta tiene 44 años y no mucho más. Al verla, está a punto de soltar la carcajada.

No se ve tan vieja, pero el vestido que trae puesto es de terciopelo negro y debe de tener más de 20 años de existencia. Luce un atuendo de fiesta cuya crinolina y cola ocupan más de la mitad del reducido espacio. El pedazo de cortina con el que Marguerite se cubre sus bucles perfectamente marcados es algo parecido a los que usaban las romanas, de acuerdo a las estatuas que ella ha visto; no viene al caso con nada más. Le parece grotesca, aunque tales extravaganzas le dan lástima. Tal vez nunca haya habido alguien que le diga lo que debe y lo que no debe usar.

Tan pronto Leopold termina con las presentaciones, Marguerite les señala las sillas donde

pueden sentarse, una muchacha les ofrece un té tibio y la poeta comienza a disertar sobre el amor.

Wanda y Leopold se miran con complicidad. No demuestran lo que sienten, pero los dos saben que al salir de ahí se van a reír mucho de lo que están viviendo. Por eso, ninguno escucha con atención hasta que Marguerite dice:

—Ya es momento de que nazca una nueva raza, mitad divina y mitad humana.

—¿Divina? —Leopold abre los ojos en señal de extrañeza.

—Me he preparado durante diez años porque se requiere que una mujer y un hombre puros se reúnan.

—¿La nueva humanidad nacerá de usted? —pregunta Wanda, temiendo que en cualquier momento, la mujer les pida que necesite a Leopold como semental. ¿Qué pensaría Leopold si esta poeta quisiera ser su griega? La idea le causa gracia, aunque al mismo tiempo, su mente no deja de buscar algún pretexto por el cual pueda salvar a su marido de algo así. ¿Por qué le tienen que tocar tantos locos cerca?

—No tienen idea —continúa Marguerite— de lo sublime que se va a concretar en esta pequeña habitación en donde se encuentran ustedes en este momento. He vivido diez años de renunciaciones para alcanzar una pureza tal como la de Jesucristo después de su ayuno en el desierto.

—¡Pura! —asienta Wanda, mientras busca algo que decir.

—Necesito un joven igual de puro con el que procrear al primer hombre-dios.

Wanda se agita en su silla. Está segura de que la poeta dijo joven. Leopold tiene más de cuarenta. ¿Puede respirar tranquila? ¿De quién estará hablando?

—¿Y en quién piensa cuando habla de ese futuro padre de la nueva raza? —pregunta Leopold, aparentando seriedad.

—Eso les quería preguntar. ¿Les parece que Kapf sea lo suficientemente puro?

—¿Nuestro Kapf? —duda Wanda.

Leopold da un manazo en su propio muslo y exclama:

—Por supuesto que es el prometido. A mí me ha dicho que jamás ha tenido relaciones con mujeres.

Estrujando su pañuelo de encaje, Marguerite vuelve a preguntar:

—¿Creen que Kapf esté destinado a cumplir esta misión divina?

Leopold le guiña un ojo a su mujer y ella, como hace mucho que no le sucede, se siente de nuevo su cómplice, como dos niños haciendo una travesura.

—Una mujer de su talento no tendrá ningún problema en despertar al ser divino que vive en Otto —añade Wanda.

—Un ser divino —Leopold tose y se tapa la boca para disimular la sonrisa que no consigue evitar.

—Encarnaremos la chispa divina —decreta Marguerite Halm y los tres levantan sus tazas para brindar por el próximo suceso.

En el camino de regreso a su casa, ambos van felices, tomados de la mano como novios, bromeando.

—Otto Kapf no es un hombre normal —se ríe Wanda— y ahora es más anormal que cuando

llegó y eso ya es mucho decir. No se ha cortado el cabello desde entonces y sus rizos ya le llegan debajo de los hombros, como a la poeta.

—Del mismo largo, sí, pero son más crespos, ¿no? ¿Cómo puede haber alguien que lo vea divino?

—Seguro han de ser las corbatas de colores delicados que usa últimamente o los abrigos que en vez de llevar el corte a la cintura, lo llevan a la cadera...

—O la flor que siempre se pone en el ojal.

—O el abanico y la sombrilla —Wanda lo imita y, con coquetería, se acerca a su marido y le da un beso—. ¿Será que yo me veo igual de ridícula cuando me haces salir con tonos extravagantes combinados como solo tú sabes? La blusa amarilla, la falda violeta y el abrigo rojo. Así me mandaste a la calle el otro día.

—Tú nunca te verás ridícula.

—¿Será que solo tú me ves como diosa porque me quieres? —le pregunta en voz baja.

—Jamás te compares con nadie, mi ama. Tú eres una diosa sin importar que alguien te lo reconozca o no.

—Quiero ser mejor, Leopold. Ya publicaba cuentos y ahora volví a ser una ama de casa. Quiero perfeccionar mi francés, necesito que me ayudes a escribir mejor. ¿Lo harías por mí?

—Tú eres la dueña de mi cartera, querida. Contrata a una maestra y, en cuanto a tu literatura, cuenta conmigo.

Al llegar a su casa, Wanda va a cambiarse para usar su ropa interior sensual debajo del abrigo, toma el látigo y va a la recámara de su marido. Al salir de su habitación, se percató de que Otto, los niños y Olga están cenando todavía. Aprovechando que están despiertos, le pide al secretario de su esposo:

—Necesito que mañana le lleve esta carta a la poeta Marguerite Halm. —Toma un papel, escribe un: Servido en charola de plata, lo firma y lo mete en un sobre. Lo rotula, lo cierra, deja caer unas gotas de parafina roja para lacrarlo y se lo entrega.— A primera hora, por favor.

Otto Kapf asiente, aunque dice algo entre dientes que Wanda no alcanza a escuchar ni le interesa que le repita. Con el índice levantado y un movimiento de cabeza, le recuerda que tiene que obedecerla. Al fin encuentra alguna utilidad para el dichoso secretario. Sonríe para sus adentros.

Cuando ya los demás duermen, Wanda obliga a Leopold a quedarse arrodillado, con las manos atadas atrás de la espalda y la cabeza gacha mientras ella lo flagela cuatro veces, una tras otra, tomándose su tiempo. Él aulla en cada golpe y ella agradece en silencio que hayan mandado a los niños a la última habitación. Espera que no escuchen hasta allá.

Pronto se olvida de ellos. Los golpes la hacen sentirse poderosa, le dan una sensación que la humedece en la entrepierna y la estremece en todo el cuerpo. Hasta sus pezones se paran mientras ella descarga su sexualidad en Leopold. Cuatro latigazos espaciados, disfrutando de cada uno. Los cuenta porque le parece que es la cantidad justa para disfrutar sin pasarse de la raya, pero al terminar, tiene ganas de darle uno más. Se queda dudando, con el látigo en la mano.

Él agradece en voz muy baja:

—Gracias, ama.

Ella furiosa, lo latiga dos veces más.

—¡Silencio! —grita—. ¿Quién te dio permiso de hablar? —Le desata las manos y le ordena:—
Sobre el piso. No quiero manchar las sábanas.

Él tiembla de placer. Ella también. Él se acuesta boca arriba. La espalda le duele, pero es un tormento delicioso, que lo hace susurrar:

—Wanda, eres una diosa. Mi diosa.

Ella se sienta a horcajadas sobre su marido y se introduce el pene duro. Mueve su cuerpo en una ondulación para sentirlo todavía más adentro y añade:

—¡Lo sé! Dame placer como merezco. ¡Ahora!

Leopold se esfuerza en levantar la cadera a pesar de que el piso está duro y la espalda la tiene al rojo vivo. Con embates profundos, la penetra cada vez más adentro. Ella grita. Aprieta su cuerpo, los labios vaginales, y hasta la mandíbula y las manos. No deja de moverse como un gato, con movimientos continuos, flexibles, sensuales. Se siente una diosa y se comporta como tal. Se acaricia un pecho y luego el otro y sigue moviéndose hasta que alcanza el orgasmo.

Todavía está experimentando el máximo placer, cuando siente a Leopold eyacular. Alcanzar ese nivel de gozo y ser capaz de brindárselo a su marido es algo que le fascina. Cierra los ojos para no estallar de tanta felicidad. El olor a sexo la hace chuparse los labios. Encuentra un gusto salado, delicioso, un aroma embriagador. No quiere abrir los ojos por miedo a que las sensaciones se le escapen. El cuerpo le pide dejarse ir sin pensar, disfrutar de eso que la hace sentir plena en silencio, acallar su mente. De repente, el mundo cobra sentido. No importa lo que pase. Todo va a estar bien. No quiere cavilar más. No puede.

Se sube a la cama de Leopold. Con señas, lo invita a acostarse junto a ella. ¿Qué importa que las sábanas se manchen? Él está llorando de alegría. Ella se recuesta de lado, dándole la espalda. Leopold la abraza, satisfecho. Antes de caer en un sueño feliz, murmura:

—Mi diosa.

Capítulo 14

Leopold y Wanda se ríen cada vez que se refieren a Otto como el divino adolescente. Así se burlan de él cuando creen que no los está escuchando. Saben que ya estuvo en “La caverna de rosas”, como Marguerite Halm le llama a su habitación, y que, según ella, “desarrolló su papel de forma maravillosa”, lo que sea que eso signifique.

—¿Se habrá quitado la crinolina la más pura de las mujeres?

—El divino adolescente no hubiera cabido en el cuarto si no se la quita... ¿dónde se pudieron haber acostado?

—Pueden tener relaciones de pie, querida, aunque dudo que él se interese en una mujer. Sé que a ti te gusta dominarme desde arriba, aunque otras personas aceptan diferentes posiciones.

—¿De veras soy tan previsible y aburrida? No. También me gustan distintas formas amorosas. ¿O siempre me coloco igual? ¿Qué esperabas si yo no soy de la raza divina que apenas se va a formar?

—Tú nunca serás aburrida, mi ama. Lo único que te falta para ser perfecta es encontrarte al amante, pero ya no te voy a dar lata. ¿Cómo te imaginas a un bebé que sea la mezcla de ese par?

—Nadie le va a notar la pureza del espíritu al pobre si saca los horrorosos rasgos del papá.

—O el acartonamiento de la madre, ¡qué horror!

Cualquier cosa que sucede, les parece motivo para reírse y por eso siguen al pendiente del desarrollo de “la divina pareja”. Marguerite Halm no ha quedado embarazada de la nueva raza ni creen que pueda lograrlo, aunque él sí parece que en cualquier momento va a dar a luz, debido a la panza tan grande que está abultándose desde que se ha instalado a vivir con ellos en Graz.

Wanda consigue a su maestra de francés y se empeña en mejorar su intelecto: en los pocos ratos que Leopold le deja libres, ella se pone a traducir libros que le pueden aportar no sólo algunos recursos para casos de emergencia, sino además, algo de cultura para tener conversación. Rodeada entre tantos hombres inteligentes, necesita ser interesante. De hecho, hasta ha escrito un par de cuentos. Además, si va a ser el ama de Leopold, necesita jugar su papel como una verdadera reina. El problema es que no puede coquetear con los varones de Graz, mandar cartas y recoger las respuestas en apartados postales y vestirse con pieles y latigar a su marido sin que Otto Kapf y Olga la miren como una degenerada. Un día, ella escucha su conversación:

—El doctor Leopold merecería una mejor mujer —se lamenta la chica del servicio.

—¿Ya te convenciste? Al principio tú la veías como la esposa y madre perfecta.

—Sus hijos sí son una preciosidad, en eso no he cambiado de opinión, y trata a la niña como si fuera de ella, eso también se lo aprecio, pero en cuanto a lo demás, es un asco. Tengo que aceptar que tienes razón: su ropa y su comportamiento son los de una cualquiera. Se le insinúa a los hombres, los provoca. De seguro que le pone los cuernos al pobre marido.

—¿Y por qué crees que quiera aprender francés?

—Yo pienso que le ha de gustar algún francesito. ¿Has visto la cantidad de cartas que envía?

Yo no sé leer, pero a veces me parece que los signos que pone no están en nuestro idioma.

Otto camina moviendo las caderas y sacando el pecho.

—Adivina quién soy. Mis escotes son profundos, aunque podrían pasar por decentes si no sacara los senos cada vez que un hombre se acerca.

Olga suelta la carcajada e imita también a Wanda:

—Leopold —afecta la voz y mueve el trapo de cocina como si fuera un pañuelo—. Necesito que leas mi cuento y que me digas si sirve para publicarlo. Niños, acérquense a su papá a ver si así me da más dinero. Leopold, invita a tu amigo para que juegue conmigo. Leopold, si no me obedeces, no te voy a abrir las piernas cuando a ti se te antoje... —se detiene en seco cuando ve a la señora de la casa mirándola con coraje.

—¡Los dos se me largan en este mismo momento! —espeta ella.

En un instante, el silencio reina. Hasta los ruidos normales de la casa parecen haberse escurrido. Los empleados se miran uno al otro sin saber qué decir.

—Disculpe —dice la sirvienta, avergonzada.

—Le pediré a mi marido que te haga una carta de recomendación siempre y cuando jures guardar silencio en cuanto a lo que crees que sucede en esta casa. ¿Estás de acuerdo?

—Señora, no tengo ni adónde irme.

—Me comprometo a colocarte con alguna amistad. ¿Juras guardar silencio?

—Gracias, señora, muchas gracias —asiente una y otra vez. Ante la mirada fulminante de Wanda, agrega:— Lo juro. Ni una palabra.

Entonces Wanda le hace una seña de que se retire y voltea a ver a Otto.

—No nos puede juzgar por repetir lo que todo el mundo dice —se defiende el secretario.

—Tiene 24 horas para tomar sus cosas y salir de mi vida para siempre y agradezca que soy generosa y le permito ese tiempo para organizarse.

—No le conviene despedirme —le asegura Otto Kapf—. Conozco muchos secretos que usted no se imagina. Yo puedo mantenerla al tanto de todo lo que hace su marido. Consérveme a su lado. De verdad que podría contarle cosas muy interesantes.

—¿Cómo cuál? —lo reta Wanda.

Él la toma del brazo y la conduce a la sala de estar. Ella se asquea con el olor acentuado por esa cercanía, pero quiere ver de lo que es capaz este tipo para seguir viviendo ahí. Se suelta y lo sigue. Él, con la mirada, le da a entender que le va a decir cosas que nadie más debe escuchar. Ya a solas, le susurra:

—El doctor Leopold le escribió una carta a una tal Mignon en donde le dice que la ama más de lo que jamás ha querido a nadie.

—¿Sí? —pregunta ella contenida.

Conoce a Mignon. No solamente es amiga de Leopold, también de ella. Han convivido en muchas ocasiones. Sí, recuerda haber visto a su marido y a la muchacha en cuestión intercambiando risitas extrañas, cómplices. Wanda nunca había albergado la esperanza de que su esposo le fuera fiel, pero una cosa es tener una aventura y otra jurarle amor por carta a una amiga de los dos. Aprieta los puños. Quiere golpear a alguien. Otto está frente a ella con sus rizos ridículos y su mal olor. Se imagina que va por el látigo con clavos y lo flagela una y otra vez. No.

Siente horror sólo de pensarlo porque ahora en su imaginación, el látigo está vinculado con la excitación sexual. Mejor lo pateo, lo hace sangrar, lo escucha gemir y pedir perdón. Sí. Leopold y Otto se merecen la tortura, aunque por diferentes métodos. Wanda se relame los labios.

Sabe que no lo va a hacer en la realidad, no a Otto por lo menos. Si existe la probabilidad de no lograr contener la lengua del secretario, ¿qué sería de su reputación si llegara a golpearlo? Si espía a Leopold en su correspondencia, ¿qué no dirá de ella?

Ante el silencio de Wanda, Otto Kapf prosigue:

—Puedo decirle mucho más. Es preferible que lo sepa usted a que yo ande por el mundo y alguien pueda sin querer escuchar lo que digo en mis sueños.

—No necesito sus chismes, Otto. Le voy a explicar qué vamos a hacer. Usted va a tener la boca cerrada en cuanto a cualquier cosa que se haya imaginado o sospechado sobre nosotros y yo voy a seguir olvidándome de que a usted le gustan los hombres.

—Por favor, señora, no me amenace. Yo sería incapaz de hablar de ustedes que han sido tan generosos conmigo.

—Le recuerdo que la pena por el delito de sodomía puede llegar hasta la cadena perpetua. No queremos que alguien pueda acusarlo de eso.

—Por los libros que su marido escribe, yo me imaginé que este era un ambiente seguro para personas como yo.

—No tengo nada contra las personas como usted, Otto, siempre que no se metan conmigo y con los que quiero. ¿Estamos de acuerdo? Tiene 24 horas para juntar sus cosas y salir de mi casa. Le ofrezco que mi marido le extenderá una carta de recomendación.

—¿Igual que a la sirvienta?

—Ella me dolerá más porque los niños la quieren.

—No me diga eso. Hasta en los perros hay clases. No me puede comparar.

—Tiene razón, no todos somos iguales. A ella yo le escribiré su carta de recomendación, a usted se la firmará mi marido y aquí la patrona soy yo. No se le olvide. Soy la señora de von Sacher-Masoch.

—Sí, señora.

—¿No tiene una disculpa que ofrecerme? Estaba usted imitándome.

—Perdón, señora.

—Sólo para que lo sepa. Me acaban de publicar un cuento. Perseguir a mi marido para que me ayude a escribir mejor no es algo que usted debería estar criticándome. Ya quisieran las demás tener las pretenciones de perfeccionar lo que una es. —Se da la vuelta y se va a su habitación. Sigue murmurando lo que debería de decirle a Otto, aunque él se queda atrás y ya no la escucha:— Lo demás que pueda usted juzgarme es sólo por seguir los consejos de mi madre e intentar complacer a mi marido en todo. Si él quiere tener una dominadora en casa, ahora sí va a saber lo que eso significa. No tengo por qué aguantar al apestoso porque Leopold no tiene los calzones para correrlo. No tengo por qué vestirme con las combinaciones que él quiere. Lo de las pieles, sí lo conservaré porque es la única forma en la que me reconoce autoridad. A partir de hoy, Angelika Aürora quedó en el olvido y voy a encarnar a Wanda por propia voluntad.

—Ya todo el mundo te conoce así.

—Ahora me voy a encargar de que sepan que este nombre es el único que voy a reconocer.

Capítulo 15

Wanda se presenta en el despacho de su marido, que es su habitación por la noche. Toca la puerta y la abre casi al mismo tiempo. Leopold está sentado en su escritorio, a un lado de la cama y frente a una reproducción de La Venus del espejo de Tiziano. Ese cuadro se ha empeñado y recuperado en cada necesidad. Siempre es agradable verlo colgado.

—Despedí a Otto y a Olga —anuncia sin preámbulos.

—Entraste sin tocar —masculla Leopold con cara de extrañeza—. Bueno —se corrige—, sin esperar respuesta.

Ella toma un papel en blanco de donde sabe que él los guarda y se lo pone enfrente de donde está sentado.

—Escribe una carta de recomendación para el divino asqueroso. Se la ofrecí para detener los chismes. Amenazaba con acabar con nuestra reputación. ¿Quieres que te la dicte?

—¿No habrá otra forma?

—Sí. Lo amenacé con acusarlo de sodomía.

—Eres perversa, querida.

Leopold no sale de su asombro. Es la primera vez que su mujer entra de esta forma en su espacio privado. Ella lo ve dudando y, antes de darle oportunidad para que le vaya a negar lo que quiere, sale azotando la puerta y corre a su recámara a ponerse un saco de terciopelo azul violeta guarnecido de piel de ardilla —como el que usaba la protagonista de la novela—, unas botas altas y el látigo más suave —hubiera querido tomar el de clavos, pero dado que se ha negado a usarlo, ya ni siquiera se acuerda de dónde lo escondió. Se suelta el cabello para que sus chinos se esparzan por su espalda y se ciñe la frente con una minúscula cinta, como la Venus flamenca.

Mientras, él se levanta de su silla. Duda qué hacer; al final se imagina que tiene que intentar razonar con ella. Abre la puerta para ir a buscarla justo en el momento en que la ve llegar con toda la actitud de dominación.

—¿Estás bien, querida? —pregunta por tener algo que decir.

Ella hace restallar el látigo y escenifica un diálogo de La venus de las pieles:

—“No me conoces todavía?” —exclama de una forma histriónica, levantando el mentón y poniendo énfasis en las palabras— “Sí, soy cruel, ya que tanto te gusta esa palabra. ¿No tengo derecho a serlo? El hombre es el que solicita, la mujer es lo solicitado. Esta es su ventaja única, pero decisiva. La naturaleza la entrega al hombre por la pasión que le inspira, y la mujer que no hace del hombre su súbdito, su esclavo, ¿qué digo?, su juguete, y que no le traiciona riendo, es una loca.”

—¡Wanda!

—¿No has comenzado a escribir, inútil? Toma papel y pluma. ¡Ahora!

Ella le dicta una carta de recomendación. Él transcribe mientras su miembro se endurece en previsión de lo que ve venir. Cuando termina, la firma y se atreve a preguntar:

—¿Estás segura de que esto es lo mejor?

—Ya tomé la decisión y, si voy a convertirme en una verdadera Wanda, más nos vale mantener a los testigos lejos. Tendremos que conseguir muchachas tontas que no se queden demasiado tiempo para que no se den cuenta de lo que hacemos. Si contáramos con suficiente dinero, podríamos contratar a una prostituta que por las noches nos ayude en los juegos que a ti te gustan y de día, haga limpieza y vea a los niños. Todavía no sé cómo vamos a solucionar eso. Ya veremos.

—Mi diosa.

—Tu esposa, tu amante, tu verdugo, tu dueña y la madre de tus hijos. Sí, más nos vale encontrar quién haga las labores domésticas porque no pienso también ser tu criada.

—Lo que necesito es que goces con la misma intensidad que yo.

—Seré tal como me describes en tu libro: un extraño ideal de aborrecible estética, con el cuerpo de Friné y el alma de Nerón. Le daré rienda suelta a mi imaginación perversa para tomar mi placer y torturarte que, al fin y al cabo, es lo que mejor te hace sentir, pero te voy a hacer una advertencia, igual que la Wanda de tu libro se la hizo a Severino: Ten mucho cuidado con tu ideal porque puede ocurrirte que te trate peor de lo que te imaginas.

—Tú eres mi ideal, querida.

—Ya me verás, voy a ser como Dionisio, que hizo abrazar al inventor del buey de bronce en su misma escultura para ver si sus lamentos de muerte se parecían de verdad a los mugidos del buey, y después de que te haga sufrir así, me lo agradecerás.

Entonces Leopold recita unas líneas del mismo libro:

—“Sea así, y mi sueño quedará realizado. Te pertenezco en bien y en mal; elige tú misma. La fatalidad me empuja, está en mi corazón, ¡diabólica omnipotente!”.

—Me da gusto que conozcas tan bien tus diálogos, a ver si reconoces esta escena: ¡De rodillas! Él la obedece de inmediato. Ella lo flagela una vez.

—Suficiente látigo por ahora. ¡Póstrate ante tu diosa!

—Pisotéame.

Leopold se tiende ante ella, con la cara al suelo. Wanda le da un puntapié, esta vez más fuerte que de costumbre.

—¡Levántate!

Él hace el intento por ponerse de pie.

—¡Así no! —exclama mientras le propina un latigazo de nuevo—. ¡De rodillas!

Wanda ve que Leopold se estremece de placer. Ella también está disfrutando por lo que lo flagela dos veces más.

—Piedad —pide él con la voz, aunque su mirada le suplica que continúe.

—Empieza a gustarme este juego. Ahora sí, como a Wanda, despertaste mis instintos peligrosos. ¡Devísteme!

Él la obedece. Con suavidad le saca las botas y las medias y le besa los pies. Pasa sus manos y

su cara por la piel del abrigo y la despoja de él. Besa el dobladillo del vestido, las manos y murmura:

—Qué increíblemente bella eres, mi diosa.

Le desabotona la ropa, y con los labios roza la piel que va quedando al descubierto. Le quita con ternura el vestido y la ropa interior. A cada movimiento que pudiera interpretarse como torpe, ella corresponde con una cachetada. Así, las mejillas de Leopold terminan muy encendidas. Ella ya no quiere seguir golpeándolo. Más bien, desea pasar a la relación carnal. Se acuesta boca arriba en la cama. Cierra los ojos y se aprieta un seno mientras le ordena desvestirse de prisa.

—Voy, ama. Ya voy.

—Arrodíllate frente a mí —le ordena y sube sus piernas sobre los hombros de él— Ahora sí. Métemelo.

Ella está tan húmeda y él tiene el pene tan duro que la penetración es en un solo paso. Hasta el fondo. Wanda mueve las caderas apoyándose con las piernas, que abrazan el cuello de Leopold y guiándolo con los tobillos sobre la espalda para seguirle ordenando cuándo hay que embestir y cuándo hacerse un milímetro para atrás.

Qué extraña posición para ordenarle como a un caballo, se le ocurre a ella. Se imagina cómo puede jugar a la equitación, pero ya no puede hablar. El olor a sexo, sus propios gemidos mezclados con los de su pareja, el calor que la recorre de pies a cabeza la apasionan. Los dos alcanzan el orgasmo casi de inmediato.

Tendría que haber durado más, piensa ella todavía en medio del estremecimiento, aunque al menos fue una suerte de que los dos hayamos terminado así de rápido. Si Leopold está satisfecho, todo en mi vida va mejor.

En el sexo, le es más fácil ser la dominadora que él espera; en el diario proceder, no logra hacerlo de lleno; muchas veces se le olvida; de cualquier forma, no vuelve a ser la misma. Contrata a otra sirvienta a pesar de que los niños no la quieren como a Olga. Se llama Bertha y está entrada en años y en carnes; se ve limpia. Ahora al menos el comedor ya no huele a Otto, pero algo se ha perdido entre ella y Leopold. Durante estos días, ella se pone sus pieles, lo azota, tienen relaciones sexuales; aún así, el amor se ha esfumado con el mal olor. ¿Quién lo hubiera pensado?

Ya no lo tiene idealizado como el gran hombre. Para ella, a partir de este momento, Leopold no es más que un marido como cualquier otro que engaña y se engaña a sí mismo.

Con mucha frecuencia, Wanda tiene dolores de cabeza y cumple con lo que tiene que hacer, aunque escenificar partes de la dichosa novela de la Venus ya le aburre. Golpearlo con el látigo también se vuelve monótono. Tienen que encontrar otra cosa. Además, por mucho que intenta mantener en privado los gustos de su esposo, le resulta imposible.

Mandan a Bertha a buscar al dentista porque al señor le duele un diente. Llega a la casa y descubre una caries que hace que la pieza sea insalvable.

—¿Lo tiene que sacar? —pregunta Leopold con una cara que Wanda reconoce como la que pone cuando prevé con deleite que algo le va a doler.

El doctor lo piensa un momento y asiente.

—Creo que sí, pero no se preocupe, porque vengo preparado con anestesia —saca un frasco y

una jeringa.

—¡Nooo! —protesta él—. Si mi Wanda se pone sus pieles y se planta delante de mí, es suficiente —y dirigiéndose a ella, le pide—: El abrigo de piel de oveja que te llega hasta los talones, querida, por favor.

—Los pacientes dicen que aguantan, pero siempre terminan suplicando por la anestesia. Déjeme se la pongo de una vez y le ahorro el sufrimiento.

—Yo tolero mucho si tengo a mi señora a un lado.

El doctor parece que va a seguir intentando convencerlo. Wanda sabe que de nada le vale discutir. Va a vestirse como le piden y regresa. Se para con las piernas abiertas, en actitud desafiante.

—¿Empiezo? —pregunta el dentista.

Leopold afirma. Antes de abrir la boca, da las últimas indicaciones:

—Mírame feo —se dirige a Wanda— con tus ojos diabólicos y con furia contenida. Sí. Así. — cuando está conforme, le indica al odontólogo:— Empezamos, doctor.

El dentista extrae la pieza sin dificultad. El paciente gruñe de dolor y de placer. Cuando terminan, se dan cuenta de que los niños los están viendo.

—¡Qué valiente eres, papá! —dice Sacha.

—¿Te gusta que te duela? —pregunta Lina, que ya tiene ocho años.

—Cómo eres tonta —la recrimina Sacha, de cinco, mi papá sólo está demostrando que los hombres somos más imperturbables que las mujeres —acaba de aprender la palabra y al fin tiene la oportunidad de utilizarla.

—Mi papá le pide a mi mamá que le pegue —interviene Mitchi, de cuatro y, ante los ojos angustiados de su madre, añade:— Yo lo vi.

—Yo te defiendo, papito —Sacha se le abraza a punto de las lágrimas. Leopold le da un beso en la mejilla, unos golpecitos en la espalda y lo baja.

El dentista se hace el que no entiende. Saca del bolsillo de su bata una bolsa de caramelos y les reparte uno a cada una de las criaturas. Leopold lo acompaña a la salida. Al despedirse, le comenta:

—Ah, cómo inventan los niños. Siempre me he preguntado en qué piensan cuando urden sus mundos imaginarios.

Le estrecha la mano y le entrega un pagaré que podrá cobrar en menos de quince días, tan pronto como le paguen unos cuentos que le deben. El dentista se guarda el documento y se va poco convencido. Ni hablar. Qué difícil es sobrevivir en Austria de nuestros días, piensa.

Al entrar de nuevo a la casa, Leopold encuentra a su mujer hablando con los niños.

—No repitan eso que dijeron, por favor. Hay cosas que son privadas, entre nosotros, y no tenemos por qué decírselas a los extraños.

—¿Como que Sacha sigue tomando biberón por las noches? —lo acusa Lina.

—No seas mentirosa. Eso fue sólo una vez.

—Ay, dormimos en la misma recámara. ¿De verdad crees que no me doy cuenta?

—Exactamente, preciosa —frena la discusión Wanda—. Ese tipo de cosas no las debemos platicar jamás a los demás. Son sólo nuestras. ¿Estamos de acuerdo?

Leopold se acerca a su esposa y le besa la mano.

—Eres lo mejor que hay en mi vida. Creo que ya no puedo ni respirar sin ti.

Ella se forza a sonreír para que los niños vean que no hay problema entre los dos. Se espera hasta la noche cuando los acuesta en su recámara y al fin puede ir a hablar a solas con su marido.

—Por favor, no me vuelvas a pedir que te golpee mientras exista la posibilidad de que los niños nos vean ni me digas enfrente de ellos que soy diabólica y cosas parecidas. ¿Quieres que me vean así? Se lo van a creer y me van a dejar de querer.

—Ay, no me digas eso. Es natural que Sacha me quiera más a mí que a ti porque es mi adoración, aunque estoy seguro de que los otros te aman.

—Sólo te importa Sacha.

—Pues sí. Es cierto. Ya te lo había dicho. Los otros también son mis hijos y les deseo bien, pero a él es al único que amo por encima de todo.

—Prométeme que ya no vas a decirme que soy cruel enfrente de ellos ni me vas a pedir que te lastime.

Leopold pone su mano derecha sobre su pecho, a la altura del corazón y exclama:

—Juro que no voy a volver a hablar de crueldades ni cosas parecidas enfrente de los niños —relaja su postura y agrega:— De por sí, yo pensé que nunca te había pedido estas cosas cuando ellos estaban cerca. Voy a tener más cuidado. Puede que tengas razón en que no es bueno que nos vean así.

—Gracias. Vamos a tener que inventar nuevas formas de amarnos.

—Las mismas, querida, sólo intentaremos que no se escuche en la habitación del fondo.

—Sería buen momento para buscar otros juegos que no tengan que ver con la Venus.

—Me parece bien. Mientras pensamos, cámbiate de abrigo y trae tu látigo, ¿sí?

Ella deja escapar un suspiro profundo. Ya está cansada de lo mismo, pero al menos este nuevo detalle, el evitar los ruidos fuertes, tal vez pueda darle algo nuevo a su relación.

Antes de salir a cambiarse, le ordena a Leopold que se desvista. Le pone una sonaja en forma de pelota pequeña en la boca y se la ata con una mascada para dejarlo encuerado y en silencio. Le amarra las manos a cada extremo de la cabecera y los pies en los postes inferiores de la cama.

—Aquí me esperas. Puede ser que regrese a tener relaciones sexuales contigo o que me entretenga en otra cosa. Ni se te ocurra moverte. Quieto —lo dice con voz amenazante, aunque casi con el volumen de un susurro.

Leopold asiente.

Capítulo 16

Leopold insiste en que no puede vivir separado de su mujer ni por un segundo. Para que trabaje, ella se sienta en un lado de su escritorio y ambos se ponen a escribir durante horas. Él sólo la acepta si se viste con pieles y pone un látigo a la vista de los dos. También, él revisa lo que sale de la pluma de su mujer y aprueba solamente lo que conlleva al menos cierto grado de crueldad. Ella no se siente del todo a gusto con ese tipo de literatura, aunque le sorprende que hay lectores a los que les encanta. Empieza a colaborar con el Pester Journal y le pagan 10 florines por cada texto. También escribe cuentos breves para un periódico en Berlín, así que, sumando todo, gana de 40 a 60 florines al mes. Eso le da algo de seguridad. Si ella lograra ser independiente, mantenerse del todo por lo menos en el plano económico, podría tomar mejores decisiones. Tiene que esforzarse más.

Leopold sigue presionando en que tiene que vestirse y arreglarse bien para salir a dar la vuelta a ver si consigue un amante, de forma que sus caminatas a solas son los únicos momentos que ella disfruta para sí misma. En uno de esos paseos, a la vuelta de su casa se encuentra a un conocido saliendo de donde estaba visitando.

—Qué placer verla tan guapa como siempre, señora Wanda —le besa la mano—. Permítame presentarle a Alexandre Gross. Es hijo de mis amigos que viven aquí.

—Mucho gusto —el joven es alto, fuerte, con el cabello de raya en medio y las orejas un poco despegadas, le toma la mano con fuerza y la roza con los labios.

Wanda se estremece con el contacto.

—Mucho gusto —dice, mirándolo a los ojos, aunque escucha que su amigo le está presentando a los padres del muchacho que en esos momentos están llegando y son los dueños de la casa.

El señor Gross es muy amable y su esposa todavía es hermosa. Son judíos húngaros y eso le da mucho gusto a Wanda porque sabe que su marido defiende a los judíos dondequiera que los encuentra. Ha escrito varios cuentos donde son los protagonistas y siempre son los buenos de sus historias. Su fama ha crecido de tal forma que casi no existe alguien de esa comunidad que no haya escuchado hablar de él. Serán bien aceptados en esa casa.

Así es. Pronto, los Gross invitan a los Sacher Masoch a cenar. Leopold está en su elemento. Es amable, encantador, les habla de sus proyectos, de los libros que ha publicado y de los que piensa escribir, de los periódicos en los que colabora, se explaya acerca de lo mucho que ama a su esposa.

A Leopold se le ocurre la idea de jugar a los bandoleros y cuando forma los equipos, se asegura de que a Alexandre le toque con Wanda. Cualquiera puede notar que al joven le encanta cómo quedaron los bandos y durante todo el juego se la pasa muy cerca de ella.

La velada es agradable y Leopold parece brillar porque notó que entre el hijo de los Gross y Wanda hay algo más que amistad. Cada que le es posible, los mira disimulado y al salir, se lo dice a su mujer.

—¡Otro que cae rendido a tus encantos! Es muy joven para ser el griego, pero me va a permitir sentir la tortura de los celos al menos una vez.

—Exageras, querido. Si Alexandre quería estar cerca de mí es porque la esposa de un escritor famoso es un premio para cualquiera, quién sabe si le intereso yo o tu apellido.

—De cualquier forma, Wanda, ya no pongas tantos peros. Si no hemos conseguido al amante que buscamos es porque tú siempre encuentras la forma de librarte. Candidatos has tenido cientos.

—Es un niño, querido. ¿De verdad quieres que lo seduzca?

—Tiene 24 años. Lo averigüé.

—No estoy segura. No te imagines que él pueda ser como el griego que le da de latigazos a Severino. Un muchacho como éste no tiene esos tamaños.

—Si insistes en tu terquead de no satisfacer mi fantasía, te prometo que a la primera ocasión que encuentre, me voy a buscar otra mujer que me de gusto. ¿Necesito decirte qué consecuencias tendría esto para ti?

—No te quepa duda de que encontraré un amante, Leopold. Sólo no estoy segura de que éste sea el adecuado. Dije que ya veremos y deja de insistir. ¿Me entendiste?

—Date prisa, querida. Ya tienes años con la misma cantaleta.

Al día siguiente, el joven Alexandre Gross se presenta con una cacerola con gulash a visitar a los vecinos. La voz le tiembla cuando saluda a los Sacher Masoch.

—Le pedí a mi madre que hiciera un poco más de gulash porque ayer vi que les gustó mucho. Se los traje para que los niños también prueben la comida húngara.

Wanda se quita el mandil.

—Muchas gracias, querido —lo besa en las mejillas, cerca de los labios y, al notar que él se ruboriza, le explica:— Me encanta el estilo francés.

—Sí —reafirma Leopold, empezando a excitarse.

—Acompáñame a la cocina a dejar la olla, Alexandre. Vamos.

El joven la sigue con cautela. Por su temblorina, se ve que tiene miedo de derramar la sopa.

Bertha le toma el guiso de las manos y lo coloca sobre la mesa.

Leopold no pierde ni un detalle. Exclama:

—Señora, necesito que nos acompañe a los niños y a mí.

—¿Ahora mismo? —pregunta ella, extrañada.

—En este mismo momento —le informa él.

Se revisa el uniforme y dice:

—Voy a cambiarme.

—Ya véngase como está para que no se nos haga más tarde. También traiga a mis hijos como estén —ordena en voz baja y, refiriéndose al joven, agrega:— Qué suerte que viniste, Alexandre, para hacerle compañía a Wanda. Los niños y yo estábamos a punto de salir a dar un paseo.

Leopold repasa con la vista el vestuario de su esposa y hace un gesto que ella interpreta como: está bien. Apresura a todos para salir y pronto Wanda y Alexandre se quedan solos.

—Mmm. Qué rico hueles —le dice ella, acercando su cara a la de él.

El joven aprovecha para restregar sus labios en los de ella. Wanda se hace unos centímetros para atrás y lo mira divertida:

—Atrevido —le dice.

Él empalidece en un segundo. Tartamudea algo ininteligible. Ella se ríe, traviesa y le introduce los dedos en el cabello.

Él abre los ojos muy grandes. Cuando se da cuenta de que no hay problema por lo que hizo, se envalentona y, abrazándola, la besa con pasión, tal vez con demasiada energía.

A Wanda no le gusta mucho la manera en la que el joven le mete la lengua casi hasta las amígdalas, por lo que sólo le permite que continúe un pequeño rato más y luego finge que está turbada, que no esperaba que eso sucediera.

—Es una mujer sumamente atractiva —explica él—. Espero que se dé cuenta de que me volví loco por usted tan sólo de verla.

Wanda lo vuelve a besar. Esta vez se asegura de ser ella la que mete la lengua.

—Tú también eres muy hermoso —murmura, para no seguir en ese beso en el que no siente nada—. Eres muy fuerte.

Ella se pregunta por qué se estremeció al primer contacto unos días atrás cuando un beso en este momento no consigue provocarla. Tal vez la diferencia es que, cuando lo conoció, Leopold no sabía de él y ahora el joven ya cuenta con su aprobación. Creo que soy una rebelde, se dice Wanda, y prosigue en sus acciones para lograr interesarlo más.

Acaricia sus hombros, brazos, abdomen, sus muslos. Se acerca a la entrepierna y se da cuenta de que el miembro del joven se puso duro. A propósito, no lo toca. Le roza el muslo interno con la yema de los dedos. Lo provoca.

Él le estruja un seno. Le aprisiona la cintura entre sus manos grandes, que se la abarcan casi por completo. Con la palma abierta, la recorre con fuerza, de la pelvis al cuello, y sosteniéndole la cara, vuelve a besarla. Esta vez, el beso es más apasionado, con fuerza, y aunque la lengua todavía se mete entre los espacios de su boca, a Wanda empieza a gustarle el ímpetu. Cierra los ojos y deja de pensar. Se entrega a las sensaciones que el muchacho la hace sentir.

En unos segundos, él le arremanga el vestido y la despoja de los calzones. Uno de los listones con los que se sujeta el fondo se rompe en el movimiento, pero él ni lo nota.

Entre caricias, se dejan caer en el sillón grande de la sala. Ella, boca arriba. Él se deshace de los pantalones como puede e intenta penetrarla. No le es fácil atinarle al lugar exacto donde debe entrar el pene. Su miembro recorre de ida y vuelta los labios vaginales, empujando varias veces hasta que, por fin, consigue encajar su miembro viril.

Wanda inhala aire en un movimiento instintivo. Luego gime de placer. Intenta mover la cadera, pero la fuerza con la que Alexandre la embiste no se lo permite. Entra y sale. Entra y sale y, después de escasos minutos, eyacula dentro de ella.

—Perdón —se disculpa él en el momento en el que ella también alcanza su orgasmo.

Él saca su miembro. Ante el asombro de Wanda, no está del todo flácido. Tal vez no está tan parado como se requiere para la penetración, pero a ella todavía le parece duro. Mientras lo piensa, ella se mete dos dedos a la vagina para no detener el placer, aunque no le es posible prolongarlo por mucho.

Él se talla el pene un par de veces y enseguida se le vuelve a poner firme. La penetra de nuevo. Toma a la mujer desprevenida. El placer que siente es inmenso, envolvente. Le llena sus espacios

íntimos, no le permite pensar. En un instante, le regresa la sensación de éxtasis y la hace temblar intensamente. Él sigue repitiendo el movimiento y pronto la alcanza en el orgasmo. Ambos se estremecen de placer hasta que poco a poco van deteniéndose y, casi sin aliento, al fin quedan inmóviles. Alexandre se desliza para acostarse al lado de Wanda y abrazarla. Se quedan ahí un rato, quietos, en silencio.

Wanda tiene los ojos húmedos. Ha disfrutado mucho, pero ha ido en contra de lo que le han enseñado: una mujer jamás puede serle infiel a su marido. No es lo mismo decirle alguna mentirita o quedarse con el cambio de algo que había que pagar. Esto es algo que ella no creía hacer jamás. No lo hice por mí, se asegura en silencio. Soy la esclava de Leopold. ¿Cómo pude disfrutarlo? ¿De verdad que soy perversa?

—No llore, por favor —se disculpa Alexandre preocupado por lo que acaban de llevar a cabo —. Yo estoy dispuesto a hacer lo que usted quiera. Cuente conmigo.

Besa a Wanda en una mejilla, se para del sillón y se viste de prisa.

En ese instante, ella comienza a odiar a Leopold. No puede creer que la haya obligado a hacer esto. Se levanta y se acomoda la ropa mientras decide que necesita escapar por el momento, ya verá qué hacer en otra ocasión.

—Creo que no voy a poder ver a mi esposo a la cara después de esto —le dice a Alexandre. ¿Estás dispuesto a responderme como hombre?

El muchacho, inseguro de sí mismo, traga saliva.

—Dígame qué necesita.

—Necesito distanciarme de Leopold por unos días. No sé ni quién soy ni qué quiero y tú encarnas la única posibilidad de hacerlo. ¿Cuento contigo para que me ayudes?

—¿No me perseguirá el doctor Sacher Masoch con la escopeta?

—Te aseguro que no. ¿Podrás tomar el carruaje de tus padres prestado y nos vamos dos o tres días a Viena? Sé que manejas muy bien los caballos y sería la oportunidad para disfrutar tu compañía por más tiempo. Después de eso, regreso a casa y no pasó nada. ¿Te parece? Pero tiene que ser en secreto. Mañana por la mañana, para que nos dé tiempo de arreglar las cosas, tomar un poco de dinero.

Sin pensarlo, Alexandre asegura:

—Mañana estaré aquí por usted a las 9 de la mañana.

—A las 8 mejor, querido, para asegurarnos de que Leopold todavía esté dormido.

Alexandre se va emocionado. Promete regresar al día siguiente.

Wanda se mueve de prisa. Prepara una maleta para tenerla lista y la esconde. Se pone el camisón y se mete a la cama. Cuando regresan los demás, se hace la dormida. Su marido llega a hablar con ella.

—¿Te besó? —le pregunta sin preámbulos.

Ella se voltea para el otro lado. No responde. Él la zarandea por los hombros.

—Pláticame, por favor.

Wanda insiste en no abrir los ojos.

—Puede ser el griego —balbucea—. Mañana en la noche lo sabremos. Déjame seguir durmiendo.

—Nada más dime si te besó.

—Sí. Nada más eso.

Leopold la besa en los labios inmóviles. Ella se tapa la cara con la cobija. Él se va a su habitación, feliz. Desde su posición en la cama, Wanda escucha a Bertha que está acostando a los niños. Le hubiera gustado despedirse de ellos, pero sabe que si se levanta, su marido no la va a dejar en paz con las mil preguntas que acostumbra.

Al día siguiente, Alexandre cumple su promesa y Wanda y él inician su viaje a Viena.

Capítulo 17

Ir a Viena es un error. Por supuesto que es un lugar maravilloso, pero Wanda no puede disfrutarlo. La ciudad le trae demasiados recuerdos: ella enamorada de un Leopold que la consentía y le enseñaba la arquitectura, que era su maestro, su guía; el alumbramiento de su primer hijo y su muerte tan prematura, tan sin sentido; el lujo y la vida que creyó merecer por ser la esposa de un escritor famoso. Del brazo de Alexandre, ella tiene que ser la que guía, la que le explica qué hay que hacer, cómo y en dónde. Ser la que manda tiene la ventaja de que puede elegir los lugares, las personas, los ambientes que desea, pero decidir cada una de las pequeñeces del día a día tal vez no es lo que ella quiera y necesite.

El joven quiere tener relaciones sexuales mañana, tarde y noche. En un respiro, Wanda aprovecha para escribirle una carta a Nicolas Teitelbaum. Él, que había solicitado una mujer para disfrutarla y que se había mostrado tan caballeroso con ella, podía ser una gran apoyo en un momento como este. Prometió que sería su amigo para siempre. Tal vez él pueda ayudarla a empezar una vida con sus hijos, lejos de Leopold. Aunque sólo sea con dinero, eso ya significaría algo para poder pensar en una emancipación. Le envía una petición urgente. Manda cartas también a otras personas que le pueden servir.

Algunos no se dignan siquiera responderle. Otros le dicen que no pueden responder a su requerimiento en estas circunstancias, que tal vez más tarde. La misiva para Nicolas es la peor de todas. Tres días después de haberla mandado, se la regresan. En la dirección que él le había dado, no se encuentra el señor Teitelbaum.

Descorazonada, se da cuenta de que su situación ahí es insostenible. Tiene que regresar, aunque sabe que Leopold va a aprovechar la culpa de Alexandre para sacarle provecho en su propio beneficio. Desde hace tiempo que sospecha que lo que él quiere es que ella consiga los medios para subsistir a través de su posible amante. Si no es el griego, al menos Leopold va a querer que sea el que los mantenga durante un tiempo. Casi se siente apenada con él cuando se despide para entrar de regreso a su casa.

Lina le abre la puerta.

—Preciosa, ¿dónde está tu padre?

—Salió a buscar a un doctor —le dice la niña conteniendo las lágrimas—. Pensé que nos habías abandonado, mamá.

Wanda niega con la cabeza, mientras le sonríe a su hija y le estruja el cabello con prisa por saber la noticia completa.

—¿Quién está enfermo?

—Sacha. Tiene la piel llena de puntitos rojos.

Wanda corre a ver a su hijo. Sí. Su piel es de un color rojo intenso en la cara, en el pecho y en los pliegues, se queja de que le duele la garganta y tiene fiebre. Antes de que lo vea el doctor, ella ya se imagina que Sacha tiene escarlatina.

—Te vas a poner bien, mi niño adorado. No te espantes —y dirigiéndose a sus otros dos hijos

y a la muchacha que estaba asustada con ellos, dictamina:— Esto es contagioso. Primero: Sacha se va a ir a dormir conmigo. Hay que mover su cama a mi habitación. Ustedes no tienen por qué exponerse. Segundo: hay que lavar muy bien la ropa y todo lo que Sacha toque. Hervirlo de ser posible. Tercero:...

En ese momento entra Leopold con el doctor.

—Wanda —le dice su marido. Qué bueno que estás aquí. Nuestro Sacha está sufriendo. Mira nada más lo que la ausencia de su madre le ha provocado.

El médico saluda y se pone a auscultar al paciente.

—Escarlatina —diagnostica después de un análisis.

—¿Puede ser mortal? —pregunta Leopold, angustiado.

El doctor afirma.

—Y contagiosa.

Leopold saca su pañuelo y se cubre con él nariz y boca.

—Baños en agua casi fría para controlar la fiebre. Que beba mucha agua para evitar que se nos deshidrate.

—Gárgaras de agua con sal —sugiere Wanda.

—Exactamente. Que no se las trague, que las escupa. Eso aliviará el dolor de garganta. Si tienen algún caramelo, también se lo pueden dar a chupar.

—Sopa de carne —interviene Wanda de nuevo—. Eso veía yo que les daban a los niños de las casas vecinas.

—Sí. Eso y té... tibio, no muy caliente —afirma el tratante.

—Pero... ¿está grave, doctor?

—No —asegura Wanda.

—Yo no diría grave. Más bien, hay que cuidarlo mucho.

—Wanda, ya sabemos de quién es la culpa si se muere mi amado Sacha.

—No es culpa de nadie —dice el médico—. Se pudo haber contagiado de cualquier parte. Del aire.

—Esto es personal entre mi esposa y yo —dice Leopold en voz baja y luego agrega, para que lo escuchen todos:— ¿Cuánto le debemos?

—Ochenta florines.

—Se los mandamos mañana a su casa —asegura Sacher Masoch—. Mi esposa va a pasear aquí a la vuelta y los va a conseguir. ¿Verdad, querida?

Wanda ya está ocupada quitando las sábanas de la cama. Voltea a ver a los dos hombres ahí parados y afirma, conteniéndose para no llorar.

—Deja que la muchacha haga eso, querida. Tú acompáñame porque tenemos que hablar.

—Permíteme dejar a Sacha instalado primero y luego hablamos todo lo que quieras.

Leopold, haciendo coraje, afirma. Acompaña al doctor a la salida y regresa a ver cómo las dos mujeres mueven la camita y la instalan en la habitación de Wanda.

Esa noche, Leopold la hace platicar una y otra vez las mentiras que le inventa: que Alexandre no estaba convencido de tomarla como amante, que para convertirlo en el griego tuvo que aceptar irse con él cuando el joven consiguiera el carruaje para poder llevársela a otro lado, que había

llegado una mañana sin que ella sospechara que sería tan pronto, que apenas se habían besado y ella le había pedido que la regresara porque no podía ni pensar en otros labios que no fueran los de su marido, que Alexandre se había enojado y no quería verla nunca más, que los ochenta florines que necesitaban para el doctor, tendrían que obtenerlos de otra parte.

Él repetía frases como:

—Enloquecí de celos. No sé qué tenga que ver que tú te hayas ido con el que Sacha se haya enfermado, pero de que trajiste la mala suerte, la trajiste. Qué cruel eres, mi torturadora. Cuéntame otra vez la parte en la que te besó. No entiendo cómo está relacionada la enfermedad de Sacha con esto, pero estoy seguro que algo tiene que ver. ¿Cómo te avisó esa mañana que había llegado para secuestrarte? ¿Qué llevabas puesto cuando te besó?

Ella inventaba sobre la marcha.

—Ya que lo dices así, Leopold, me estoy dando cuenta de que el que tiene la mala suerte pegada es Alexandre. Él camina debajo de las escaleras y yo supongo que por eso es que todo lo que lo toca comparte su desgracia.

—Qué barbaridad. Te hubieras regresado tan pronto te diste cuenta.

—Así lo hice, querido, pero ya no hay que tener ningún contacto con los Gross.

—¿Cómo expusiste así a nuestros hijos? Yo mismo le voy a escribir a Alexandre para pedirle que nunca más te vuelva a ver.

Así pasaron los días. Wanda empeña uno de sus abrigos y con eso le paga al médico. A su esposo le dice que se los prestó la vecina, que hay que irle pagando como vayan pudiendo.

Al poco tiempo, Sacha se alivia y vuelve, feliz, a dormir con sus hermanos. Wanda está decidida a buscarse un amante con el que pueda huir y llevarse a sus hijos con ellos. Leopold quiere conseguirle a su mujer otro hombre y está decidido a espiarlos para sufrir la tortura con mayor intensidad.

Wanda sabe que si pudiera alcanzar la independencia económica, tendría mucho más fácil la huida. Por eso sigue escribiendo todos los días. Cada vez sus cuentos tienen más éxito y la invitan a colaborar en otras revistas. De todas formas, lo que gana todavía no es suficiente para llevar a cabo sus planes.

—¿Ves por qué es bueno que uses el pseudónimo Wanda Sacher Masoch? Te asocian conmigo y la gente quiere leerte.

A veces, ella está a punto de darse por vencida. Duda de su propio talento. ¿Será cierto que solamente la leen por ser la esposa de un escritor famoso? De hecho, su marido es cada día más célebre. Hay días en que ella tiene tal coraje que quiere lastimarlo hasta en la vida diaria. No es fácil. Nada parece afectarlo.

Sabe que él se había propuesto desde muchos años atrás, escribir una serie de novelas que se llamarían: El legado de Caín. En ellas, iba a desarrollar seis temas: el amor, la propiedad, el dinero, el Estado, la guerra y la muerte. La venus de las pieles había sido una de cinco partes de lo relativo al amor. Algo había escrito de la propiedad y los demás proyectos eran sólo un esbozo.

—No terminas lo que empiezas —le dice ella.

—Imagínate si lo hiciera, querida. Así como está, El legado de Caín ya está convertido en un

éxito en Dinamarca y lo van a traducir al serbio, al francés y al inglés. En agosto aparecerá en Brasil.

—Preferiría que fueras un poco menos famoso y un poco más rico. ¿Cómo va *El guardián de la moralidad*?

—Ya sabes que se va a presentar en el teatro Friedrich Wilhelmstadt en Berlín.

—Qué título tan horrible para una opereta. ¿Tú podrías llamarte el guardián de la moralidad cuando tienes gustos tan raros?

—Le tengo mucho cariño a mi opereta, tendrías que leerla para opinar sobre el título.

—Más bien, tú tendrías que cobrar más.

—Aparte de Goethe y de Heine, no existe ningún autor del idioma alemán que sea más apreciado y leído en el mundo que yo y ni así me gana lo suficiente para mantenernos. ¿Estoy mal yo o está mal el mundo en el que vivimos?

—¿Cómo sabes eso del reconocimiento a nivel mundial?

—No lo digo yo, querida. Tendrías que haber leído el artículo que escribieron sobre mí ayer —se levanta y le da el periódico.

—Qué bien. Ojalá que siempre supiéramos que al día siguiente tendremos qué comer. La mayor parte de lo que ganas se te va en deudas viejas que bien a bien, no tengo idea de qué es lo que pagan.

—Eso es privado, querida.

—Las cuestiones de dinero me las dejaste en mis manos. Yo tendría que saber qué es eso.

—Ni pienses en ese tema. Tengo cientos de florines en forma de manuscritos que no puedo vender. Lo bueno, cuesta trabajo de posicionar. Lo que yo quisiera es que uno de estos millonarios dueños de castillos y grandes casas nos invitara durante seis meses. Sin preocupaciones monetarias, estoy seguro de que podría escribir otra gran novela o podría continuar mi *Legado de Caín*.

—¿A quién tienes en mente?

—A Schawarcs Juley. Te ama, es viudo, rico, no tiene hijos. Se chuparía los dedos si te tuviera al alcance.

—¿Ese viejo miope? Se enamora de cada mujer que conoce porque no ve. Por eso se acerca tanto cuando habla con cualquiera, pero ni así distingue al “amor de ese momento”. Es anciano, gordo, jadea y suda con cada paso, está calvo por completo y su cara es tan grande y redonda, que sus pequeños ojos desaparecen.

—Sí, pero heredó una gran fortuna de la condesa con la que estaba casado.

Wanda sabe que de nade le sirve discutir. Dice que sí, aunque a la hora en la que ya la mandan de visita, se enferma de manera misteriosa. Cuando Schawarcs vuelve a invitarla a la siguiente semana, ella tiene un dolor de muelas que no le permite ni hablar. A los pocos días, se le cura como por arte de magia.

Ella no lo puede creer, pero después de eso, Leopold ya no le insiste. Se conforma con su pobreza. Sin embargo, un día le reclama otra cosa que sí es real.

—Wanda, ¿ya no me quieres?

—¿Por qué lo preguntas, querido? Sabes que te adoro.

—Ya no te interesas en mi trabajo. Me acabo de dar cuenta. Antes leías cada cosa que salía de mi tintero, estabas al pendiente. ¿Hace cuanto que no lees ni siquiera lo que publico en algún periódico o revista?

—Exageras, querido. ¿Cómo no te voy a querer si tenemos relaciones sexuales al menos tres veces por semana y uso el látigo todos los viernes? Piénsalo antes de imaginarte cosas que no son ciertas.

Aunque lo niega, Wanda no se puede quitar el pensamiento de la mente. Es cierto, al principio, ella admiraba a Leopold, lo adoraba, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él. Ahora, sigue obedeciendo hasta la última de sus ocurrencias, pero lo hace por no causar estragos en la familia, ya no lo ama, ya no lo desea, ya no lo admira.

Además, ahora que lo conoce mejor, ve su historia con otros ojos. Él ha dejado, por cualquier pretexto, a todas las mujeres con las que ha andado. Hasta dice muy ufano: “Una mujer me puede torturar hasta la muerte y sólo me hará feliz; lo que no puedo permitirme que me aburra. Eso es motivo suficiente para alejarme de ella.” Wanda está segura de que él ya se empieza a aburrir. Tiene que encontrar la manera de huir de él antes de que él la deje a ella.

Capítulo 18

Leopold ha soñado durante años con tener una posición fija en un periódico. Se imagina que así podrá terminar su Legado de Caín. Dado que no encuentra un trabajo como lo quiere, se le ocurre que él debería de poner su propio negocio. Para eso, contacta al doctor Lionel Baumgärtner, dueño de la imprenta y casa editora Gressner y Schramm en Leipzig.

A principios de septiembre de 1881, los Sacher Masoch se vuelven a mudar, esta vez a Leipzig. El primer número de la revista *Auf der Höhe* sale el primero de octubre.

El doctor Baumgärtner se vuelve muy cercano al matrimonio. Dado que es millonario y generoso, al fin Leopold y Wanda se pueden dedicar a escribir, a cuidar a sus hijos y a ser felices. Leopold, contento, es muy distinto a lo que era antes. Sonríe de nuevo, es agradable con todos y Wanda alberga la esperanza de que su matrimonio pueda tener un cambio para bien.

Claro que es difícil que las cosas se acomoden de un día para otro. Pronto, Leopold regresa a ser quien es:

—El dr. Baumgärtner está loca y perdidamente enamorado de ti.

—Nooo —asegura ella—. Es amable y generoso con la gente. Es todo.

—Me dijo que eras muy atractiva.

—Exacto, querido. Te lo dijo a ti. Eso es lo que nos asegura que no está buscando nada conmigo. Si hubiera querido seducirme, me diría lisonjas en mis oídos. No en los tuyos.

—El éxito de la revista y de la vida que llevamos aquí depende de ti, Wanda querida. Tú sabrás lo que haces.

—¡No! Olvidalo. No empecemos de nuevo.

Wanda sabe que esta vez él no puede chantajearla dejando de escribir porque tiene demasiadas responsabilidades sobre su cabeza, quedaría mal con muchos, no nada más con ella. Leopold continúa insistiéndole, aunque ella se niega.

El departamento en el que viven, aunque no es suntuoso, es más grande que sus moradas anteriores. Además, por la revista, ahora tienen muchas visitas de intelectuales que van a verlos. Esto le parece a Wanda lo mejor que ha vivido hasta el momento. Escuchar lo que dicen, entender sus aspiraciones y poder intervenir de vez en cuando, es un sueño hecho realidad. Por eso no lo piensa mucho cuando Leopold le dice que piensa contratar a una traductora: Hulda Meister.

—¿La necesitamos de base? —es lo único que pregunta—. Yo estoy haciendo varias de las traducciones.

—No te vas a dar abasto, vienen muchos escritores franceses y ella es buena, mira la prueba que le pusimos.

—Sí, la vi. La señorita Meister me pareció muy afectada y un poco pretenciosa, pero si tú consideras que la necesitamos, contratémosla, pues. Nada más cuidado con lo que le pagas.

Leopold recibe una carta de un señor Armand Rosenthal en la que le dice que va a llegar a la ciudad de Leipzig a hacer un estudio sobre Durero y que antes de regresar a su Francia natal, quisiera expresarle su admiración a Sacher Masoch y a su esposa. Llega en unos días.

Armand Rosenthal cumple su palabra. Se presenta en el departamento de los Sacher Masoch. Es, joven, robusto, con frases simples y conmovedoras. Hace mención de la maravillosa literatura de sus anfitriones y Leopold queda feliz con su presencia. Además de su físico y de la forma que tiene de hablar, a Wanda le fascinan sus ojos oscuros y amables que la miran con detenimiento y se interesan por ella. Pocas veces ha sentido la atención de un hombre de forma tan agradable. Le parece que está al pendiente de sus necesidades porque quiere ayudarla a como dé lugar.

Cuando se va, Leopold resplandece:

—Qué hombre tan encantador. Qué fácil es convivir con esos franceses. Además, esos no se asustan de nada. Podríamos decirle que buscamos al griego y él estará de acuerdo.

Al día siguiente, cuando Wanda entra a la sala se encuentra con un gran arreglo de rosas que Armand le envió. Ella le manda un telegrama de agradecimiento. Sabe que se va a quedar en Leipzig al menos una semana más.

Mientras tanto, el dr. Baumgärtner se va a Viena durante un lapso prolongado por asuntos de negocios. Hasta ese momento, Wanda y Leopold se dan cuenta de que el editor ha ido espaciando sus visitas cada vez por más tiempo y que ya tenía mucho de no ir. Wanda se entristece por esto porque sospecha que tiene que ver con que Leopold se la ha de haber ofrecido. Por angas o mangas, todos los amigos que ha hecho, desaparecen de su vida por culpa de su marido.

A los ojos de Leopold, si uno se va, otro tiene que tomar su lugar. Por eso, invita de nuevo a Armand Rosenthal y otra y otra vez.

Armand es muy amable, en especial con Wanda. La hace sentir protegida, en paz. Son sentimientos a los que no está acostumbrada. Para evaluar su consciencia, escribe en un papel lo que piensa de él:

“Armand no expresa sus sentimientos con palabras grandilocuentes, sino con su constante atención a mi bienestar. Con los instintos de su corazón, adivina mis deseos antes de que yo misma me dé cuenta de ellos y gracias a él, se satisfacen como por arte de magia. Es como un cuento de hadas maravilloso. ¡Estoy enamorada! Es una lástima porque sé que, casada con Leopold, podré disfrutar de su amor por un tiempo, pero se me va a acabar pronto.” Luego, rompe el papel en mil pedazos.

Cada vez que Armand llega de visita, Leopold toma a los niños y a la sirvienta y se salen de la casa. La primera vez que se quedan solos, se dedican a platicar. De todo. Hablan sobre su infancia, su juventud, la pobreza de ella, la de él que no era tanta, pero sí le hacían falta los lujos, de los deseos de otras épocas, con lo que se habían conformado. Al final, se despiden con un beso muy cerca de la boca. Al terminar, no se alejan. La cercanía los hace besarse de nuevo, esta vez, de forma más prolongada, aunque ya es tarde y saben que los demás regresarán pronto. Por eso se despiden.

La segunda vez es muy breve porque él tiene una investigación que hacer. Apenas les da tiempo de beber un té, que él ayuda a preparar, de platicar un poco y de terminar la velada en una cercanía que durante un momento parece que puede durar para siempre.

Él pasa su dedo índice por la espalda de ella, sin tocarla del todo, apenas rozándola. En un segundo, ella siente su entrepierna húmeda. Se estremece. Él aprovecha para tomarla de la cintura y acercársela en un beso apasionado que los deja turbados a ambos. Se tienen que despedir. Él promete regresar.

Al tercer día, Wanda no resiste más y le explica los planes de su marido. Le cuenta de La venus de las pieles, de la protagonista de la que toma el nombre, de su crueldad, las manías de su esposo y la búsqueda del griego.

—Leopold quisiera que tú fueras mi amante y que estuvieras dispuesto a castigarlo junto conmigo —sin darse cuenta, empieza a tutearlo.

—No entiendo. ¿Cómo o por qué un hombre que te tenga —también comienza a tutearla— podría prestarte como si fueras un objeto?

—Disfruta del dolor. El sufrimiento que le causará el verme con otro es una tortura que desea más que ninguna otra cosa en la vida.

Él se queda turbado unos instantes, sin saber qué decir y al fin, se levanta, le toma la mano y le pide:

—Angelika, no debes quedarte ni un segundo más con él. Ven conmigo. Te ofrezco una vida digna a mi lado.

—Tengo tres hijos, Armand.

—Sólo dos son tuyos, aunque comprendo que quieras a Lina como si lo fuera —la mira, lo piensa y añade:— Está bien. Podemos llevarnos a los niños con nosotros.

—¿De verdad?

Ella se levanta y lo abraza.

—La situación con los niños no es fácil.

—Deja a tu marido, Angelika, es la única forma en la que puedes ser feliz. Sólo hay una cosa que tengo en mente: tu felicidad. Amaré a esos niños hasta más que él, seré un mejor padre para ellos.

—De eso no tengo duda.

—Tendrás que solicitar el divorcio para que nos podamos casar.

—Si no podemos, no me importa. Lo que me gustaría es ser feliz junto a ti.

—Sé mía, Angelika.

—Tendremos que tener calma y planearlo bien.

Él la toma de la mano y la lleva al interior de la casa. Ella le señala dónde es su habitación.

—La comparto con Leopold —le explica.

—¿Por qué duermes con él si tienen varias recámaras más?

—No me preguntas. Él insistió.

Él la carga y la introduce en el cuarto.

Wanda se ríe, lo abraza, lo besa, le estruja el cabello. Armand la deposita en la cama. Entonces, cierra el puño y toma vuelo con el brazo como para golpearla en la cara. Un poco antes de hacerlo, se detiene muerto de risa.

Ella había abierto mucho los ojos por instinto. No pudo hacer más. Al reírse él, se contagia y de pronto, todo le parece motivo de juego.

—No te atrevas, sinvergüenza —le dice— mientras le da golpecitos como si estuviera boxeando con él—. No sabes el poder que tienen estas manitas que ves.

Él se acuesta en la cama a su lado y tamborilea sus dedos como si fueran las patas de un caballo a galope. Así la recorre empezando por el filo de una bota, subiendo por su pierna, el muslo y al llegar a la entrepierna, la oprime con la palma extendida. Cierra los ojos y siente cómo ella se estremece. Entonces con suavidad mueve los dedos en círculos, a la altura del clítoris, aunque por encima de la ropa.

Ella lo va desvistiendo entre gemidos, como puede desde su posición en el lecho. Él también le quita las botas, el vestido, el fondo, la ropa interior. Cada vez que cede una prenda, la acaricia y la recorre con la lengua.

—Qué bella eres, Angelika. Me encanta tu piel firme.

—Tus músculos, querido Armand, son lo mejor que puede haber. Me haces sentir mujer.

Entre besos y caricias, los dos jóvenes se hacen el amor. Con ese cariño, cuidado y ternura, se quedan dormidos. Por suerte, el carruaje en el que llegan Leopold y los niños hace mucho ruido. Los amantes se despiertan justo a tiempo de sentarse en la sala como si hubieran estado bebiendo té.

—¿Te besó? —pregunta Leopold, ansioso, en la noche cuando al fin se queda a solas con su mujer.

—Todavía no, pero yo creo que ya falta poco —le responde ella, esperando tener un plan bien establecido antes de que su marido empiece a asegurar que Armand es el griego.

—No quieras hacerme idiota, Wanda. Soy un experto en placeres y esa cara que traes, no es de alguien que está en espera de recibir un gozo sino de alguien que ya regodeó y se revolcó en su regocijo.

—Imaginas cosas, querido. Si sucede algo, ya te platicaré.

Capítulo 19

Cuando el dr. Baumgärtner regresa de Viena, a través de una carta renuncia a ser editor de la revista *Auf der Höhe*. Para la siguiente publicación, Leopold tendrá que buscar dónde imprimir.

—Mira, Wanda —agita la misiva de las malas noticias—. ¿Cómo lo dejaste ir si estaba tan enamorado de ti?

—Piensa qué podemos hacer, querido. No busquemos quién tiene la culpa sino cómo vamos a solucionar el lío en el que estamos.

Cuando Armand llega por la tarde, lo primero que hace Leopold es enseñarle la carta.

El joven lo piensa por un momento y mira a Wanda buscando qué hacer. Ella parece pedírselo con la mirada.

—Tranquilícese, dr. Masoch. Hay muchos otros editores que pueden estar interesados en su periódico. Aquí mismo conocí a uno con el que usted ha publicado varios textos.

—¿Ernest Morgenstern? —pregunta Wanda.

—Sí. Él —asiente Armand—. Voy a verlo en este mismo momento y estoy seguro de poder convencerlo de que entre él y yo podemos encargarnos de la publicación. Me despido.

Sin más, besa la mano de Wanda, agacha la cabeza como diciendo hasta luego, toma su abrigo y sale del departamento.

Tan pronto se cierra la puerta, Leopold camina de un lado al otro, pensando en voz fuerte y seguro de que Wanda estará ahí parada para contestarle en cualquier momento;

—¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡Claro! Ernest Morgenstern y Armand Rosenthal estarán deseosos de los éxitos financieros que tendrá una revista en la que yo escriba. Cualquiera querrá poner su dinero ahí porque va a tener un rendimiento brutal. Lo que sí tengo que asegurarme es de poner mi situación por escrito. Por andar confiando en el dr. Baumgärtner no firmé un contrato en realidad y ahora puede renunciar y dejarme colgado de la brocha, pero eso no me vuelve a pasar. Armand Rosenthal sí está enamorado de ti, ¿verdad, querida?

Ella se toma su tiempo en responder:

—No diría enamorado. Tal vez sí le guste un poco, aunque no podemos depender de mi poder de seducción para ganarnos la vida, querido.

La discusión sobre los mismos temas se extiende durante horas. Todavía siguen en la sala cuando Armand toca el timbre de nuevo.

—¡Todo arreglado! Morgenstern está de acuerdo.

Leopold saca una botella de vino francés que tiene guardada para una ocasión especial. Desempolva tres copas y sirve.

—Por una relación productiva —brinda.

—Salud —chocan sus copas.

Unos cuantos días después, firman las actas. Wanda está presente sólo como testigo. Leopold está feliz porque el contrato lo protege por cualquier cosa que pudiera pasar y lo pone a la cabeza

de todo.

Wanda se lleva a su marido a un lado y le susurra:

—Te explicaron el contrato, pero no lo has leído realmente y ¿ya te fijaste que extendiste una carta poder?

—Los negocios déjamelos a mí, querida. Este contrato es por entero ventajoso para mí. Más bien, atiende a nuestros socios.

Leopold regresa a seguir brindando. Wanda lo sigue. Armand dice que tiene que viajar a Hamburgo y a Berlín para arreglar ciertos asuntos de la publicación.

—Llévese a mi mujer —le dice Leopold—. ¿Va también Morgenstern?

—Sí —asegura el joven.

El tiempo pasa de prisa y a medida que se acerca el 14 de marzo de 1882, el día programado para el viaje, Wanda se pone nerviosa porque no quiere dejar solos a sus hijos. Tiene una sirvienta nueva que todavía no se ha ganado su confianza y por eso se los encarga a la traductora, la señorita Meister:

—Hulda, por favor cuídelos. Leopold a veces es muy distraído y se le olvida que tenemos tres hijos.

—No se preocupe, señora Masoch. Me voy a instalar a su casa y desde ahí haré las traducciones. Sus hijos van a estar bien acompañados, se lo prometo.

—Le agradezco muchísimo. Sacha es muy delicado de salud. No le puede dar el aire muy frío porque se enferma con facilidad. Por favor fijese que estén bien alimentados y arropados.

—Váyase tranquila, señora. Yo me encargo de su familia.

En el tren, Armand y Morgenstern van de buen humor, platicando con Wanda. Cuando surge el tema de Hulda Meister, los dos tienen fuertes opiniones:

—Hay que tener cuidado con ella. Es venenosa —dice Morgenstern.

—Yo la he visto muy cerca de su marido, mi señora hermosa, y muy poco dispuesta a trabajar en la publicación. Deberíamos de correrla aunque el dr. Sacher Masoch diga que es su mano derecha.

Las miradas subrepticias que intercambian los dos hombres le aseguran sin palabras a Wanda que esa mujer ya es la amante de su marido. ¿Cómo no lo vio? ¿Por qué se le ocurrió encargarle a los niños precisamente a esa mujer?

—Me da pena decírselo, pero —Morgenstern baja la voz— vi que recibió un abrigo de pieles por parte de la revista. Estaba ordenado desde antes de que entráramos nosotros a la administración. Todavía nos tocó pagar una buena parte de él. Me imagino que ésa ha de haber sido una de las razones por las que el dr. Baumgärtner renunció.

—Sólo a su marido se le ocurre regalar una piel en marzo —se ríe Armand, tomando a Wanda de la mano—, aunque ya será ella la que la sude mientras usted trabaja en cuestiones más agradables.

Los tres van charlando casi todo el camino. Cuando al fin se quedan en silencio, a Wanda le entra el coraje de imaginarse a su marido con esa tipa tan insignificante y ridícula. Se siente un

poco asqueada, pero mira a Armand tan guapo, tan joven, tan fuerte y piensa que tal vez ya está a punto de librarse del matrimonio que la ha oprimido por demasiado tiempo.

En Hamburgo, piden dos habitaciones. Una la compartirán los dos hombres y el administrador le quiere asignar la de junto a Angelika —así firma, con su nombre de soltera.

—Preferiría una un poco más lejana a las de mis compañeros —solicita ella—. Me da vergüenza que escuchen tan de cerca hasta el menos ruidito que pueda yo hacer —se ríe.

El encargado le entrega la llave de un cuarto en un piso diferente y al otro lado del hotel. Los ojos de Armand brillan, mientras que Morgenstern ni cuenta se da.

En la noche, aprovechando que su compañero se queda dormido muy temprano y que cae como oso, Armand Rosenthal se presenta en la recámara de Angelika. Lleva en las manos una botella de vino espumoso frío y dos copas.

Apenas y tiene que tocar la puerta de ella porque ya está lista para abrirle. No se habían dicho ni una palabra, pero ambos saben que en este viaje, se pertenecen uno al otro. Desde que el tapón de corcho del vino sale con fuerza y la espuma llena las copas, no paran de reír. Brindan por su futuro juntos sin saber muy bien qué significa eso, beben sin importarles que les escurra un poco por la comisura de los labios, cada quien se va quitando lo que le estorba para estar cómodo y se tienden sobre la cama. Ninguno tiene prisa.

—Qué deliciosa te ves con esas medias sostenidas sólo por el ligero. Yo podría comerte entera —le susurra él al oído mientras le da pequeñas mordidas en el cuello.

—A veces me da vergüenza que me mires. Eres 10 años menor que yo.

—¿Ya tienes 37? No lo digas jamás, Angelika. Pareces de 20.

Él derrama un poco del contenido de su copa en el pecho de ella y succiona a su gusto. Angelika se estremece. Él repite la acción en distintas partes de su cuerpo. A ninguno le importa que vaya dejando marcas levemente rojas en cada espacio en el que juega. Cuando lo hace sobre la pelvis, ella le pide.

—Penétrame, por favor.

—De ninguna manera, Angelika. Esto es poco a poco. Aguanta porque apenas estamos calentando.

Ella expira dejando escapar un sonido similar a una risa. Está muy caliente. El olor a sexo que él desprende le fascina. El ruido de su respiración le agita el corazón. Necesita sentir el pene dentro de ella. Lo quiere montar para lograr su deseo, pero él no se lo permite. En vez de eso, él se sube en ella, un rato en la posición del misionero, aunque sin poseerla.

Restriega su miembro entre los muslos de ella. Luego se hinca y se lo pasa entre los senos, por la cintura, se lo pone en la boca y ella, por instinto lo chupa. Él se estremece. Mete la punta en esa boca que lo absorbe, lo engulle, lo recorre. Él mueve su cadera para adentro y para afuera y cuando ella está concentrada chupándose, se sale para penetrarla por la vagina. Se extiende encima de Angelika.

Con una mano se sostiene en la cama, para enderezar su torso mientras que con la otra guía su miembro para penetrarla. Al principio, juega un momento en la entrada y de pronto, empuja hasta el fondo. Ella gime de placer. Levanta su cadera para permitir que el pene llegue más adentro. Aprieta los labios vaginales.

Los jadeos de él, su olor, el peso de su cuerpo en el suyo la hacen llorar en un éxtasis intenso mientras alcanza el orgasmo. Aprieta más. Eleva más su cadera para sentirlo más profundamente y más. Entonces siente el semen que la llena y de inmediato le da miedo. ¿Si quedo embarazada qué va a ser de mí?

El placer es demasiado como para terminar de golpe lo que están haciendo. Necesita sentir esto otro rato. Sigue estremecida y él también. No sabe cuánto tiempo pasa. Tan pronto puede, se levanta y corre al baño a lavarse lo mejor que puede los órganos sexuales. Se quita las medias y el ligero. Por suerte hay un bidet.

Ya limpia, se acuesta de nuevo al lado de Armand. Él la abraza.

—Qué bruto es tu marido —le dice él—. Tener una mujer como tú y ofrecerla por ahí es algo que jamás comprenderé. Qué suertudo soy de tenerte a mi lado.

—Creo que te amo, Armand.

—Es pronto para hablar de amor, Angelika, pero sí podemos planear la forma de vivir juntos y te propongo que encontremos la manera de aprovecharnos de los gustos del famoso Sacher Masoch. Le podemos sacar mucho dinero.

—Uy, no tiene. Todo se le va en deudas viejas. Tengo la sospecha que eso es una partida que le da a su hermano, aunque nunca me lo ha querido decir por mucho que le he preguntado —lo piensa un rato y agrega:—. Odio a Leopold, es cierto, pero no quisiera hacerle daño. Después de todo, es el padre de mis hijos.

—Debe haber una manera. Ya se nos ocurrirá. Por lo pronto, tenemos por delante un viaje que ya estamos haciendo con crédito que le dieron a la revista. Morgenstern y yo pusimos el dinero de entrada, pero esperemos que empiecen los éxitos pronto.

—Las ganancias.

Él afirma.

—Primero hay que recuperar nuestra inversión. Luego, si tú quieres, podemos pedir préstamos mayores. Masoch es el que firma con el banco. Tal vez en algún momento estaremos bebiendo a la salud de tu marido. ¿Quieres otra copa?

—Encontremos la forma de ser exitosos sin hacerle daño, aunque usemos su nombre. ¿Sí?

—Ya veremos qué podemos hacer.

Angelika toma su copa del buró y la extiende para que su amante le sirva.

—Por nosotros. Que logremos vivir con todo y mis hijos.

—Que así sea.

Capítulo 20

Todo termina tarde o temprano, incluso lo bueno. Wanda entra a su casa descorazonada de regresar a la misma situación que tenía antes de emprender el viaje, pero ansiosa de ver a sus hijos.

Los muebles, los adornos, las fotografías están en la misma posición, aunque algo ha cambiado en el ambiente. Leopold no la mueve a preguntas.

—Bienvenida, querida. Ve a ver a Sacha que se cayó.

—¿Cómo? —pregunta ella angustiada.

—En la calle. No te preocupes porque ya está bien.

Wanda entra como loca a ver a su hijo. Tiene la cabeza vendada, aunque parece que no es nada de gravedad. Ella le hace preguntas. Para su tranquilidad, el niño contesta bien. Sin embargo, lo que le cuentan entre la muchacha de servicio y las tres criaturas, le da horror. Hulda Meister se mudó a vivir ahí. Duerme en su recámara con Leopold. Usa su ropa y manda a los niños todo el día a la calle para que no molesten su nido de amor.

Wanda siente que se le erizan los vellos de la piel. Le pide a la sirvienta que se quede con sus hijos en la recámara de ellos. La cierra con llave y se la lleva. No quiero que escuchen lo que va a ocurrir, piensa.

Una hora después, cuando Hulda Meister entra con la sonrisa bobalicona y sus zapatitos de tacón, Wanda la está esperando furiosa. Leopold, pálido como papel tiene los ojos a punto de salir de sus órbitas, pero permanece en silencio.

Wanda cierra la puerta de salida con llave para evitar que Hulda huya corriendo. Toma el látigo y le pega tan fuerte como puede. Una y otra vez.

—Defiéndame, doctor Masoch. ¡Defiéndame!

Leopold se queda congelado, testigo mudo del castigo. Cuando Wanda se cansa, toma a Hulda de los cabellos y la saca a rastras de su casa.

—¡Arribista puta! —le grita mientras lo hace—. ¡Traicionera! Te metiste en esta casa con tu cara de gente decente. No quiero saber de ti ni volverte a ver. Para mí estás muerta, hija de puta. —Entra furiosa a la habitación que compartía con su marido y en el camino avienta un florero al piso. Leopold no se mueve. Cada vez está más pálido. Ella lo increpa:— Tú y yo terminamos —lo dice, mientras saca de la recámara toda la ropa de hombre, las pieles de ella y los látigos—. Ya le pediré a la sirvienta que te pase tus demás cosas a otra habitación.

—¿Wanda? —se atreve al fin a balbucir él.

—Ahora soy libre. Llevo 10 años soportando la tortura de ser tu mujer. ¿Sabes a quién le pertenezco ahora?

—¿A Armand Rosenthal?

—¡A mí misma! No soy de nadie más que de mi persona. Qué terquedad de los hombres de pensar que una mujer siempre necesita un dueño. No voy a tener que volver a usar una piel en

verano, ni a usar un látigo ni a escuchar ni media palabra sobre encontrar al griego. ¡Soy libre!

—Querida, eso es parte de ti, no creas que todo lo haces por mí. Mira, es abril y tienes una piel encima.

Wanda trae un abrigo ligero. Se lo quita en el mismo momento.

—Te equivocas. Esto fue una distracción.

—Acabas de utilizar el látigo, querida. No sabes el horror tan delicioso que me provocaste.

—Bueno, pero no fue contra ti, Leopold. No es lo mismo.

—Vienes regresando de un viaje al que te fuiste con el griego. Ahora sí eres Wanda por completo.

—Armand no es cruel como el griego. Me he quitado la carga de ser Wanda. La he llevado sobre los hombros durante 10 años. A partir de este momento, de nuevo soy Angelika Aürora Rümelin.

Al día siguiente, Hulda escribe su carta de renuncia. Solicita las cuotas que todavía se le deben y amenaza con denunciarlos. A Wanda no le importa. Ella está feliz porque ya se siente libre.

Poco después, descubre que la sirvienta está poniendo en un baúl las pieles. Tiene órdenes del dr. Sacher Masoch de entregárselas a Jenny Marr.

—Debe haber un error —dice Wanda. ¿No será que hay que entregárselas a Hulda Meister?

—No —confiesa ella apenada—. La gente en el pueblo dice que el doctor anda al mismo tiempo con Jenny Marr y con la señorita Meister.

—¿Y tú crees que sea cierto?

—Ay, señora, yo no quiero hablar... —guarda silencio por un momento y, tras mirar a Wanda a los ojos, decide contarle lo que sabe—. El señor llevó ayer a Sacha de visita a casa de la señorita Jenny.

—Haz el favor de regresar ese baúl a mi habitación. Si Leopold quiere que sus amantes usen abrigos de pieles, que pague por ellos.

Wanda está desesperada. Llevar al niño con su fulanas es la peor forma de humillarla. Sabe que su marido ya se hubiera deshecho de ella de no ser porque necesita el dinero de Armand.

Leopold insiste en festejar a lo grande el jubileo por el aniversario número 25 de su trayectoria como escritor. Armand le niega el capricho.

—Hay un límite a lo que podemos gastar, dr. Sacher Masoch. El dinero no crece en los árboles.

—Si usted no es capaz de mantenernos como merecemos, tendré que irme a otro país y llevarme a mi esposa y a mis hijos —responde Leopold en forma de desafío velado. Sabe que Armand está enamorado de Wanda.

—Haga lo que tenga que hacer. A mí no me amenace.

Leopold decide darse su gusto. Organiza un gran festejo y se asegura de que varias organizaciones lo celebren con él. De muchas partes de Europa llegan regalos y un fin de semana disponen la cena. Decenas de personas se presentan para felicitarlo. Wanda se hace cargo de todo y, al final, cae rendida en su habitación cuando todavía quedaban invitados en la sala.

El 29 de enero de 1883, la mañana del cumpleaños de Leopold, él se presenta en la habitación de su esposa:

—Wanda, sólo vine a avisarte. Le pedí a la muchacha que saque de esta casa mis cosas y las de Sacha. No es moral que vivamos en el mismo techo en donde recibes a tu amante.

—Nuestro hijo está en la escuela.

—Sí. Ya están prevenidos. Tú puedes recoger a los otros dos. Yo voy a pasar por mi consentido y me lo llevaré a vivir lejos de ti.

—Tiene 7 años. ¡Le hace falta su mamá!

—Eso lo debiste de haber pensado antes de buscarte otro amor .

—Tú no me puedes decir eso después de que tanto me insististe en que tenía que encontrar al griego.

—Sí, pero fue por tu gusto y sin consultarme. No es lo mismo. De cualquier forma, ya no tenemos más que hablar. Me llevo a Sacha porque su lugar está junto a mí. No hay nada que discutir. Ah, por cierto, la renta de este departamento está pagada hasta el 31 de enero. Tienes 2 días para encontrar otro lugar dónde vivir porque esta casa es muy cara y tu dichoso Armand ya no la va a pagar. Allá tú si lo convences de que te la siga subvencionar. Ya se me olvidaba decírtelo.

Tan pronto se queda sola, consulta con Armand:

—¿Quieres seguir pagando la renta de esta casa, querido?

—Claro que sí, princesa, pero yo preferiría no vivir en el mismo lugar que compartiste con Masoch... busquemos otra cosa.

Esa noche, ella está tristísima. No quiere saber de nada ni de nadie. Armand se encarga de ver que la muchacha duerma a los niños temprano y, cuando entra a la habitación que compartía en matrimonio Sacher Masoch, encuentra a la mujer conteniendo las lágrimas, tumbada en la cama. Él se tiende junto y la abraza. Ella lo sujeta con fuerza y hasta entonces se permite llorar. Él sigue abrazándola mientras le acaricia el cabello.

—Desfógate todo lo que gustes, mi princesa amada. No vamos a permitirle que se lleve a Sacha. Ahora nos tienes a todos. Los niños y yo no te vamos a defraudar.

El sigue afligida un rato, pero después de un tiempo, empiezan de platicar sobre lo que les gustaría escribir. Sin darse cuenta, pronto ella participa activamente en la conversación.

—Voy a escribir un cuento erótico en donde tú seas la protagonista —le dice Armand mientras con el índice, le recorre el cuerpo—. Tu cuello será el principio y poco a poco les permitiremos a tus senos participar, aunque todavía no de lleno —va acariciándole las partes que nombra—. El enamorado bajará por tu cintura y verá la tierra prometida, pero tendrá que vencer obstáculos para internarse en ella —el dedo se queda dando vueltas en el vientre—. Tal vez se desvíe por falta de enfoque —con las yemas le palpa el interior de los muslos con suavidad, uno primero y el otro después.

—Sí —balbucea Angelika, suspira de placer y entierra los dedos en la espalda de su amante.

—No tan fuerte —le pide Armand.

—Disculpa —se excusa ella, al tiempo que le empieza a acariciar la espalda.

Ella no logra volver a concentrarse en lo que estaba. ¿Me habré convertido en Wanda en realidad? ¿Habré sido tierna alguna vez?

La relación sexual continúa. Armand tiene un orgasmo. Angelika finge tener uno también. Al final, terminan abrazados en la cama. Él se queda dormido pronto. Ella no consigue hacerlo con

tanta rapidez. Mil pensamientos se le agolpan en la mente. Se da cuenta de que su única opción para sobrevivir en un mundo de hombres es Armand. Qué bueno que es amable y la quiere. No puede ni debe pedir más.

Al día siguiente, Angelika habla con el propietario del departamento. Está dispuesto a cobrar por día en lo que consiguen vaciar el lugar. Una semana después, Angelika, Lina y Mitchi se mudan a una casa que Armand consigue para ellos. Tiene un hermoso jardín a un lado.

—¿Por qué mi papá le dice griego a Armand? ¿Vamos a vivir con él? ¿Estás triste porque Sacha no vino con nosotros? —pregunta Lina y su mamá, que de repente ya ni se llama Wanda, no sabe qué responder.

—Entenderás todo cuando seas grande, querida. Confía en mí y tenme paciencia.

—Yo confío en ti —dice Mitchi, mientras abraza a su mamá—. Y me gusta que Armand te diga princesa.

—Te adoro, mi negrito hermoso —Angelika lo abraza muy fuerte.

—¿Por qué lloras?

—No lloro, nena. Sólo me entró una basura al ojo.

Unas semanas después, reciben una carta de Leopold. Sacha está enfermo. Le pregunta a su esposa si quisiera que se lo regresara a ella.

¡Por supuesto! —contesta con el mismo mensajero y unas horas después, el niño llega directo a abrazar a su mamá. Desde que ella lo toca, lo siente ardiendo. Pone una tina con agua fría y lo mete hasta que la temperatura cede. Dos días después, Sacha ya está jugando como si nada hubiera pasado.

—No hay nada que cure mejor que el abrazo de una madre que te adora, ¿verdad, mi Sacha querido?

—Ay, mami, no me estrujes tanto. ¿No ves que ya soy grande?

Ella lo besa en la frente y lo deja seguir a sus hermanos.

—En menos de lo que me imagino, ya ninguno de ustedes me va a necesitar. Por esto tengo que forjarme una vida para mí, al margen de la maternidad y sus implicaciones.

—¿Qué dijiste? —pregunta Lina.

—Hablabo para mí misma, nena. Pensé que nadie me estaba escuchando.

Lina gira su dedito índice sobre la sien, como haciéndole a su madre la señal de que está loquita. Ambas se ríen de la ocurrencia.

A los pocos días, Angelika va a hablar con el licenciado Broda, un abogado que había sido amigo del matrimonio años atrás. Él la toma como cliente a pesar de que no puede pagarle, en recuerdo de lo amable que fue en esa época en la que su marido la obligaba a coquetear con todos.

Broda habla con Sacher Masoch. Él admite que tiene dos amantes y que le insistió a su mujer para que ella también se consiguiera uno. Está de acuerdo en mantenerla al menos mientras los niños son pequeños. Lo promete. Lo firma, pero no suelta ni un céntimo.

—No importa —le dice Angelika a Armand en la noche cuando se quedan solos. Esto que estamos viviendo es un sueño hecho realidad. ¡La libertad! Vivir con mis hijos y sin Leopold es

algo que creía inalcanzable.

La dicha le dura poco. Al día siguiente, mientras ella se está vistiendo, mira a través de las persianas cómo Leopold y Hulda descienden de un carruaje junto al jardín donde los tres niños están jugando. Desde afuera, le hablan a Sacha. Él se acerca a la barda y Hulda lo levanta con dificultad. Se lo pasa a los brazos de Leopold y él besa a su hijo, lo estruja. Los tres abordan el carruaje, como si fueran la familia feliz.

Angelika quiere salir corriendo detrás de ellos. Está todavía a medio vestir. Piensa en ir a buscar a su abogado. Sabe que en la sociedad, los hombres siempre tienen más derecho que las mujeres, en especial si él es un doctor y escritor eminente y ella, una mujer de la que se sospecha que ha sido infiel. Ningún juez le entregaría la custodia de sus hijos por vía legal.

Se deja caer en un sillón. No hay nada que pueda hacer. El licenciado Broda no le da muchas ilusiones. Armand, a pesar de que hace lo posible por consolarla, tampoco resulta ser de gran ayuda. Las horas pasan y son Lina y Mitchi los que la hacen regresar al mundo de los vivos, al menos toma conciencia de que ellos la necesitan.

—Si tú no comes, yo tampoco voy a comer nada —anuncia la niña.

—Yo tampoco —se le une el pequeño.

Angelika al fin sonríe. Mira la sopa que se ha enfriado en el plato frente a ella, mete la cuchara y se fuerza a ingerir el primer bocado.

—La vida sigue —les asegura a los niños—. Alimentémonos, pues.

Angelika se pasea por las mañanas por la escuela en donde Sacha iba con la esperanza de verlo. Un día lo consigue. Viene riéndose, de la mano de su padre. Pasan cerca de ella y no la miran. No se atreve a llamarlos. Se imagina que Leopold ya le ha hablado muy mal de ella y que tal vez Sacha ya no quiera responderle. De cualquier forma, no le gustaría ser la causa del sufrimiento de su hijo por la pena que le provoque verla en el estado deplorable en el que se encuentra: ojerosa, mucho más delgada, con el alma fuera del cuerpo.

Entre los brazos de Armand, puede desfogarse:

—En los diez años que duré al lado de Leopold sufrí de todo: escasez económica, degradación, deslealtad, infidelidades y nada pudo quebrarme como esto.

—Princesa, entiendo tu sufrimiento; ten paciencia. Lo arreglaremos. Él se va a cansar de cuidar al niño. Además, no hay nada que una buena noche de sexo no pueda arreglar.

—¿Cómo puedes pensar en sexo cuando no está Sacha conmigo?

Angelika se encierra en sí misma tanto como le es posible. Responde con monosílabos, hace sus deberes como autómatas, se mueve lo menos posible.

Un día, a mediados de junio, siente que ya no puede respirar. Se da cuenta de que ha estado conteniendo el aliento no sabe desde cuándo ni por qué. Decide inhalar profundamente por la nariz, retener el aire y exhalar poco a poco por la boca. Se da cuenta de que mientras respira, se aquietan sus pensamientos. Un buen rato, sólo hace eso, inhala y exhala. Entonces decide que necesita estar bien para poder reclamar a su hijo.

Se levanta del sillón. Toma un baño de agua caliente. Se pone su ropa interior con la que se siente sensual, un vestido que le hacía destacar sus atributos. Se da cuenta que en estos días desde que Sacha está ausente, ella ha adelgazado mucho. La ropa le queda grande. Se ciñe la cintura con

un listón, se arregla el cabello, ve que los niños cenén temprano y se vayan a dormir y se pone a esperar a que Armand regrese del trabajo.

Con ternura, con paciencia y con un poco de vino rosado, Armand logra que Angelika haga el amor y hasta lo disfrute. Ya acostados después de haberse entregado el uno al otro, con calma, él le pregunta.

—¿Ahora sí estás dispuesta a vengarte de Masoch?

—Lo odio. Me gustaría poderte decir que sí, pero es el padre de mis hijos. Si tengo alguna oportunidad de recuperar a Sacha es tratando bien a su papá. De otra forma, el niño va a dejar de quererme.

—Ay, Princesa, como tú quieras. —la abraza y le hace cosquillas. Ella se ríe sin muchas ganas segura de que si se esfuerza en sonreír, cada día se le va a dar con mayor naturalidad y va a terminar sintiéndose alegre.

—Gracias por todo lo que haces por nosotros, Armand.

—No soporto ver que alguien abuse de una mujer y mucho menos cuando yo la amo.

Al día siguiente, ella se despierta un poco más animada. Debe hacerlo porque tiene todavía bajo su responsabilidad dos niños que proteger. Desde temprano, ve que los vistan con ropa adecuada, prepara una canasta con pan, huevo duro, carne seca, golosinas y un frasco con limonada y se los lleva de día de campo.

Al verlos listos para salir, Armand va con ellos, los observa cómo se miran y se comunican sin necesidad de palabras, cómo se le abrazan a la madre y luego se hacen para atrás para dejarle espacio y se enternece sobremanera. En un momento dado, los dos chiquillos se van corriendo tras de un balón y los adultos se quedan mirándolos a la distancia.

—Cuando te veo tan sola con tus hijos, tan indefensos en una tierra que les es extranjera, se me quiebra el corazón. He decidido que tu felicidad y la de tus niños será mi meta en la vida. Un día me preguntaste si te amaba y te dije que era pronto para decirlo. Hoy he decidido que sí. Te amo, mi Princesa.

—Siempre soñé con un hombre que nos cuidara a mis hijos y a mí, querido. Si la vida te puso en mi camino, no tengo más que palabras de agradecimiento que regresarle.

—¿Pero por qué no te veo feliz?

—Por Sacha, Armand, que nunca se te olvide Sacha... —parece que va a agregar algo más, pero guarda silencio.

—Y veremos cómo lo recuperamos. Déjalo en mis manos.

—Ése es justo el asunto, querido. No puedo dejar algo tan importante en las manos de otro. Si algo he aprendido en la vida es que está bien dejarse ayudar, permitirte que te involucres en lo que puedas y quieras, pero la responsabilidad de mi vida tiene que ser mía.

—No te entiendo. ¿Cómo una mujer va a poder sola contra el mundo?

—Si quiero en verdad ser libre, tengo que empezar por ganar suficiente dinero para mantenerme. Es la única manera en la que podré tomar mis propias decisiones.

—¿Ya no quieres estar conmigo?

—Quiero decidir estar contigo porque así lo deseo, no porque sea mi única opción.

—Bueno, pero yo no te puedo compartir. Si en verdad quieres estar conmigo, tengo que ser tu única opción.

—Ay, no me entiendes. Yo no hablo de otro hombre. Estoy pensando en escribir y vender mis textos para poder mantener a mis hijos. Con el único que me tendrías que compartir es con el trabajo.

—Ya sabes que soy muy celoso, Princesa. Espero que de verdad estés hablando del trabajo y no de buscarte a alguien.

—Te lo juro.

Capítulo 21

Angelika, Armand y los dos niños se mudan a Neuveville, Suiza. Ahí ella aprende a vivir lejos de su primogénito, aunque lo recuerda todos los días. Se siente, por primera vez, bajo la protección de un hombre, libre de preocupaciones. El paisaje que la rodea, tan lleno de flores, de detalles hermosos, la hace entregarse al amor de pareja. La casa es pequeña, con muebles viejos, llena de ventanitas y con vista al lago y a las montañas.

Al principio, Angelika y Armand tienen relaciones sexuales a diario. La mayor parte de las veces, con ternura, con caricias, hasta con juegos y sentido del humor. Conforme pasa el tiempo, se van volviendo más esporádicas. Hay veces que ya les aburren a los dos, aunque no lo confiesan jamás. Siguen llamándose con apelativos cariñosos uno al otro y Armand trata a los niños como si fueran de él. Angelika no concebía la felicidad con poco sexo, pero le parece que eso es lo que está viviendo y es real.

Un día se despierta en su habitación. El sol ya ha salido y el lado de Bienne parece brillar con luz propia. Escucha los pájaros cantar y ve a Armand despertarse a su lado. La noche anterior, se quedaron dormidos desvestidos. Él sonrío al verla. A ella le parece tener a Adonis junto, su cuerpo musculoso es perfecto. Acaricia los músculos de la espalda. Está tan concentrada en recorrerlo que se asusta cuando él se incorpora. Ambos se ríen.

Armand canta en voz baja mientras la acaricia. Todavía tiene los ojos medio cerrados.

—Despierta, amor mío —le dice Angelika, apretándole el pene con suavidad.

—Hay que hablarle bonito —juega él— ¿A ver? Llámalo más de cerca.

Angelika le besa el miembro, lo lame, lo siente crecer y ponerse duro.

—¿Y a mí quién me habla bonito? —denuncia, traviesa.

Él se acuesta de tal forma que ambos tienen acceso a la sexualidad del otro, en un 69. La besa en la entrepierna, la lame, le introduce la lengua en la vagina. Ella se estremece.

Juegan mucho rato hasta que él la penetra. Sus cuerpos encuentran el compás perfecto, la armonía de embestir y retirarse, apretar y aflojar, entregarse al placer propio y procurar el del otro.

Mucho rato después, terminan ambos cansados, en los brazos uno del otro.

—Yo estaría conforme aunque esto fuera sólo una vez al año —le susurra ella.

—Ahí está. Estaba esperando que te quejaras encualquier momento. Eres insaciable, querida. Sólo han pasado 10 días desde la última vez que tuvimos relaciones sexuales.

—No me entiendes. Lo que digo es justamente que la experiencia de hoy fue tan maravillosa que no me importaría que fuera menos frecuente.

—Lo entiendo a la perfección, Angelika, pero lo dices porque estabas acostumbrada a más de lo que yo te puedo ofrecer y yo no doy para más.

—Estoy feliz contigo, Armand. ¡Feliz! Los niños también. Tener quién los vista temprano y los lleve a la escuela es maravilloso. Podemos disfrutarnos más tiempo. No comparo con nadie. De verdad créeme. Nunca he sido más dichosa en mi vida.

Casi un año ha pasado desde que Leopold secuestró a Sacha cuando, un día de febrero, Angelika recibe un telegrama: Sacha tiene tifus.

Desesperada, intenta investigar en dónde vive Leopold, que se ha cambiado varias veces de casa desde que se separaron. Finalmente, lo averigua. Se presenta a ver a su hijo. Es demasiado tarde. Sacha murió ese día en la mañana.

El cuerpo del niño está sobre una mesa. Lleva unos pantalones cortos y una camisa blanca. Angelika quiere cubrirlo. Hace mucho frío para que esté tan descubierto. De inmediato se recrimina a sí misma. Ya no importa que esté helado. Ya está muerto. Tiene que entenderlo. Jamás volverá a verlo sonreír, jamás le echará los brazos al cuello en un abrazo de oso, ya nunca lo verá crecer.

Leopold la mira y se dirige a ella.

—Perdón —la quiere abrazar.

Angelika da dos pasos para atrás. No puede hablar. Trae un “maldito” atorado en garganta. No hace falta que se lo diga. Lo conoce. Para él es peor tortura que ella se marche de ahí sin hablarle, pero ya ni siquiera le importa hacerlo sufrir. La vida ha perdido su sentido.

Regresa a la casa que comparte con Armand. En el camino a Suiza, va cambiando de opinión. ¡Leopold tiene que pagar!

—Llámame Wanda —le dice a su pareja tan pronto lo ve—. Ahora sí voy a ser cruel.

—¿De qué estamos hablando?, ¿de ponerte pieles y azotar a Masoch con un látigo? Eso no es crueldad para él.

—Tienes razón. Golpearlo o mandarlo golpear sería algo que le encantaría.

—Yo también tengo ganas de hacerlo sufrir, querida, porque no sé si tú lo sepas, pero quiero hablarte de números.

—¿De dinero?

Él afirma con la cabeza.

—Yo heredaré 30,000 florines.

Angelika silba.

Armand sonríe y prosigue:

—Pero invertí la mayor parte de eso en la editorial de tu marido. Quedamos en que me la iba a pagar y no me ha dado nada. Todavía no decido qué voy a hacer con ella. Lo que sí te puedo asegurar es que por nuestra situación económica, no le estoy metiendo más dinero.

—No tenía idea de que hubiera sido tanto.

—Quería conquistarte a como diera lugar, querida, y me hubiera gastado más si lo hubiese tenido.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy feliz de tenerte. Quisiera poderte mantener como reina, llenarte de lujos, a ti y a los niños, pero tengo una muy pequeña cantidad asignada al mes que es con lo que nos tenemos que conformar. Como quien dice, nos alcanza para una vida muy, muy modesta.

—No necesito más, querido. La vida de lujos ya quedó atrás. Vestir de pieles no me condujo a nada bueno. Sé que Sacha estaría feliz al ver todo esto. Esté donde esté, sé que lo gozaría. Lo que

sí, es que me gustaría volver a ser productiva. He dejado de escribir porque nos la pasamos de juego y de paseo y no hacemos nada. Tenemos que trabajar.

—No estoy seguro, Princesa. Aquí lejos de todos, hemos sido muy felices, pero si insistes, hay que buscar la forma de irnos a París. Ahí tendremos más oportunidades.

Ella lo piensa un rato y va por un manuscrito en el que habían estado trabajado ambos más por broma que en serio.

—Hay que arreglar esto, pero si queremos el éxito en Francia, tenemos que hablar mal de Alemania.

—Aunque me expondría mucho al firmarlo con mi nombre, querida.

—Alemania como es —repite el nombre en alto simulando con la mano que estuviera escrito en una cartelera— por Jacques Saint-Cere. Ese nombre o el que te guste. Se trata sólo de sonar como francés.

—Eres brillante, querida. Es muy buena idea. Ponte a revisarlo y yo voy a mover mis influencias a ver cómo lo podemos publicar para que llegue allá.

—¿Y con respecto a la venganza?

—No hay que golpear a nadie ni ponerte pieles. Vamos a encontrar la manera de cobrarnos hasta el último centavo.

—Voy a intentar averiguar dónde van las dichosas deudas viejas que Leopold siempre separa de lo que gana. ¿Qué tal que podamos echar mano de ese dinero? Tú todavía no has cerrado tu sociedad con él. No voy a descansar hasta verlo en la ruina.

—Ya no pude seguir pagando hasta su último antojo. Tuvimos que finiquitar, pero ya encontraremos la manera de abrir una nueva sociedad.

Pronto Angelika se hace amiga de un funcionario de la banca suiza. Es admirador de Sacher Masoch.

—Lo único que necesito es enterarme de sus cuentas —le suplica ella, guiñándole un ojo—. Tengo a sus dos hijos y no me da un centavo para su manutención. Me gustaría saber al menos si vale la pena pelear para que me aporte algo o dejarlo ir por la paz.

—Voy a intentarlo. Le mandaré por carta lo que averigüe.

—Gracias. Muchísimas gracias. —le da un besito coqueto en cada mejilla.

Cuatro meses después, Angelika y Armand junto con los niños se van a vivir a París. Desde que el tren entra en la ciudad, ella queda fascinada con los bulevares tan anchos y las plazas despejadas. Hasta ese momento entiende la admiración de todo el mundo por París. La casa que consiguen está en las afueras y es pequeña, pero a ella no le hace falta nada más. Tiene una mesa sólida que en momentos se usa de comedor y ella también utiliza como escritorio. Armand le deja un librero para poner sus libros. De momento no tiene muchos, aunque está segura de que pronto lo llenará.

Leopold le escribe cartas cariñosas, pidiéndole su reconciliación. Ella se niega a responderlas al principio. Después de unas cuantas, se da cuenta de que es mejor al menos estar enterada de dónde anda él. Contesta que no, aunque con amabilidad.

Alemania como es salió publicado con el pseudónimo y dado que está teniendo éxito en Francia, mucha gente los invita a comer o a cenar. A Armand, bajo el apelativo de Jacques Saint-

Cere, lo nombran ayudante de le Figaro.

Tiene que escribir diario y pronto se hacen de una red de gente importante que les platican los chismes que él aprovecha para sacar en su columna. Lo hace de tal manera que parece que sabe más de lo que dice. Da la impresión de que es poderoso. Por eso, la sociedad parisina lo empieza a respetar y a temer.

En privado, Angelika y Armand se ríen.

—¿Ves cuando tus padres te dicen que debes esforzarte, conocer, trabajar, saber más?

—Sí. Lo que yo hacía nunca era suficiente.

—Qué hipócritas, ¿no? Lo único que se necesita en esta vida es suerte.

—Tienes razón, querido. Que la fortuna nos acompañe.

—Ya está con nosotros, querida. Mira a tu alrededor. ¿Qué nos hace falta?

Angelika piensa en Sacha y sabe que no debe echar a perder los buenos momentos de su pareja, en especial cuando tiene una racha de productividad bien pagada.

—Nada —responde—. Hemos sido muy favorecidos. No nos podemos quejar de nada.

—Princesa —se me olvidó comentarte que mañana nos invitó a comer mi tío, el ex-Monseñor Bauer, el hermano de mi madre.

—Fue el confesor de la emperatriz Eugenia, ¿verdad?

Él asiente.

—También fue el que bendijo el Canal de Suez.

—¿Crees que podamos convencerlo de que Leopold Sacher Masoch es una alma perdida al que no hay que permitirle que siga escribiendo?

—Ya no es sacerdote, querida. Qué lástima, ésa hubiera sido una magnífica venganza.

Al día siguiente, Angelika se arregla de manera muy sencilla y recatada. Tal vez el tío Bernard — como Armand le dice — todavía tenga contactos en la iglesia y le pueda ayudar en su propósito. Desde que lo conoce, se da cuenta de que tiene que encontrar otro camino. Él es toda una celebridad, pero por algún motivo que ella supone aunque no se atreve a preguntar, él está afuera por completo de la grey católica. De todas formas, se lo sugiere.

—Ay, Princesa, no seas ingenua. En París nadie puede asustarse por un asunto moral y si es buen escritor, mucho menos —se niega.

Cuando Armand escucha a su mujer atreviéndose a pedir el descrédito de Sacher Masoch le dice:

—No, querida, al contrario. Si queremos recuperar la inversión, hay que hacerle fama a tu marido para que podamos sacar algo de su apellido. Es más, tendrías que escribirle para convencerlo de que se mude a París. Aquí podríamos aprovechar mejor su nombre.

—Qué buena idea —dice el tío—. En esta ciudad maravillosa, ustedes serían solamente como otro ménage à trois. Piensen en cuántos famosos han vivido así.

—Turgenev con los Viardots —dice Armand—. ¿Y qué daño le hizo?

—Ninguno —se ríe el señor Bauer.

Sin embargo, el tío sí puede ayudar a Armand en su columna porque durante mucho tiempo fue el sacerdote de moda. Conoce los secretos de confesión de la mayoría de las mujeres parisinas. El

hecho de que haya dejado la iglesia, hace que ya no esté obligado a mantener la boca cerrada.

El tío Bernard se vuelve muy cercano a los dos y, gracias a esa relación, Armand, además de trabajar para le Figaro, también comienza a escribir para la Vie Parisienne. Parece que todo va viento en popa, aunque Angelika se ha negado a responder las cartas de Leopold.

En la noche, su pareja le dice:

—En esta vida, uno está obligado a ser práctica, querida. Cargas con dos hijos en los que tienes que pensar y dos caminos que puedes seguir.

—Lo sé, Armand, no creas que lo olvido ni por un momento. Seguro que uno de los caminos que sugieres es encontrar la forma de quitarle todo lo que tiene el maldito y ponerlo en una cuenta de banco a nombre de mis hijos, pero eso no se ve fácil ni factible a corto plazo. A ratos tengo tanto coraje que ni siquiera me importa el dinero. Con dejarlo en quiebra me conformo.

—No, mi amor, te repito: tienes que ser práctica. Tus hijos algún día van a heredar lo que su papá les deje. Ese es el segundo camino que tienes: el ayudarlo a hacerse rico para que los niños puedan heredar más.

—No sé ni adónde escribirle —se resiste todavía ella.

—Ya lo averigüé —le extiende un trozo de papel con una dirección—. Tu maridito ya vive con Hulda Meister en Hesse, Alemania. En la municipalidad de Lindheim.

—Ah. Sigue en el mismo lugar de la última carta que me escribió, aunque yo no sabía nada de Hulda. ¡Con razón me acaba de pedir el divorcio!

—Hay más que debes de saber, querida. Hulda ya tiene un hijo de Masoch y está esperando el siguiente.

—¿Entonces de qué herencia estamos hablando, Armand? Ya diluída entre cuatro herederos no queda nada de lo que por sí es casi inexistente.

Ella sigue sin contestar las cartas. Hubiera querido el divorcio, pero si eso implica dejarle el camino libre a Masoch, prefiere retrasar la decisión.

Poco después, recibe otra carta de Leopold:

Estimada Wanda:

En el interés del hijo mutuo que tenemos, estoy dispuesto a llegar a un arreglo contigo.

¿Y Lina?, quisiera reprocharle ella. Ya se le olvidó que también me estoy haciendo cargo de su hija y que la quiero como si fuera mía.

También pienso en ti, en que pronto perderás tu belleza natural y ya no serás capaz de atrapar a un hombre que te mantenga.

Qué bárbaro. No puede ser que así sea como me pide que firme el divorcio. ¿Cree que esta carta me va a convencer más que la anterior en donde me lo solicitaba por las buenas? Él, que alababa mis dotes de escritora, mi inteligencia, mi sagacidad, ahora piensa que mi único atributo es la belleza. Tendría que incluir al menos la tolerancia. ¿Cuánto lo aguanté?

No intentes mentirme. Ambos sabemos que estás perdida si no llegamos a un arreglo esta vez. Tu desgracia es que no quieres entender que son sólo los vestigios del sentimiento que te tuve y el amor al niño que me robaste los que me empujan a buscarte. Ni te imagines que te tengo miedo ni nada por estilo. Mi conciencia está tranquila y estás loca si crees que puedes amenazarme con

denunciarme por algo.

No lo puedo creer. Con seguridad el licenciado Broda le dijo que lo quiero demandar. Si no es por la ley ni por la iglesia, tendré que encontrar otra forma de que el mundo se dé cuenta de quién es este tipo. Ya no me interesa seguir leyendo. ¡Me escribió 8 hojas! Sólo me hace enojar. ¿Cómo pude durar 10 años a su lado? Tal vez sí debería firmarle el divorcio y ya olvidarme de él.

Avienta la carta a la mesa y se va a servirse algo de beber. En eso llega Armand y toma los papeles.

—Sírvenme algo a mí también —le grita a Angelika, desde el comedor donde está sentado.

Ella regresa con dos copas de vino y lo encuentra concentrado en la lectura.

—Ay, —exclama él—, dice que tendrías que aprovechar la alegría de poder reparar el daño que le has causado. ¿Qué tiene este hombre en la cabeza? —No levanta la vista para ver a su mujer que se encoge de hombros como expresando que ni ella ni nadie lo sabe. Cuando termina, al fin dice:—

—Deberías de aceptarle el divorcio.

—¿Cómo? —pregunta ella escandalizada. ¿Por qué dices eso?

—Por lo que dice Masoch —le señala la carta.

—¿Qué parte?

—Dice que si aceptas el divorcio sin juicios legales escandalosos, él podría venir a París e iniciar una sociedad productiva contigo y conmigo. ¡Tienes que firmar!

Angelika acepta a regañadientes. Pronto recibe los papeles en los que debe estampar su nombre. Le tiembla la mano, pero al fin se decide a hacerlo. Los envía a vuelta de correo y Armand escribe cartas a todos sus conocidos hablando maravillas de Sacher Masoch como escritor y preparándole el camino para que pueda también triunfar en París.

El 12 de diciembre de 1886, llega Leopold aparentemente solo. Angelika suspira al verlo. Al menos no va a tener que aguantar a Hulda, la traidora. Después de los saludos y mientras Sacher Masoch firma los papeles de la renta de su nueva casa, Armand le susurra a su mujer:

—Voy a mandarle a hacer ropa. Después de que dijimos que es un escritor muy codiciado, no podemos permitir que la gente lo vea vestido con esos andrajos.

—De ninguna forma. Ya te arruinó una vez. ¿Vas a volver a gastar en él?

—¿Queremos que gane bien? Tiene que dar la impresión de que no necesita el dinero. De otra forma, de nada nos vale haberlo traído a París.

—Espero que sepas lo que haces.

Una semana después, ya con su traje nuevo, Leopold se presenta en le Figaro a firmar el contrato de su nueva novela. Ellos se la van a publicar. El anticipo es de 10,000 francos. Los empleados lo miran con admiración porque justo ese día salió un artículo en el periódico en donde alababan su literatura.

Leopold camina con grandes pasos, como si fuera un magnate poderoso. En un momento dado, mira a Angelika fijamente. Ella, que siempre ha sabido leerle la mirada, interpreta: Observa lo que te perdiste: porte, cultura, fama, honor, gloria y dinero. Qué lástima que todo esto ya no es

tuyo.

Angelika se fuerza a sonreír. Aprieta tanto el puño que hasta se sangra un poco la palma derecha.

Capítulo 22

Leopold es un éxito en París, aunque en su casa, por contrato, no le es permitido tener visitas. Por eso, invita a quienes le convienen al hogar de Angelika y Armand. Además, como no se han dado a conocer los papeles de divorcio, él pasa como el marido y Armand como el amigo al que le hacen el favor de tenerlo cerca. Goza recibiendo gente y viendo cómo todos le siguen diciendo a su exmujer: Wanda von Sacher Masoch.

Gracias a los contactos de Armand —conocido como Jacques Saint-Cere— a los de Angelika —reconocida como Wanda— y a los suyos, logra vender dos novelas más que tenía guardadas en un cajón a la espera de editor y varios cuentos y ensayos. Su fama crece como la espuma y a veces se siente con el derecho de pedirle a Angelika que se ponga sus pieles.

Ella las evita como la plaga. Prefiere pasar frío en las mañanas antes que darle gusto a Leopold.

—No lo tolero —le dice Angelika a Armand un día que se quedan solos—. No entiendo cómo pude vivir con él durante 10 años. Lo soporté, lo obedecí, lo complací hasta en sus pequeños antojos y hasta lo amé. ¿Qué tenía en la cabeza?

—Ni yo comprendo cómo pude admirarlo tanto.

—Aborrezco la forma en la que nos ve como si fuera nuestra víctima. Parece que nos hace el favor de triunfar en París.

—Sí. Me dan ganas de decirle que si necesita que le roguemos para embolsarse los 100,000 francos al año que calculo que estará ganando cuando al fin se establezca bien.

—Creo que prefiero quedarme sin recursos que tener que seguirlo aguantando, querido.

—Tranquila, princesa. Confía en mí. El dinero vuelve las cosas mucho más tolerables. Ten paciencia.

—Espero que sepas lo que haces, querido —dice ella con voz melosa, acariciándole el cabello para iniciar el juego sexual.

—No en este momento, querida —se disculpa él—. Deja que se me pase el coraje.

—¿Ves? No sé adónde nos va a llevar esta situación, Armand, pero sí sé que se está volviendo intolerable. Hace una semana que no me tocas.

Con el dorso de la mano, él le acaricia una mejilla para arriba y para abajo. Luego, la toma de la nuca y se la acerca para besarla en los labios. Es un beso breve, sin mucho afán.

—No soporto ver que te traten como su esposa. El colmo es que hay lugares donde los invitan a ustedes dos y a mí no. Yo también estoy a punto de desesperarme, pero entiendo que hay que tener paciencia.

—No pienso ir al baile al que convidaron al señor y la señora Masoch y a ti no. Ni que estuviera loca.

—Creo que sí deberías de ir, querida. Ahí va a estar la crema y nata de la sociedad parisina. Necesitamos que él gane lo más que se pueda. Recuerda que es la herencia de tus hijos.

—Cierto. Hay que engordar al puerquito para después comer de él, pero lo que está sucediendo en el proceso no me gusta. Siento como si Masoch se fuera a convertir en nuestro griego.

—Ni de broma sugieras esas babosadas, Angelika. ¡No! Nada más de pensarlo se me enchina la piel.

—¿Entonces cómo quieres que siga fingiendo que Leopold todavía es mi esposo? En el fondo tengo ganas de patearlo.

—Sólo necesito que conozcas a sus contactos, que le abras los caminos para que aumente cada vez sus ganancias, pero prométeme que no te vas a quedar más de una hora en el baile.

Angelika mueve la cabeza en negación. No puede creer lo que está escuchando. Al fin acepta.

—De acuerdo —admite.

—No bailes con nadie —añade él—, no permitas que ningún hombre te toque.

—¡Vaya! Ahí está el celoso que conozco. Sabes que mi naturaleza es ser te fiel y que te amo. Tendrías que tener más confianza en mí.

—La tengo, princesa, pero no en los demás... te pido una última cosa: todo el tiempo que estés en el baile, piensa en mí.

—Te lo prometo —asegura Angelika, abrazándolo mientras descansa la cabeza en su hombro.

No puede dejar de preguntarse hasta dónde van a ir a parar. ¿Se convertirá en otro Sacher Masoch? ¿Todos los hombres en su vida tendrán que usarla para conseguir sus objetivos? ¿Por qué no pueden conformarse con lo que son y tienen y necesitan introducir a otros tipos en la ecuación para ser felices?

Angelika cumple su parte a la perfección. Sacher Masoch es un éxito en la fiesta. Ella saluda con estilo y se siente un chimpancé vestido de tul. A la hora, regresa a la calle Madrid, la casa donde vive con Armand.

Entra con lágrimas en los ojos y se pone el camisón en silencio. Él la está esperando para que le platique. Ella responde con las frases más cortas posibles y luego se acuesta en la orilla de la cama y se hace la dormida. Él se da cuenta de que ella está furiosa, aunque no está muy seguro de si es contra él, contra Leopold o sólo contra la situación.

Para alegrarla, al día siguiente sale temprano a conseguir un perro para los niños.

Angelika tiene que agradecerle el gesto porque sabe que es con buena intención, pero el trabajo extra que le supone tener un perro en una pequeña casa parisina que no tiene un jardín interior es algo que ningún hombre considera. Ella espera poder regresar al animal en cualquier momento, excepto porque éste la sigue a todas partes donde ella va. Se le acurruca sobre los pies, la observa siempre y, al final, ella termina muy encariñada con él. Un mes después, de verdad le agradece a Armand que le haya llevado esa mascota a su vida.

La sentencia de divorcio es dictada en enero de 1887 en Leipzig. El veredicto es en contra de Angelika Aürora Rümelin por razones de su infidelidad cometida con Armand. A nadie le importa que unos días antes, el pintor Schelesinger había hecho un retrato de Sacher Masoch. Mientras posaba, Leopold se había enamorado de la hija del artista y se habían comprometido a casarse tan

pronto estuvieran listos los papeles legales que disolverían el matrimonio con Wanda.

Tampoco le importa a nadie que casi al mismo tiempo, Hulda Meister se había mudado a París para estar cerca de Sacher Masoch en el nacimiento de su segundo hijo. Wanda siente una gran curiosidad por saber con cuál se de las dos se va a quedar y también coraje de que tan rápido tenga dos opciones. Espera que al menos deje a Hulda como lo hizo con ella. No le parece posible que él se vaya a encargar de los hijos que tuvo con la traductora que su misma esposa ayudó a contratar.

—No es justo —se queja Angelika con quien quiera escucharla—. Ni la sociedad ni la Iglesia ni el Estado me defienden. Sacrifiqué los 10 mejores años de mi vida para complacerlo, le di hijos y ni así le importa lo que nos suceda. ¿En dónde están las feministas?

Dado que su amigo banquero de Leipzig no le ha mandado la carta que le había prometido, Angelika le escribe para preguntarle si ha podido averiguar algo. Al cabo de unos días, él le responde: Sí, Leopold tiene una cuenta que está a nombre de él y de su hermano. Ni ella ni sus hijos figuran en los datos del banco. ¡Ahí van a parar los recursos que él llamaba “viejas deudas”! Quién sabe qué le deberá a su hermano. Debe ser mucho porque por alguna razón, Leopold no toca ese dinero. ¡Ni cuando nuestro hijo se estaba muriendo!, piensa ella. ¡No puede ser! ¿Cómo pudo estar enamorada de un hombre que sentía la responsabilidad de pagarle algo a un hermano y no la de salvarle la vida a su propio hijo. Su cuñado sí, de repente echa mano de ahí, termina diciendo el banquero. Por eso es una cuenta rica, pero no millonaria. Lamenta que no hay forma de ayudarle a Angelika a apoderarse de ese dinero.

Ella llora, se desespera. Le escribe a su amigo pidiéndole una cifra exacta, sólo para poder soñar con ser rica, le dice. Él le responde con una cantidad en marcos. Es mayor de lo que ella se hubiera podido imaginar. Le enseña las cartas a Armand, aunque a él parecen no importarles.

—Confía en mí —insiste él, un poco aburrido de estar junto a una mujer que se queja con tanta frecuencia.

—Leopold ya ganó el divorcio. ¿Cuánto más vamos a esperar?

—Bueno, princesa, yo me imaginaba que íbamos a tener que depender de la fama de tu exmarido, pero por fortuna, me estoy convirtiendo en un escritor importante sin habérmelo propuesto. Si seguimos así, tal vez nos podamos olvidar de Masoch y dedicarnos a ser felices.

—Yo quiero vengarme, Armand. Lo necesito.

—Disfruta lo que tienes, princesa, y en especial a Mitchi.

—Sí, me encanta tener a mis hijos cerca y no creas que no me doy cuenta de que te has ganado el amor de los dos, sobre todo el de Mitchi. Sin embargo, yo quiero certezas y me han hecho sentir muy mal en esto de las cortes. No es justo.

—De verdad, Angelika. Déjalo pasar y disfruta de nuestra vida en París. Sé que teníamos planes para vengarnos de Masoch, pero si nos está yendo bien, no hay que tentar a la suerte.

—No vamos a dejar que Leopold se salga con la suya, amor.

—Olvídate de su dinero. Tú estás conmigo y yo gano lo suficiente. ¿Sabes cuánta gente moriría por tener un poco de lo que tú gozas el día de hoy?

Ella se da cuenta de que Armand se está aburriendo de sus quejas y decide no volver a permitir que los demás la vean preocupada. Sabe que tiene que tomar las riendas de su vida. La única

manera de lograr eso es ser independiente económicamente. Esta vez, está más preparada que nunca para alcanzar sus sueños. Entiende que mucha gente considera de que los escritores se mueren de hambre. A ella no se lo pueden decir porque de verdad ha conocido lo que es no tener qué llevarse a la boca.

Si se sentía feliz cuando aprendió a coser guantes, ¿cómo no va a poder mantenerse ahora que ya puede publicar al menos algunas de las cosas que escribe? Lo que tiene que hacer es ponerse a trabajar. Armand está ganando muy bien de momento y provee más que suficiente para ella y para sus hijos. No sólo eso, él ya escribe para periódicos en varias partes de Europa ya que sabe alemán, inglés y español y su éxito crece como bola de nieve. Para estar informado, está suscrito a publicaciones de todo el mundo y se entera de las noticias que los demás no entienden.

Angelika también lee y analiza la mayoría de los periódicos que reciben en varios idiomas, aunque no los domina igual de bien. Eso le abre su visión de Europa y la convierte en una persona culta. Ya se siente segura de intervenir en cualquier conversación. Está en su mejor momento y lo único que necesita es ponerse a escribir.

Conforme va redactando sus cuentos, le empieza a rondar en la mente una mejor forma de ganar dinero. ¿Y si narrara sus propias ideas?

Compra un gran cuaderno, una pluma nueva y un tintero más grande —el anterior que tenía se secaba de inmediato porque estaba demasiado pequeño. Se pone a escribir:

Mientras que las mujeres no tengan el valor de hacerse cargo de lo que les concierne sólo a ellas —sus relaciones con los hombres— sin esperar la intervención del Estado ni de la Iglesia no serán libres. El movimiento feminista no puede perdurar si tiende a sacar a la mujer de la esfera que le es propia, que la naturaleza le ha destinado a ella. Nada de lo que le es contrario a la naturaleza puede traerle felicidad.

Escribe un ensayo, alabando el papel de las mujeres como educadoras, porque son las que van a formar a los futuros esposos. Dice que el hombre y la mujer no deberían estar ligados por la ley sino solamente por su voluntad, su amor y su amistad, y que las leyes que reducen el amor de una mujer a su obligación tienen que desaparecer porque la hacen la propiedad del hombre.

Las personas se entregarían unos a otras en libertad y por su propio gusto y no tendrían que correr de una corte a otra divulgando los más íntimos secretos a abogados voraces, empleaduchos y jueces que confunden, deforman y mal representan todo en una infinidad de papeles y documentos.

Agrega que por encima de cualquier cosa, una mujer debería de tener el derecho de abandonar a un hombre cuya falta de moralidad pueda ser un peligro para ella o sus hijos, sin tener que ventilar toda su vida ante un juez.

Su artículo se publica y tiene éxito entre las mujeres, es una victoria modesta, pero suficiente para sentirse capaz de obtener su tranquilidad. El auge en la carrera de Armand les permite comprar una casa mucho mayor que la que tenían, en una mejor zona.

Armand lleva a Angelika a conocer la nueva residencia cuando ya está casi lista para habitarse. La conduce por el interior llevándola de la mano. Cuando le muestra la habitación principal, más grande y luminosa que las demás, le declara:

—Ésta recámara es para el amor de mi vida, para ti, mi princesa adorada.

Ella le echa los brazos al cuello.

—Gracias —le dice, y le da un pequeño beso en los labios, sin poder creer la belleza del cuarto que le está asignando—. Tiene satín en las paredes, encaje, bordado y seda en la cama. ¡Muchas gracias!

—¿Te gusta? —le pregunta, sabiendo la respuesta, sólo por el placer de escucharla.

—Me encanta, de verdad muchísimas gracias.

Armand se hace un poco hacia atrás, para seguir hablando:

—Aquí estás segura, princesa. Éste es tu nido. A partir de ahora, vas a ser feliz. Juro en el nombre de mi madre muerta que nada te tocará aquí, ningún dolor ni preocupación, nada más que mi amor infinito.

Angelika está extasiada. Siente que tiene que corresponder. ¿Cómo retribuir a Armand tanta felicidad como él acaba de proporcionarle? Lo único que se le ocurre es hacerle el amor.

Tarareando una canción, ella empieza a desnudarse: primero los guantes, el sombrero, desabrocha los ocho botones de la blusa. No se la puede quitar con mucha facilidad porque tiene manga larga y también es necesario desabotonar los puños. Él le ayuda, sonriendo. Ella deja que la blusa se le deslice, mientras se mueve de forma erótica, con los hombros hacia adelante y hacia atrás. La falda resulta más sencilla de retirar. Sólo está amarrada por un cordel en la cintura.

Angelika la sostiene enfrente de ella ocultando parte de su cuerpo y sigue bailando provocativamente. Cuando mira el brillo en los ojos de Armand, avienta la falda para atrás y camina por la habitación en ropa interior, moviendo las caderas.

Su fondo es translúcido, de forma que deja ver su cuerpo, aunque sigue cubierto con tela. El miembro de Armand se pone duro bajo el pantalón. Él sonríe, mientras aplaude al ritmo de la melodía que ella sigue entonando. Pronto deja de hacerlo para desnudarse también. El deseo lo obliga a tocarse. No puede aguantar a que ella termine de desvestirse.

—Quítate todo, princesa —le suplica.

Ella lo obedece, aunque con mucha lentitud. Poco a poco, salen volando el fondo, el sostén, los calzones, el ligero y las medias. Para cuando termina, él ya está listo para el amor. Apenas y la acaricia un poco en los senos antes de ayudarla a acostarse boca arriba sobre la colcha blanca, subirse en ella y penetrarla. Él cierra los ojos y lanza una exclamación de satisfacción. Ella deja caer la cabeza para atrás al tiempo que gime de placer, también con los ojos cerrados. Pronto culminan los dos y se quedan un rato abrazados.

—Gracias, Armand, porque me estás dando vida de princesa. Esto es más de lo que jamás he tenido.

—Te amo —susurra él, besándole un pezón—. No hace falta decir más.

—Mi vida es casi perfecta, amor.

—¿Casi?

—Me gustaría saber el paradero de mi madre. Se fue y no supe más de ella.

—Mañana muevo a todos mis contactos para complacerte, princesa. Ya sabes que lo único que quiero es verte feliz.

Capítulo 23

Armand tenía razón cuando decía que el dinero vuelve las cosas mucho más tolerables. Viviendo en su nueva casa, Angelika y los niños florecen. Hacen nuevos amigos. La vida les sonrío.

—Se te quitó la cara de enojada, mamá —le dice Mitchi un día.

—La ponía así porque le gustaba a papá —lo corrige Lina.

—A mí me encanta esta cara de alegría que ahora tiene mi princesa —dice Armand, quien iba llegando en ese momento.

—¿Ésta? —pregunta Angelika haciendo bizco.

Todos se ríen, pero ella se queda pensando. No se había dado cuenta de que en el pasado mantenía todo el tiempo un gesto de enojo. Con Leopold, ella tenía que ser dura, firme. No sabe cuál será su verdadera fisonomía si se pudiera quitar las máscaras con las que se presenta ante cada uno que la ve. Si la felicidad dura, ya podrá ir averiguándolo. Por primera vez tiene una amiga a la que sabe que puede querer sin temer que su marido la quiera conquistar o atraerla a un trío sexual. Poder platicar con ella del clima o de cualquier cosa que decidan es algo que nadie hubiera pensado que pudiera ser tan agradable.

Armand quiere que Angelika sea cercana a la gente importante, lo cual no incluye a la vecina. Por eso invita a su mujer a las reuniones de editores, de artistas y ella va feliz, aunque en secreto quiere regresar a ver cómo están los niños y a jugar a la baraja con la amistad que ella eligió. No lo dice. Se viste con su mejor ropa y con una gran sonrisa para acompañarlo, pero de alguna forma él se da cuenta de las frustraciones de su mujer en los grandes eventos sociales. No está en su ambiente. Por más que lo intenta, no puede negar sus orígenes. Empieza a salir sin ella, de repente regresa muy tarde a la casa.

A ella le gusta chismear con la vecina:

—Angelika, querida, ¿te enteraste que tu exmarido se casó con Hulda Meister?

—¿Cómo? Si su matrimonio estaba prometido con la hija del pintor, ¿no?

—Mira —le enseña la pequeña noticia en un periódico.

—Pues Leopold es austríaco y católico. En Austria, el divorcio no existe para los católicos así que jamás podrá deshacerse de mí aunque le pese. Hulda seguirá siendo una concubina y sus hijos, pequeños bastardos.

—Pues tienes razón. Ante los ojos de Dios, tú siempre serás su esposa. Ojalá que los bancos supieran eso —se ríe mientras le acerca a Angelika el platón con aceitunas—, aunque...

—Caramba —la interrumpe—, tenemos que explorar más ese asunto. A ver si puedo cobrarle al menos la manutención de sus hijos ya que sigo siendo su esposa.

—El asunto es que se casaron en la iglesia de San Nicolás de Helgoland, que está bajo soberanía inglesa y por eso, sí puede existir el divorcio y el matrimonio es válido —susurra la vecina.

—No es justo —se queja Angelika.

Un día, Armand llega muy serio. Angelika reconoce la cara de cuando él da un pésame. Trae un periódico austríaco en las manos. Le enseña la sección de esquelas. En letras muy pequeñas, viene la noticia de que la mamá de Angelika murió unos meses atrás.

—Lo siento mucho, princesa.

—Quisiera saber cómo murió.

—La esquila, en su silencio, nos dice mucho, mi amor. No es una inserción pagada sino de las oficiales. Si hubiera tenido a alguien que publicara la noticia por ella, sería mucho más grande.

Armand la abraza.

—Era una buena mujer. Por eso la querías tanto.

—Pasó a mejor vida. Eso es lo que hay que pensar.

—Me hubiera gustado ser una mejor hija.

—Uno tiene que conformarse con ser lo que uno es, princesa. No te me pongas triste. Me voy a ir a Berlín por unos días, pero a mi regreso, prometo cuidarte y apapacharte. Ya tienes demasiados duelos en tu vida.

La fecha en la que Armand tiene que viajar al fin llega y Angelika le hace la maleta, le organiza los papeles que tiene que llevar. Al despedirse, ella siente un horrible presentimiento.

—No vayas —le insiste.

—El supersticioso era tu marido anterior —se ríe Armand de los miedos de Angelika—. No te preocupes. Voy a regresar más rico y más famoso que antes. Ya lo verás.

—Sé que necesitas ver a tus contactos para que te den noticias, pero ¿no habrá otra forma de conseguir las?

—Quédate tranquila, princesa. Antes de que te dé tiempo de extrañarme, voy a regresar a tu lado.

Las cartas que Armand le manda desde Berlín son muy prometedoras. Al parecer, ha hecho nuevas amistades que también le pueden dar información para sus columnas en el periódico y los viejos conocidos le han dado noticias succulentas que no le puede confesar a Angelika por esas misivas. Todo marcha a las mil maravillas. Ya te lo contaré, le dice.

El 14 de marzo, día del cumpleaños de Angelika, cuando ella se despierta y suena la campana para que vaya la sirvienta a llevarle el desayuno, ésta entra con una gran canasta de lilas blancas y rosas rojas. La tarjeta que trae dice:

El dicho es: fuera de vista, fuera del pensamiento, pero no es cierto. Estoy muy lejos de mi princesa, pero quiero que sepas que mi corazón está contigo. Espero que estas flores, tu primer “buenos días”, te lleven todo mi amor y mis deseos para tu felicidad. Sabes que eres mi TODO en este mundo y que mientras viva, viviré para ti. Consérvate bien y permíteme hacerte feliz.

Con un millón de besos desde la distancia, ten fe en tu Armand.

Dos días después, él regresa a París. Desde que entra, Angelika nota que no es el mismo. Nunca lo había visto tan frío, tan lejano. Algo pasó después de que envió la carta, pero por más que le

pregunta, él insiste en no responder.

Mitchi y Lina se quedan esperándolo porque siempre entraba a desearles buenas noches antes de dormir y le habían hecho dibujos para él que estaban seguros de que le iban a gustar.

—¿Armand ya no nos quiere? —pregunta Lina—. Ni a Mitchi vino a saludar.

—Ha de estar muy cansado —asegura Angelika—. ¿Quién no va a querer a estos dos changuitos preciosos? —juega con ellos.

El día siguiente es igual y el siguiente y el siguiente. Angelika se esfuerza en ponerse bonita, en arreglar la casa, en buscar conversaciones inteligentes, pero nada. La sequedad de Armand no cambia. Un día, llega decidido:

—Angelika, tenemos que hablar —le indica y ella sabe que ése es el final.

Le dice que la va a dejar, que puede mantenerla durante los primeros meses en los que encuentra otro medio de subsistencia para ella y los niños. No da explicaciones ni razones. Angelika suplica, llora, grita, gime, patalea; no hay nada que lo haga cambiar de parecer. Ella tiene 30 días para abandonar la casa con sus hijos. Hay hasta una lista de los artículos que se pueden llevar.

—¿Y tú qué vas a hacer, Armand?

—Yo me voy de aquí y regreso para recoger las llaves el día que te vayas. No puedo habitar contigo ni un momento más.

—¿Pero qué te he hecho? Dame al menos una explicación.

—Me voy —se da la vuelta y sale.

Al día siguiente, de visita en casa de su vecina, Angelika llora desconsoladamente:

—¿Qué le pudo haber sucedido? En mi cumpleaños me amaba y dos días después, se presenta en la casa odiándome.

—Sólo hay una cosa que los hace cambiar de esa forma.

—No tienes que decírmelo. No lo he querido ver, pero ya lo sé: una mujer.

—Es lo más seguro, Angelika, lamento pensar siempre lo peor, pero así son los hombres. Por eso tenemos que defendernos entre nosotras. ¿En qué te puedo ayudar, amiga?

—Lo de Armand me duele muchísimo y, sin embargo, ese duelo tiene que esperar porque él no me había permitido recuperar de mi exmarido el dinero que me pertenece y a eso me tengo que avocar.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Me da pena lo que puedas pensar de mí, aunque no me queda más remedio. Tengo que encontrar la forma de cobrarle a Leopold von Sacher Masoch todo el daño que me hizo y asegurarme que sus hijos puedan subsistir. Ya sé lo que estás pensando...

—Nada, amiga, estoy escuchándote a ver en qué puedo ayudarte.

—Estás pensando que ya gano algo de dinero y que con eso podría mantener a los niños. Créeme que es muy poco. Necesito echar mano de todo. Tal vez me veré forzada a hacer algo que no es legal.

—Eso me emociona, Angelika. Cuenta conmigo.

—Tengo dos cartas que Leopold me firmó en blanco. El problema es que en el banco me conocen. Se comunicarían con él si yo fuera a cobrar algo, pero si tú te pudieras presentar en

Leipzig con un pagaré firmado por él, tendrían que pagártelo. ¿Me ayudas?

—Yo también tengo necesidades, amiga. ¿Qué habría para mí?

—El 5 % —ofrece.

—¿Cuánto le podemos sacar?

—Mucho —enfatisa Angelika—. Tengo una idea bastante aproximada de cuántos marcos tiene guardados. Imagínate el 5 % de 10,000 son 500. ¿Qué dices?

—¿El 10 %? y va mi silencio incluido.

—El 7.

—Va.

—Una cosa más, querida.

—¿Sí?

—A partir de hoy, llámame Wanda. Ni hablar. Ése es el papel que me ha tocado en la vida.

Así es como la vecina se lanza, con la carta que Wanda le da, a cobrar la fortuna que Sacher Masoch tenía guardada en Leipzig.

Regresa pocos días después, victoriosa. Toca en casa de su amiga y ambas de abrazan, felices. Hace entrega del patrimonio que ahora les corresponde.

—Toma el 8 % —le extiende la cantidad, después de contarla—. Con eso tienes para vivir un año, querida.

—Y tú para no tener que trabajar el resto de tu vida.

—Éstas eran las famosas deudas viejas de Leopold. Ahora yo estaba convertida en eso, en una deuda que tenía que pagar.

Las dos sueltan la carcajada.

Wanda descorcha una botella de vino.

—Salud —brinda la vecina.

—Por nuestra independencia.

—Sí. Por nosotras las mujeres.

Chocan las copas.

—Ay, mira, no alcanzaste a ver esto antes de irte —le da un periódico doblado en la página de sociales. Se ve muy leída.

—Por eso me dejó Armand. Mira, dice que la señora Anna Kalisch ha abandonado a su esposo, el afamado escritor Paul Lindau para venirse a vivir a París con Jacques Saint-Cere, un colaborador de le Figaro. ¿Cómo ves?

—Ya lo sabíamos. Ningún hombre abandona a una mujer si no tiene asegurado el amor de otra. Así son. ¿Por qué crees que mi marido sigue viviendo conmigo?

—Porque no hay quién lo aguante —se ríe Wanda.

—Tienes la boca llena de razón, amiga querida, pero ahora, gracias a ti, podré soportarlo otro buen rato porque puedo darme mis gustos sin que se dé cuenta. Lo que sí es muy bueno de él es que ni me hace caso. Puedo dormir con otro en sus narices y él sigue metido en sus cálculos.

Ambas se ríen. Cuando se tranquilizan, Wanda agrega:

—Armand quería tener una esposa que lo representara mejor en sus intereses de gente importante. Se le subió la fama y el dinero a la cabeza.

—Es cierto, querida, aunque Armand se va a dar cuenta tarde o temprano de que es un tarado porque no creo que encuentre a nadie más digno que tú para estar al lado de un gran escritor. Ya lo habías demostrado desde antes de conocerlo. Masoch, tu exmarido, habrá sido lo que quieras, pero su literatura está de lo más cotizada y él estaba orgulloso de tenerte al lado.

—Hasta que me cambió por un modelo más joven.

—Son unos puercos.

—En estos días de soledad, mientras estoy guardando las pocas cosas que me voy a llevar, he estado pensando. ¿Sabes qué es lo único bueno de que Armand se haya liberado de mí?

—¿Que ya no tienes que cocinarle, atender a sus visitas, coserle los botones, limpiarle las botas y cuidarlo cuando se enferme?

—Eso —se ríe Wanda señalando a su amiga con la copa—. Es cierto, aunque hay algo más profundo. Él se liberó de mí con mucha facilidad. Casi ni le costó nada, pero al hacerlo, también me liberó a mí.

—¿Cómo que te liberó? Yo siempre te he visto como una de las personas más libres que conozco: escribes, tienes a tus hijos que no son del tipo con el que vives, no estás casada y conseguiste a un buen hombre que te mantenía, te trataba como princesa y te hacía gritar por las noches. No creas que los vecinos no hablaban de tus encuentros tórridos. No me cabe duda de que te vas a encontrar a otro así.

—Pues sí, pero a cambio de eso, estoy obligada a pertenecerle, a obedecerlo en todo lo que dice, a ser su esclava y ya me cansé. Desde hace unos días te pedí que me dijeras Wanda porque de aquí en adelante yo voy a ser la que domine. Quien me quiera así, qué bien y quien no, que se aleje de mí.

—Yo te dije que sí porque te vi triste y no quise importunarte, aunque no entiendo por qué quieres ser Wanda. Sé que así te llama mucha gente pero no sé de dónde sale el nombrecito. ¿Quién es ella?

—¿Wanda? Es el personaje de La venus de las pieles que escribió mi exmarido.

—¿Y cómo era? ¿Era noble? ¿Rica?

—Cruel. ¿No has leído ese libro?

—La verdad, no conozco ninguna de las novelas de tu Sacher Masoch, aunque sí he escuchado a los críticos decir que escribe muy bien.

Wanda le describe al personaje de donde tomó el nombre. Le cuenta lo que hace y lo que dice con tanto detalle que ella quiere saber más y más.

—Es un demonio vestida con pieles y látigos.

—Deberías de escribir algo de ella.

Wanda se queda pensando.

—No te imaginas la cantidad de veces que Leopold me hizo representarla... —empieza a hablar de ella y, de pronto, a la mitad de la frase, se queda pensando.

—Sí, me has contado que por eso ya no te gusta usar pieles. Tenías que vestirte de Wanda siempre, ¿verdad?

—Lo peor era que me tenía que comportar como ella. ¿Te imaginas si el mundo se enterara de lo que Leopold me obligaba a hacer?

—¿Cómo qué?

—Tendrás que leer mis memorias, querida. Tengo que dejar mi casa en París. No sabía qué iba a ser de mí, pero lo acabo de decidir. No me hace falta ya el dinero porque gracias a ti y a la carta que a Leopold se le olvidó que tenía, ya quedé bien forrada. Todavía me queda una firma en blanco más para utilizarla en otro momento por si tengo necesidad. Voy a esperar que Leopold se recupere para volver a hacerle lo mismo. Ahora ya le queda muy poco, no valdría la pena quitárselo también.

—Qué maravilla que te pudiste vengar de él, amiga.

—Pues sí, el dinero es parte de mi venganza, pero si de verdad voy a ser Wanda la cruel, creo que no me basta. Imagina qué aburrida sería mi vida si me conformara con eso. ¿De qué me serviría la independencia si todos me van a ver como laapestada a la que Leopold y Armand abandonaron, la mujer débil que dejó de satisfacerlos?

—Nadie te puede ver como débil, querida. Eres una de las personas más fuertes que conozco. Vas a sacar adelante a tus hijos solita.

—Quiero más, amiga. Acabo de decidir que voy a escribir mis memorias. Es la única forma de que el mundo mire a Leopold como es en verdad.

Un día, poco después, armándose de valor Wanda habla con los niños:

Armand encontró a otra mujer. Esta vez nos ha dejado para siempre.

Mitchi rompe en llanto.

—Ya lo veíamos venir, hermano —lo abraza Lina—. Lo bueno es que nuestra familia de tres no se ha disuelto. Ya conseguiré otro hombre mamá y volveremos a ser respetables.

—La respetabilidad está sobrevalorada se ríe Wanda después de un tiempo □ . Es más importante tener con qué subsistir y les garantizo que no volveremos a tener hambre.

Los niños la ven con cara de asombro.

—¿Nos podemos llevar a nuestro perrito? —pregunta Mitchi.

Wanda asiente, con lágrimas en los ojos mientras abraza a sus hijos sin saber qué más decir.

Capítulo 24

A finales de mes, Wanda toma sus cosas, a sus dos hijos, su perro y las pertenencias de la famosa lista. Aborda un carruaje para salir de Francia y dirigirse a Suiza. Lleva puesto un abrigo de pieles que la hace sentir fuerte. Se le nota porque ya desde el camino, el hombre con el que viajan está dispuesto a ayudarla a establecerse. Ella le agradece, pero insiste en que no necesita a nadie.

—Yo puedo sola —se repite y cada vez se convence más de que es cierto.

Al cabo de unos días, llega a Lausana, Suiza y se instala con los niños y una sirvienta en el Hotel Bellevue. Ahí, frente al lago, se acomoda en una mesa para escribir con calma sus memorias. El azul del agua y del cielo la tranquiliza y eso le da la posibilidad de explayarse en lo que vivió con su exmarido.

El lugar el gusta, por lo que renta una pequeña casa cerca y ahí sigue escribiendo. En el jardín, manda poner una cruz de piedra. A nadie le dice por qué. Todas las mañanas, sale a saludar a Sacha ahí. Con él platica y le cuenta sus planes, deseos y frustraciones. No le importa que sólo el silencio le responda. Le hacía falta aunque fuera un símbolo para sentir a su hijo presente.

Aunque no le hace falta el dinero, le habla a sus amistades, toca puertas y al fin consigue una revista dispuesta a publicarle un ensayo a la semana. También le ofrecen varias traducciones que le ayudan a pasar el tiempo y sentirse productiva. Las memorias le llevan mucho más de lo que se imaginaba, por lo que decide dedicarle sólo sus ratos libres.

Aunque quiere olvidarse de Armand, no tiene el valor de dejar de leer los periódicos que le informan sobre su vida: Anna Kalisch, la nueva señora de Saint Cère, abrió un salón literario en el número 10 de la calle Auber. Ahí recibe a políticos, escritores y artistas. Saint Cère se ha convertido en un personaje de primera línea.

Poco después se entera de que el tribunal estimó la renta de Saint Cère en sesenta mil francos anuales, pero tenía doscientos mil francos de deudas y sus sueldos de le Figaro estaban embargados. Se le veía apostando a la baraja.

Algunos meses después, Saint Cère es arrestado por deudas. Debe de haber hablado mal de alguien importante, piensa Wanda al leer la noticia. Quiere mandarle una carta con buenos deseos, pero se acuerda que ella ya no es la mujer linda y buena que hace esas cosas. Ahora usa pieles, látigos y tiene a varios pretendientes que aspiran a andar con ella.

Un investigador se presenta en Suiza para hablar con Wanda a ver si puede establecer cuál era su relación con el escritor Saint Cère. Al parecer, tiene el mandato de hundirlo más acusándolo de raptó por el tiempo en el que ella vivió con él.

Wanda no se explica quién está interesado en revivir el pasado para refundir a Armand en la cárcel; supone que se trata de algo político. Debe de haber publicado una noticia que no le gustó a alguien importante. Decide no ayudarlo. Armand la dejó por otra mujer, pero no le hizo el mismo daño que Masoch sino, al contrario, siempre la trató bien a ella y a sus hijos.

—Desde hace mucho que no sé nada del señor Saint- Cère. Jamás me raptó ni viví con él. ¿Con quién piensa que está usted hablando?

Epílogo

En 1886, Richard von Krafft-Ebing, un profesor de psiquiatría de la Universidad de Viena, escribe su tratado sobre Psicopatía sexual en donde acuña el término de masoquismo basado en las descripciones que von Sacher-Masoch hace sobre las preferencias sexuales de sus personajes, en especial en *La venus de las pieles*.

Krafft-Ebing opone el masoquismo (palabra creada a partir del apellido de Leopold) al sadismo (basado en el comportamiento del famoso marqués de Sade).

Leopold está furioso cuando se entera de la manera en la que han tergiversado su apellido.

—Es mi destrucción como escritor —se lamenta—. No pueden reducir mi maravillosa vida a una pobre enfermedad sexual.

Mientras, en Suiza, cuando Wanda se entera de la forma en la que se usa la nueva palabra, se pone feliz.

—Es una venganza que obtuve sin pensarlo. Es el fin de su carrera tanto pública como privada —dice a las pocas personas a las que les tiene confianza—. Eso me convierte en sádica —y se observa en un espejo para asemejarse más a la dominatriz en la que se ha convertido.

Sacher Masoch muere en 1895 en la ciudad de Lindheim de un ataque al corazón. Siguió escribiendo casi hasta sus últimos días, aunque la mayoría de sus publicaciones finales fueron reediciones de relatos anteriores. Por eso, su ingreso económico se vio muy disminuido y vivió su vejez en la pobreza. Su viuda, Helda Meister y sus tres hijos fueron de los pocos asistentes al cortejo. Sus últimas palabras fueron: “Aménme”.

En 1898 muere Armand Rosenthal, todavía preso. A Wanda le hubiera gustado poder ser su amiga hasta el final. No lo extraña, pero sí le está agradecida por apoyarla en sus momentos de mayor desesperación.

En 1907, Wanda publica *Confesiones de mi vida* en el *Mercure de France*.

En 1908, Wanda denuncia a su exmarido con el libro: *Masoquismo y Masoquistas*. Después de eso, no se sabe nada más de ella más que muere en 1933 en Francia.

Esta novela está inspirada por las memorias de Wanda (*The Confessions of Wanda von Sacher-Masoch, by the wife or Leopold von Sacher-Masoch, the author of Venus in furs. First English translation. Versión electrónica.*)

Sobre la autora

María Elena Sarmiento se define como una estudiante profesional porque cree en la vida como un proceso de mejoramiento perpetuo. Ha estudiado una maestría y un doctorado en Creación Literaria en Casa Lamm y cuantos talleres literarios se le han atravesado en el camino. Colabora en la revista *Pretextos literarios. Por escrito*.

Es autora de *Y luego, ¿por qué soy como soy?*, *Cuentos del cuerpo*, *Jantipa*, *¿el gran amor de Sócrates?* y *La más amada*.

Está empeñada en buscar ejemplos de mujeres fuertes para darlas a conocer.

Imparte talleres de escritura creativa y coordina un club de lectura.